

LIGA DE MUTANTES



BÚSQUEDA ESTELAR

John E. MULLER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



BÚSQUEDA ESTELAR

JOHN E. MULLER

Título de la obra en inglés: *SEARCH THE DARK STARS*

Traducción de: F. CAZORLA

Portada: Andreu

JOHN E. MULLER

BÚSQUEDA ESTELAR

Versión española de:
FRANCISCO CAZORLA

CAPÍTULO I

LOS INICIADOS

Darrel Kain, dirigió una mirada al retrovisor colocado oblicuamente sobre el panel de control de su viejo navío interplanetario y comprobó que se hallaba en un inminente momento: su vida estaba en peligro.

Su nave espacial, aun no estaba fuera de la zona gravitatoria de Stanaría Mayor y la superficie del Planeta, el mayor de los dos que componían el sistema planetario de la estrella Valdaa, pero habíase sumergido ya en el seno de la negra inmensidad del espacio, que se reflejaba en los visores de Kain.

En cualquier lugar, allá abajo, en la ciudad de Stanarta, habían saltado a pedazos los Laboratorios Centrales y el Cuartel General del Ejército Zonal, deshechos por las bombas mentales de la Liga Mutante. Kain, había contribuido como instrumento principalísimo en él proyecto de aquella hecatombe, provocada contra la dictadura estelar de Escario Gundaarson. Otros miembros de la Liga Mutante, habían podido ser capturados, en 1a. purga terrible llevada a cabo, luego de la espantosa explosión; pero Darrel Kain había conseguido escapar a la red de vigilancia de aquel estado policíaco, y llegado al aeropuerto espacial, situado en la periferia de la ciudad de Stanarta, tomando aquel navío espacial y saliendo con él con el aventurado propósito de poder alcanzar el satélite de Oix, donde la Liga Mutante, que combatía incesantemente contra el nuevo Imperio de Escario Gundaarson, tenía su Cuartel General.

Pero una rápida ojeada, hacia el panorama que se vislumbraba desde la parte trasera de su nave espacial, fue suficiente para convencer a Kain de que sus esperanzas nunca llegarían a materializarse.

Más de una docena de navíos espaciales de la policía del Nuevo Imperio, se deslizaban en pos de él, siguiéndole la pista tan de cerca, que se podían distinguir claramente, los trazos de fuego de sus reactores. El navío robado por Kain, era un modelo anticuado de tipo comercial, residuo de los tiempos lejanos, en que los mundos estelares, tenían libre acceso, antes de que el tirano Escario, hubiese conseguido establecer su abominable dictadura. Los navíos lanzados en su persecución, eran de tipo ultramoderno al servicio de la policía galáctica y, a juzgar por su fantástica velocidad, el alcanzar al viejo armatoste de Kain, podría considerarse como un juego da niños. Bastarían unos cuantos disparos de sus potentes armas, mucho antes de que Kain se alejara de la atmósfera de Stanarta Mayor. Podían hacerlo en aquel momento, según la distancia a que se encontraban, al ser descubiertos por Kain por su retrovisor. Sin embargo no lo hacían. Kain empezó a admirarse de semejante lástima. Aquella forma de reaccionar, escapaba a su intuición.

Se hallaba sentado en el acolchonado asiento de control, inmóvil,

observando cómo los navíos espaciales de la policía del Nuevo Imperio conseguían más y más ventaja respecto al suyo, con una mezcla de frustración y de malestar, que se hacían bien patentes en bus crispadas facciones.

Kain era un tipo atlético, de algo más de seis pies de talla. Su amplio rostro, estaba modelado con los rasgos heredados de aquellos colonizadores terrestres que antaño se esparcieron por las colonias galácticas y que jugaron un papel trascendental en la organización de la civilización de muchos mundos estelares. Pero aquello era época romántica ya pertenecía a la prehistoria.

Kain, además de su impresionante estatura, había heredado de sus antepasados una nariz netamente caucásica, cabellos muy negros rizados en cortos mechones y un evidente rasgo mongoloide delatado por el achatamiento de los huesos de sus mejillas.

Vestía la túnica ceñida y los pantalones ajustados impuestos por la moda. El bulto que se apreciaba en el bolsillo derecho de su túnica, lo producía la única arma de que disponía, para combatir a la policía del Nuevo Imperio: una pistola de uso corriente entre las fuerzas armadas.

Disponía también de otra arma poderosa, la de su poder mental hipernormal... Pero Kain siempre obraba con mucha prudencia, Y consideró que en aquel caso especial, sería mejor no utilizar su poder supersensorial ya que resultaba dudosa eficacia. En una lucha de hombre a hombre, con cualquier policía o varios a la vez del Nuevo Imperio, Kain habría podido poner a prueba su capacidad y dominar los pensamientos y la voluntad de quienes se le enfrentaran. Pero en aquellos días, el Nuevo Imperio, había procedido a guarecer a sus fuerzas con unos cascos especiales que protegían la mente de quienes los usaban, contra el poder de los mutantes, contra quienes el Imperio, se encontraba en guerra permanente, sin cuartel. Darrel Kain, era, no obstante, un mutante simple, de segundo grado, lo que significaba que su poder mental, era deficiente, en algunos aspectos.

A pesar de todo, Kain discurrió que, si aquella policía del Imperio que trataba de cazarle ferozmente, en la frontera del espacio exterior, estuviera persiguiéndole abajo, sobre la superficie del planeta, habría tenido mayor oportunidad para contrarrestarla que la que pudiera tener navegando en aquel viejo navío espacial comercial de antiguo diseño. Allá abajo, les habría permitido ganarle la ventaja material de la proximidad y, en el momento adecuado, habría podido inmovilizarles con sus proyecciones telepáticas, que herían como agujas el cerebro del enemigo, sumergiéndole en la más completa confusión de sus ideas, ya que los cascos no eran lo suficientemente eficaces, cuando el que los vestía, se hallaba demasiado cerca de los imitantes.

Pero aquello era una persecución desventajosa para él, sobre la superficie del planeta, cerca del principio del espacio exterior, él con su destartalado navío espacial, con un desusado sistema de conducción del espacio curvo. Esta supermoderna forma de conducción había sido desarrollada en los laboratorios del Imperio, convirtiendo un viaje intergaláctico de duración de

varias semanas, en una travesía corta de breves horas de tiempo local.

Kain comprendió que estaba totalmente perdido y se enfrentó con la realidad, amargamente. Seguía observando el ataque despiadado de los navíos de la policía del Imperio en su retrovisor. En cualquier momento, suponía, podrían abrir fuego destructor de sus potentísimas armas. Y aquello sería el fin. El final de años de lucha contra la espantosa tiranía del Nuevo Imperio, años de trabajo y de heroísmo contra el poder de Escario Gundaarson, el dictador inicuo de la Galaxia.

Con los labios apretados, Kain reflexionó que quizá aquello sería mejor, al morir de tal forma, desintegrado en átomos en la ionosfera, que morir cayendo en las manos de la policía del Nuevo Imperio. Su pobre hermano, Rolf, también mutante y miembro de la Liga Mutante, en el ejército secreto, había perecido a manos de aquellas fieras en un planeta lejano. Rolf había sido torturado hasta la muerte, en el interior de un traje de fibras nerviosas, otro de los refinamientos de la dictadura de Escario. Aquel mismo fin esperaba a Kain con toda certidumbre, ya que el Imperio había- averiguado que Kain, en unión de un grupo de técnicos antiimperiales, había trabajado hasta perfeccionar las bombas mentales, que habían hecho saltar en pedazos los Laboratorios Centrales y el Cuartel General Militar, allá abajo, en la ciudad de Stanarta.

Aquello había sido un trabajo extraordinario, del que Rolf se hubiese sentido orgulloso si viviera... Rolf, de hecho, habría probablemente sido el primero en disparar las bombas mentales. Porque sólo un mutante de primer grado, como lo era Rolf, podía poner en funcionamiento aquellas armas terribles y destructoras. Una vez la bomba colocada en sitio adecuado, podía ser disparada desde una distancia considerable por un mutante de primer grado, lanzando contra ella su influencia mental, transmitiendo telepáticamente la fórmula clave.

«Por lo menos, pensó Kain, tuvo la satisfacción de saber que las bombas mentales funcionaban, antes de morir él.»

Si la Liga Mutante se lo proponía, seguramente habría una repetición o muchas más, de lo que se había realizado contra los Laboratorios Imperiales y el Cuartel General Militar. Quizá los mutantes, que creían ciegamente en la idea de que estaban destinados a regir los destinos del inmenso Imperio Galáctico, acabarían con la odiosa tiranía de Escario; pero... ¡Kain habría muerto...!

Kain se percató de que una lágrima pugnaba por escapar de sus ojos...

Puso en acción la gran pantalla visora de su vacilante y antiguo navío espacial, para captar una vasta extensión del espacio que le rodeaba ¡Y allí, en efecto, había más de una docena de ellos!

Enfurecido, detectó el área de la ionosfera por encima de su navío espacial y allí aparecían, igualmente, muchos más. Kain cambió hacia la posición que captara la visión existente bajo su aparato. Y siempre más navíos de la policía del Nuevo Imperio. En todas las direcciones del espacio, se veía acosado por aquellos veloces y potentes navíos espaciales, bien armados con poderosas

armas destructivas, acorralando al desamparado fugitivo, como enormes tiburones alrededor de una sardina.

Repentinamente, una larga lengua de fuego blanco, atravesó la negrura del espacio, disparada por un potente cañón, como un relámpago impresionante. El disparo erró la puntería, pero pasó lo suficientemente cerca, para hacer vibrar cada pulgada de la vieja estructura del viejo aparato de Kain. Otro disparo siguió al primero, haciendo al veterano aparato comercial ingobernable.

Darrel Kain continuó adelante con los dientes apretados de rabia. Sabía lo que se jugaba en aquella partida con la' policía del Imperio. Sabía que estaba, siendo perseguido por una docena de aquéllos formidables aparatos, usando la fabulosa ventaja del vuelo curvo, lo que suponía que podían situarse delante, atrás arriba o abajo, todos aquellos aparatos al mismo tiempo. El efecto, a los ojos de Kain era el de sentirse perseguido y envuelto totalmente, en todas las direcciones del espacio, por aquellos temibles navíos espaciales del Imperio. Y entonces surgió una nueva táctica desconcertante para Kain: los navíos de la policía empezaron a lanzar disparos cruzados, de forma tal que no hicieran impacto en su navío, pero aproximándose y envolviéndole más y más hasta que el pobre navío espacial de Kain fue sacudido como un villano en medio de un huracán.

Los aparatos del Imperio, continuaron su ofensiva. Sus potentes disparos lanzaban rayos cegadores furiosamente, hacia el pequeño navío de Kain, desde todos los ángulos posibles de tiro. Kain rodaba materialmente de un lado a otro, sin control posible, bajo los efectos de los navíos de la policía, que usaban el enorme potencial de su vuelo curvo, envolviéndole en todos sentidos al mismo tiempo, disparándole con calculado error de puntería.

Kain se aferró desesperadamente al banco de control, para no perecer como consecuencia de los golpes que le acarreaba aquella enloquecedora y progresiva danza espacial. Comprendió claramente, que aquellos esbirros, le necesitaban vivo y le obligaban por todos los medios a regresar a la superficie del planeta. Kain sabía que la detención, significaba la tortura y seguramente una muerte cruel, como la que proporcionaron a su hermano Rolf; pero intentar soportar aquella situación, navegando entre la furiosa tormenta de disparos, era algo que escapaba a toda esperanza. Decidió volver.

—¡Está bien, malditos! —rugió Kain desesperado— ¡Bajaré!, ¡pero algunos de vosotros, sabréis que todavía conservo un arma poderosa con la que no contáis, cuando abra la escotilla de mi nave, y os acerquéis a mí!

Enfurecido salvajemente, manipuló los controles del viejo aparato, dirigiendo el morro del navío espacial hacia el globo yacente allá abajo, del planeta Stanarta Mayor, deslumbrante en uno de sus bordes por el resplandor creciente de un brillante amanecer, al reflejar la luz del sol a que pertenecía en el sistema planetario la estrella Valdaa.

El pequeño navío comercial interplanetario descendió vertiginosamente, en la vacía bóveda del espacio y los navíos de la policía del Imperio, le siguieron

como una manada de lobos hambrientos. Satisfechos de la capitulación del fugitivo, habían cesado de disparar, siguiendo a Kain en perfecta formación.

Mientras se dirigía hacia la superficie del planeta, Kain iba maldiciendo sobre Escario, el Imperio, la policía y los perros rabiosos lanzados en su persecución y se juramentó firmemente luchar contra ellos hasta la muerte.

Mientras descendía, Kain se iba trazando mentalmente un astuto plan de defensa para cuando aterrizara...

Escogería para hacerlo, la parte sumida en la sombra del planeta y tomaría tierra en la enorme extensión árida y sin vida del único continente de Stanarta Mayor. La obscuridad reinante, quizá le proporcionaría alguna ventaja y mientras abriera la escotilla de desembarco, se prepararía... Dejaría que la policía se aproximase y, entonces, haría uso de su facultad hipnótica y una vez paralizado el enemigo, utilizaría su pistola nuclear de las fuerzas armadas... Sabía que no llegaría muy lejos y que tal vez resultaría vencido, pero por lo menos su captura se llevaría a efecto, después de los notables perjuicios que proporcionaría a la policía dictatorial del Nuevo Imperio.

La parte del planeta sumida en la noche, apareció en sus visores, dirigiéndose hacia ella como un insecto microscópico se dirige a tomar tierra en una naranja. Tras él, descendían los poderosos navíos de la policía, trazando al entrar en la atmósfera del planeta, largos trazos, como lívidas cicatrices a través del cielo nocturno, bordado de estrellas.

Kain realizó un suave aterrizaje, a pesar de la obscuridad. En el visor de su viejo aparato surgió repentinamente un torrente de luz blanca. La policía había puesto en funcionamiento sus poderosos reflectores, rodeando por todas partes el lugar del aterrizaje, convirtiendo aquella área en pleno día. La viva luz de aquellos potentes reflectores, mostró una inmensa llanura cubierta de hierba y matorrales; un típico panorama de los que abundaban en los dos planetas que giraban alrededor del sol centro de aquel sistema, de la estrella Valdaa. Kain se sacó del bolsillo de la túnica la pistola, mientras abandonaba el asiento del aparato y s« dirigía a abrir la escotilla de salida. Los aparatos continuaban sembrado de luz una inmensa área alrededor del lugar de aterrizaje.

Darrel Kain operó en la abertura de salida y saltó fuera, con el dedo puesto en el disparador del arma que llevaba preparada en su mano derecha, lista a disparar. Un viento frío y salado le azotó la cara y el mutante imaginó que había caído cerca de lo quedaba de un antiguo mar en Stanarta Mayor, aun alimentando por las lluvias. Saltó al suelo y se encontró cercado por haces de luz deslumbrante, procedentes del morro de los aparatos de la policía. Era un gladiador en el centro de la arena... ¡una arena, en la que tenía que perecer!

Se ocultó el arma tras la espalda y permaneció unos momentos, aterido de frío y expectante. Unas figuras obscuras fueron surgiendo de las escotillas de los aparatos de la policía y se aproximaban poco a poco desde todas las direcciones, convergiendo hacia él. La potente luz de los reflectores hacía brillar los cascos de los policías que, a medida que avanzaban, iban desenfundando sus correspondientes armas. Con profunda amargura, Kain

comprendió que había demasiados a quienes combatir, para que la lucha se prolongase mucho... No obstante, él pensaba actuar... Y ya estaban lo suficientemente cerca, para empezar...

Dio rienda suelta a sus facultades mentales e intensificó la capacidad perceptiva de su mente, dominando con su poderosa voluntad a aquel grupo de inteligencias inferiores que, instantáneamente se hallaron inmovilizadas, por una serie de pensamientos confusos, que se infiltraban a través de sus imperfectos cascos refractarios a la influencia hipnótica.

Pero de repente, se produjo una brusca interceptación en el cerebro de Kain, al tiempo que una corriente nerviosa paralizante le atenazaba toda la espina dorsal. La pistola cayó de sus manos. En su mente sonó una voz clara, ordenándole:

—...¡Quédate quieto, Kain!

La voluntad de Kain permaneció, desapareció totalmente, pero una porción de su mente, comprendió lo que estaba sucediendo.

«¡Un Mutante Leal!» pensó con repugnancia. No había podido nunca imaginar que existiera un Mutante Leal entre las fuerzas de la policía. Se trataba de mutantes, que servían de instrumentos a los designios del Nuevo Imperio de Escario Gundarson y que actuaban contra su propia especie en la conducta a seguir en el Nuevo Imperio. El Mutante que había conseguido detener a Darrel Kain, con su interceptación, era más poderoso que él, era un mutante de primer grado; que había conseguido adueñarse del cerebro y la voluntad de Kain, antes de que éste tuviese oportunidad de sembrar la confusión mental entre la policía atacante.

Todos los mutantes, que exteriormente parecían seres normales, como los demás, eran el producto de un proceso de evolución nuclear, que se había iniciado muchos años antes, en ocasión de una espantosa guerra civil, que culminó con la destrucción del Imperio Interestelar antiguo. Ellos eran, los descendientes de los que habían soportado las fuertes radiaciones termonucleares de aquella apocalíptica guerra, Y creían, que por razón natural de sus poderes mentales hípernormales, estaban predestinados a gobernar los mundos estelares, llevando a todos ellos un justo régimen de paz. Pero, primeramente, tendrían que abatir a Escario, el viejo señor guerrero glorificado que había construido el bárbaro Nuevo Imperio sobre las ruinas del destruido viejo Imperio Interestelar.

Indudablemente había traidores y descontentos entre los mutantes, aunque sólo fuese en un promedio muy reducido y algunos habían tomado como causa propia, el infamante partido del Círculo Mutante. Leal.

Y uno de aquellos era el que había atenazado la voluntad de Kain con sus proyecciones mentales poderosas... un mutante de primer grado, cuya superioridad de poderes hípernormales, Darrel Kain no podía postergar.

Kain permaneció junto a la estrecha plataforma del navío, como petrificado. Podía ver cómo se acercaba la masa de policías armados con los cascos puestos. Entre ellos debía de encontrarse el mutante traidor; pero no

tenía idea de quién podría ser.

En seguida aquel torbellino se lanzó sobre él, atenazándole enérgicamente. Kain, con la partícula de su pensamiento que había escapado a la nociva influencia, dedujo que, tal como era de esperar, aquella gente tenía órdenes concretas de conservarle vivo. Y, sin duda, su fin no tendría lugar hasta después de haber sido sometido a la lenta y enloquecedora tortura del traje de fibras nerviosas, tal y como su pobre hermano Rolf, había sucumbido. Con la voluntad paralizada, fue rudamente separado del lugar que ocupaba, y empujado hacia adelante, en aquella desolada planicie, con rumbo desconocido para él.

Y de una forma misteriosa, la voz del Mutante Leal, que le tenía doblegado volvió a sonar claramente en su cerebro. Se le antojó una voz amiga, teñida de un sincero sentimiento de piedad amistosa y cálida hacia él:

—Lo siento, Kain. Es preciso hacerlo así en pro del tiempo que se aproxima... ¡Pero tu oportunidad llegará! ¡Déjate conducir por esta gente y espera tu hora!

Kain se sintió impelido por una docena de manos vigorosas. Unas frías gotas de lluvia comenzaron a caer. La voz del mutante de primer grado sonó de nuevo en su cerebro, con estas palabras de advertencia:

—Espera tu oportunidad, Kain. Escario sólo es un excéntrico estúpido y un tirano. ¡Los mutantes son los herederos del poder y de la sabiduría! ¡Buena suerte!

Un policía interrumpió el mensaje, con un golpe brutal con su pistola sobre el cráneo de Kain, que quedó inconsciente.

CAPITULO II

Transcurrió un terrible período durante el cual Kain recuperaba periódicamente la consciencia de sus actos por breves momentos, tras lo cual, volvía a sumergirse en un delirio de completa incoherencia. Cada vez que despertaba de aquel estado letárgico, Kain recibía la impresión de estar yaciendo sobre una inhóspita y fría losa de piedra. Se hallaba rodeado de una casi completa obscuridad, interrumpida tan sólo por unos débiles rayos de luz filtrados a través de una ventana barrada, en algún lugar por encima de su cabeza.

En uno de aquellos momentos de lucidez, creyó oír el metálico sonar de unas botas sobre la piedra del suelo, y el roce de Una potente pistola al salir fuera de su funda... De nuevo, cayó en el delirio sombrío que ya empezaba a identificar como estado habitual, aunque con sumo desagrado.

Gradualmente, la nublada mente de Kain fue reintegrándose hacia la lucidez de la consciencia completa de sus actos, dejando atrás las sombras morbosas que le impedían recobrarla. Se hallaba en una celda. Un lugar que olía a suciedad y a cuerpos extraños. Estaba echado en el suelo, sintiendo el frío punzante de sus piedras a través de los resistentes tejidos de su equipo.

Kain se sintió completamente desfallecido y con un espantoso dolor de cabeza. Comprendió que, con toda seguridad, la guardia de aquella cárcel, le había golpeado hasta atontarle, cada vez que surgía de su estado inconsciente. Empezó a pensar en lo ocurrido con aquella voz del mutante que le había atenazado hasta permitir su captura en el terreno de aterrizaje. ¿Aquello había ocurrido en realidad? ¿Habría tenido lugar, ciertamente, semejante contacto telepático? ¿O era más bien, cualquier cosa imaginada por él, bajo el influjo de los golpes recibidos de los esbirros del Nuevo Imperio?

O quizá también pudiera ser algo imaginado, durante la terrible lucha sostenida en el aire, contra sus perseguidores de la policía de Escario.

Un ruido áspero de pasos se aproximaba. Dos soldados pertenecientes a una de las muchas organizaciones de seguridad de la policía de Escario, entraron en la celda. Eran Tiganios, procedentes de un nebuloso y encharcado planeta, que giraba alrededor de un sol distante, en las profundidades de la Galaxia.

Tenían la constitución fisiológica de hombres normales y recordaban vagamente la especie humana, tenían el cuerpo recubierto de escamas y parecía que la fetidez y el olor nauseabundo de su tierra de origen, permanecía siempre en ellos. Tenían los ojos verdes y de aspecto reptiliano y sus bocas alargadas en forma de hocicos dentados, eran incapaces de expresión inteligente alguna, mas parecían estar conformadas para dar rienda suelta a una voracidad carnívora.

Aquellas repulsivas criaturas, agarraren con sus garfios escamosos a Kain y le pusieron en pie. Medio andando y medio arrastrando, le sacaron de la

celda y le llevaron a lo largo de un sombrío y húmedo corredor y Kain, todavía atontado por los golpes recibidos, se preguntó por qué no se habría supuesto antes, que debía encontrarse encerrado en la prisión de la ciudad de Stanarta, un lugar que aún databa de los bárbaros orígenes del viejo Imperio Interestelar. Había sido una antigua institución, en los días en que la antigua civilización, estalló en aquella espantosa guerra civil que se corrió a todo el viejo Imperio Interestelar. Al edificar, sobre las cenizas del pasado, su nueva dictadura, Escario Gundaarson, el viejo edificio había vuelto a habilitarse corno una prisión política.

De la garra siempre de sus guardianes Tiganios, Kain fue conducido a los altos niveles de la prisión y por último, a un patio. El aire resultaba agradable de respirar, después de la hediondez de las mazmorras inferiores. La luz del sol Valdaa, entonces en el cénit, le hirió los ojos, pareciendo una enorme cereza suspendida en Un cielo sin nubes. Sin ninguna ceremonia, los guardianes, empujaron a Kain en el interior de un pequeño vehículo, construido, sin duda, para el traslado de presos. Uno de aquellos Tiganios escamosos conducía el vehículo, mientras el otro se apestó tras el asiento que ocupaba Kain, en una posición que resultaba fácil para dominar en cualquier momento al preso, si éste no obedecía convenientemente.

El vehículo arrancó y se deslizó a través del patio hacia 1a, puerta estrechamente vigilada, donde numerosos guardias del Imperio, se hallaban de servicio. Comprobaron la salida del coche conducido por los Tiganios y una vez fuera de la prisión, el vehículo se dirigió a toda velocidad fuera de la ciudad. Mientras se deslizaban a través de las rectas avenidas bordeadas de altísimos edificios y de brillantes cúpulas, el prisionero trató de poner en orden sus dispersos pensamientos. Kain no tenía la menor idea de hacia dónde le llevaría aquel vehículo y se hallaba extenuado física y mentalmente, como para no importarle demasiado, en realidad, el final del trayecto que recorrían. Pero un escondido segmento de su cerebro, funcionaba agudamente y con tenacidad, volviendo siempre al recuerdo de las palabras transmitidas telepáticamente por el mutante de primer grado y que había oído, o soñado que había oído, justo en el momento anterior a ser atrapado por la policía. Recordaba perfectamente el mensaje, o lo que pudo soñar que fuese el mensaje: «Déjate conducir por esta gente y espera tu hora».

¿Qué significaba aquello? ¿Quién era el desconocido mutante que había tomado contacto con él? ¿Seria algo que habría soñado después de ser golpeado por los mercenarios del Nuevo Imperio, en los lóbregos calabozos de la prisión?

El coche atravesó otras muchas puertas, celosamente guardadas por gentes armadas, hasta detenerse en Un lugar, a donde otros hombres uniformados se acercaron inmediatamente. Darrel Kain, dirigió una mirada a su alrededor. Era el aeropuerto espacial de Stanarta. Enormes navíos espaciales, permanecían esperando su turno de vuelo, con su estructura metálica apuntando hacia el cielo brillantemente iluminado por Veldaa. La vista de aquellos navíos del

espacio, trajo a la mente de Kain, a los pocos instantes, el tétrico recuerdo del planeta que servía de penal al Nuevo Imperio y donde su hermano, había sido torturado y muerto, dentro del traje fatídico de fibras nerviosas.

Parecía que la canción del Nuevo Imperio, tenía como fondo musical, el ruido producido por el golpeteo de la pistola de los soldados, contra el muslo, de sus portadores, al andar.

Aquel tema sonó más fuerte en los oídos de Kain, al ser escoltado por los dos Tiganios, a través del aeropuerto, con las garras clavadas cerca de sus respectivas armas. Caminaban cada uno, a un lado del preso, hacia un lugar en que un navío espacial, brillante como un espejo de metal plateado, estaba aparcado apuntando hacia el cielo coloreado de rojo-cereza, su morro terminado en una alargada y finísima aguja. Parecía algo limpio y de aspecto clínico, nadie hubiera dicho que se trataba de un vulgar aparato, destinado a llevar a un hombre al planeta que servía de penal al Nuevo Imperio, pensó Kain.

Alrededor de la base del brillante aparato espacial, estaban congregados diversos personajes uniformados de distinta clase. Un personaje repulsivo obeso y rechoncho, de cara simiesca, se destacó del grupo hacia el prisionero y su escolta. Los ojos la desaparecían entre la obesidad de su rostro repugnante. Vestía el uniforme del Cuerpo Penal del Nuevo Imperio, con la insignia de Comandante Jefe sobre los hombros de su túnica. El casco estaba celosamente protegido contra la actividad mental de los mutantes.

Kain fue obligado a hacer alto, siempre vigilado de cerca por sus espantosos guardianes, que cambiaron saludos con el alto oficial del Nuevo Imperio. Aquel personaje importante, examinó a Kain de pies a cabeza, con una sonrisa placentera en sus brillantes ojuelos.

—¡Kain! —exclamó en una voz chirriante y áspera- con sádica delectación —. Ya tuve a otro Kain bajo mis manos en otra ocasión... Desgraciadamente, el pobre muchacho... murió— Se sacó el bruñido casco de la cabeza y se lo puso sobre el pecho, inclinándose en una burlona reverencia.

Un destello de algo indescriptible, pero saturado de astucia, pareció animar por un instante las pupilas de Kain.

Se hallaba lo suficientemente cerca del repulsivo Comandante del Nuevo Imperio, como para imponerse a su voluntad, haciendo uso de su facultad mental híper normal... Pero el casco fue vuelto a su lugar instantáneamente. Aquel casco debía proteger una mente mezquina e increíblemente cruel, nacida para el mal. El mutante, volvió a controlar sus bloques mentales, apartándolos de los hediondos pensamientos del Comandante.

—Ya sé lo que ocurrió a mi hermano en su campamento de Granzil-Dos, Comandante— repuso el preso, con calma—. La Liga Mutante, está bien alerta de la forma en que usted trata a los súper-normales.

Los brillantes ojuelos del Comandante miraron a Kain con expresión indefinible.

—Puede usted considerarse altamente honrado, mutante —escupió

venenosamente el personaje—. Va usted a viajar a su nuevo hogar en un navío de lujo, desde que se ha convertido en un importante personaje. Tenemos tantos deseos de que sea usted sometido a los valiosos efectos parapsicológicos del traje de fibras nerviosas, y pueda responder adecuadamente a las preguntas que se le hagan sobre la construcción de las bombas mentales, que no hemos querido esperar al navío regular, que sale cada semana, con presos para Granzil-Dos, en efecto.

Sobre el terreno, una escuadra de hombres en marcha, obedecía rígidamente las voces de mando de un oficial. Vestían el uniforme del Cuerpo Penal.

—Eche una mirada a esos tipos —añadió el Comandante^—. Son el relevo de guardia especial de Granzil-Dos. Son unos tipos muy duros, ¡ya tendrá ocasión de comprobarlo!

La escuadra de hombres uniformados, hizo alto junto a una escotilla y comenzaron a subir a bordo de la nave. Otro cierto número de elementos civiles avanzaban también hacia el navío espacial. Algunos cojeaban, uno de aquellos hombres iba en una silla de ruedas y el conjunto en general tenía la apariencia de hallarse en malas condiciones de salud. En medio de aquella gente, aparecía una joven alta, con una capa bordada de plata, de color rojo-vino. Tenía las facciones moldeadas en delicadas formas y su cabello dorado, estaba graciosamente recogido en una especie de redecilla sobre la nuca. El lado izquierdo de su bello rostro aparecía lleno de cicatrices y heridas, que deberían haber sido producidas, sin duda por el fuego.

Kain recordó, que la colonia penal no era la sola finalidad del Nuevo Imperio en Granzil-Dos. Era también un centro de recuperación, situado en un planeta que gozaba de excepcionales condiciones climáticas, del que disfrutaban los adheridos al sistema político del Imperio, para curarse de numerosas enfermedades. Muchos de los leales a Escario, que habían sufrido con los ataques de los miembros de la Liga Mutante, eran enviados para su recuperación a aquel centro. Kain reconoció tras breves instantes a la joven de la capa do-dada de color rojo-vino. Se llamaba Karla Morton. Las bellas facciones de la chica del cabello dorado, habían sido observadas por millones de seres, a través de la televisión en sus numerosos canales, a través de todo el Nuevo Imperio e impresas y reproducidas en los periódicos del régimen, últimamente, elevándola a un nivel superior, hasta titularla la Heroína del Nuevo Imperio, por su conducta, al estallar una bomba mental que destrozó los Laboratorios Centrales, donde la joven estaba empleada.

Kain apartó la mirada de la chica. No le resultaba desagradable por las heridas y cicatrices producidas por la irradiación, la joven resultaba adorable a pesar de ello. El apartar los ojos de la joven, fue una acción reflejada, producida por la idea de lo que Karla Morton significaba. Era una de las Mutantes Leales, una heredera del poder y la sabiduría, que había puesto sus poderes mentales supernormales, a disposición de la abominable dictadura de Escario Gundaarson.

El Comandante volvió a mirarle enigmáticamente con su asqueroso rostro, cruel y cínico. Con su grotesca voz, le dijo de nuevo:

—Yo, también vuelvo en ese navío, Kain. Me ocuparé personalmente de vigilarle. Mi nombre es Scudderman.

Kain y» lo sabía. El nombre aquel era famoso, era el del infame jefe del penal de Granzil-Dos, donde tantos miembros de la Liga Mutante, habían muerto en la más espantosa miseria, y desgraciadamente era bien conocido entre todos ellos los que luchaban en permanente actividad revolucionaria contra el Nuevo Imperio.

Tras el murmullo de las últimas palabras de Scudderman, nuevamente y de forma precisa, penetró en el cerebro de Kain, otro mensaje telepático, el mensaje famoso que formaba el santo y seña universal de los miembros de la Liga Mutante :

—¡Te saludo, Darrel Kain! ¡Los mutantes son los herederos del poder y la sabiduría!

Instantáneamente comprendió que alguien había tomado contacto telepático con él y que aquella persona, no debería hallarse lejos, al enviarle el saludo de hermandad universal de los mutantes. Dejó abiertos los bloques de sus poderes supernormales y la voz interior, llegó clara y precisa, de nuevo:

—¡Recógete en actitud pasiva, Kain, pronto! Empieza... ¡AHORA!...

Kain obedeció relajando el área de su pensamiento, para almacenar cuanta aquella inteligencia supernormal superior, fuese vertiendo en ella. Todos aquellos conocimientos, que quedarían encerrados en sus bloques inconscientes, surgirían a la superficie, por un acto superior de voluntad, cuando sus bloques-pensantes voluntarios, fuesen puestos en marcha.

Kain oyó obscuramente la voz del Comandante, ordenando:

—¡Súbanlo a bordo! En seguida se vio conducido a la plancha que como rampa ascendente, le subiría a bordo de la nave.

A medio camino, sintió otro contacto telepático, imprimirle en sus sentidos conscientes, las siguientes palabras:

—¡Ya esté! ¡Ya sabrás cuándo tendrás que utilizar esos conocimientos almacenados! ¡Buena suerte!

CAPITULO III

A bordo de la nave espacial, Kain fue tratado con toda la falta de delicadeza usualmente dedicada a los presos, propia del sistema del Nuevo Imperio. Fue empujado al interior de una pequeña cabina, en la que sólo había un pequeño camastro, que constituía el más pobre de los sustitutivos de una litera contra la aceleración.

Al producirse el lanzamiento hacia el espacio, y empezar la nave a desgarrar la gravedad del planeta en su marcha ascensional, Kain tuvo que permanecer aplastado contra su catre, con las manos como garfios asidas a los bordes de su pobre litera, para tratar de sobrevivir. La nave rugía con el potente escape de sus reactores, ascendiendo hacia el rojizo firmamento, por encima de la ciudad de Stanarta, conduciendo a Kain aplastado contra su camastro, respirando agónicamente, hasta perder toda conciencia por la brutal presión de la aceleración.

Volvió en sí con el pensamiento de que ya no tenía estómago y con la cabeza a punto de explotar. La pequeña cabina era como una tumba metálica, que le recordaba además, lo más espantoso que esperaba a Kain: el traje de fibras nerviosas, instrumento de la más sádica tortura imaginada jamás, allá en el penal de Granzil-Dos. Le obligarían, con aquel espantoso objeto de tortura, hasta que dijese algo del secreto de las bombas mentales, a las cuales Kain había tan eficazmente ayudado a diseñar. Y después, aquellos monstruos, incrementarían la corriente, hasta que muriese dentro de aquel infernal dispositivo, tal y como le había ocurrido a su hermano Rolf...

La nave espacial continuó todavía dejando percibir el estruendo rítmico y sordo de sus potentes reactores por cierto tiempo, después el estruendo cambió por el zumbido más suave, parecido a una fuerte corriente de aire silbante, sobre un vasto páramo. Y después desapareció todo ruido quedando sumida en un silencio aterrador. Kain comprendió, entonces, que la nave, había entrado en el vuelo «curvo» fuera de toda medida de tiempo. Ahora viajaba a través de años luz, hacia el sistema de Granzil, el segundo planeta en donde el Nuevo Imperio mantenía la colonia penal y donde esperaba un traje de fibras nerviosas para Darrel Kain.

De pronto desapareció la obscuridad en que estaba sumida su cabina, por la manipulación que desde el exterior, alguien realizó, encendiendo un bulbo metálico, que esparció una claridad difusa en el interior de la pequeña estancia. La puerta giró sobre sus pivotes y el ruido de un par de botas claveteadas magnéticas, irrumpió en el umbral.

—Espere aquí —ordenó el Comandante Scudderman, al joven guardián de prisiones que le acompañaba, quien se detuvo en la puerta, mientras el jefe entraba en la cabina. La pálida luz puso un contraste de sombras en las rechonchas facciones de Scudderman, al avanzar hacia la pequeña litera en que descansaba Kain.

—Pensaba en usted, mientras descansaba en mi magnífica litera de goma espuma, durante el lanzamiento de la nave —dijo al prisionero, recreándose en el sufrimiento de Kain.

—¿A qué viene usted aquí? —preguntó el preso, sin moverse de la posición que ocupaba.

—Precisamente a verle a usted —repuso Scudderman, con su perpetua sonrisa descarada y cínica.

—¿Viene a recrearse con mi desgracia? —continuó Kain—, Ya me dijeron que usted no dejó de reír placenteramente, mientras mi hermano agonizaba en el traje de fibras nerviosas.

Scudderman, se encogió de hombros ligeramente.

—Quizá lo hiciera —respondió—. No querrá usted creerlo, Kain, pero creo que es una visión deliciosa ver cómo un miembro de la Liga Mutante, exhala su último suspiro. Sin embargo, supongo que todos tenemos una diferente apreciación de los valores estéticos. —Y el Comandante del Nuevo Imperio, sonrió más abiertamente aún como congraciándose de su propia chispa humorística.

Scudderman permanecía de pie cerca de los pies del camastro de Kain y éste comenzó a pensar en la posibilidad de atizarle un buen puntapié en su inmensa barriga.

Y lo hizo.

Lanzó el pié con toda su fuerza hacia arriba, rápidamente, aplastándolo contra el exagerado abdomen del Comandante. Scudderman, dejó escapar un sordo rugido y cayó pasadamente sobre sus rodillas en el acerado piso de la cabina, aullando desesperadamente.

—Eso —observó Kain— es una bonita ilustración de la teoría que acaba usted de exponer. Así han quedado mis gustos por tales valores, y no los suyos, supongo.

Desde la entrada de la cabina, el joven guardián de prisiones, se precipitó al interior como un tornado. Era un joven macizo, poderosamente constituido, en su primera juventud y se detuvo cerca del camastro para considerar la situación.

—¡Me ha dado un puntapié! —gritó Scudderman entre lamentos—, ¡A mí! ¡Que lo aplasten!

El joven oficial de prisiones hizo un rápido movimiento. Darrel Kain trató de incorporarse; pero el joven guardián fue más rápido y el preso se vio atenazado por un par de manos de acero que le aplastaron de nuevo contra su camastro. Kain comenzó a luchar furiosamente para desasirse; pero cesó al darse cuenta de que el joven le guiñaba significativamente los ojos. El joven siguió representando su papel de defensor de su jefe y en un momento en que la boca del joven, estaba junto al oído de Kain, le dijo:

—¡Cuidado! ¡Quédate agazapado! —le susurró rápidamente a través de sus dientes encajados.

Kain obedeció, permaneciendo con los ojos cerrados y en silencio,

mientras el joven guardián se incorporaba.

—Ya le he dominado, señor —informó el guardián—, Le he aplastado una mandíbula.

—Es usted un buen elemento —repuso el Comandante.

A través de los ojos entornados, observé cómo e1 corpulento guardián ayudada a su señor a incorporarse y a acompañar al dolorido Scudderman fuera de la cabina. Antes de salir, el joven, fiara completar la comedia, dijo con tono de profundo desprecio, mirándole:

—¡Un parásito de Liga Mutante! ¡Fuaf! —Y escupió al propio tiempo, produciendo con los labios un seco chasquido.

Aquel sonido seco, trajo a la mente de Kain, la idea de los cables introducidos en la carne de las víctimas encerradas dentro del traje de tortura, de fibras nerviosas.

* * * *

Pasaron algunas horas, durante las cuales Kain pudo dormir. Después despertó. Le despertó la sensación de falta de tiempo y de ruido propio del vuelo en el espacio curvo y el aburrimiento de yacer solitario con aquella media luz que sus enemigos habían olvidado de apagar al salir.

Su cabeza se fue aclarando poco a poco después de haber dormido y descansado y comenzó a pensar acerca de que los mutantes que habían tenido contacto con él telepáticamente; sobre la voz que había sintonizado en el interior de su mente, cuando su desgraciado intento de escapar en el viejo navío espacial comercial y más recientemente en el aeropuerto espacial de Stanarta. Las voces telepáticas no permitían reconocer la identidad ni el sexo del comunicante...

Eran, simplemente claras voces que se infiltraban en el cerebro propio. Kain, por tanto, no tenia la menor idea de quién pudo haber tomado contacto con él; pero ahora estaba convencido de que aquello había sido una realidad evidente y no el producto de su imaginación.

La segunda vez, especialmente, el contacto había sido una profunda transferencia de ideas en su mente. Una serie de ideas y conocimientos que podría usar más tarde y que conocería cuando debería hacer uso de ellos, según le había advertido precavidamente,-la voz amiga.

Kain cesó de hacer cábalas sobre el particular, al oír de nuevo el ruido metálico de pisadas en el exterior de la puerta de la cabina. Oyó descorrer el cerrojo. Si era Scudderman, tendría que volver a patearle, ya que era su única posibilidad de desquitarse de algún modo.

Pero no se trataba de Scudderman. Era un fornido guardián de prisiones trayendo .una bandeja con varios trozos de pan basto y corriente y un vaso de plástico con agua. Al igual que el otro guardián que había venido anteriormente con el Comandante, aquel era también muy joven.

Kain se levantó tomó el pan y el agua y comenzó a comer con apetito de lobo hambriento. El guardián permaneció en pie frente a él. Se leía admiración en sus ojos, aunque la mano la tenía bien cerca de la empuñadura

de su pistola.

—Rhys Jankowictz me ha dicho que ha dado usted un puntapié en la barriga a Scudderman —dijo el joven con precaución.

—Si Rhys Jankowictz es el joven que estuvo aquí con Scudderman, tiene razón —comentó Kain, mientras comía los trozos de pan.

El guardián murmuró en un tono confidencial.

—Es un recluta como yo. No tenía ningún deseo de servir en el Cuerpo Penal, como yo tampoco lo he deseado nunca. Hemos sido reclutados a la fuerza, a causa de nuestra estatura. Me llamo Franz Ortinelli.

—El Cuerpo Penal parece hacer las cosas muy bien —observó Darrel Kain.

Ortinelli sonrió inocentemente.

—Todos nosotros acabamos de cumplir nuestro período de entrenamiento y vamos a reemplazar por primera vez a los guardianes de Granzil-Dos —dijo —. De nuevo brilló en sus ojos una mirada de admiración y añadió: —Cualquiera que pueda patear a Scudderman en la barriga, es amigo nuestro.

El joven guardián calló y dirigió una cautelosa mirada sobre su hombro. Se acercó más a Kain.

—Yo no entiendo esta cuestión política muy bien; pero creo que ustedes los supernormales tienen razón al decir que son los herederos del poder y la sabiduría y que acabarán por tomar las riendas del gobierno del Imperio Estelar. Me parece justo que es precisa una mente supernormal para que la supremacía de la inteligencia terrestre, pueda perdurar en el Universo. Ustedes cuentan con muchos simpatizantes entre la gente normal. La mayor parte de la gente, piensa que Escario, sólo juega a mantener vivas las viejas glorias del Imperio Terrestre Interestelar. No hay duda de que el Nuevo Imperio está en franca disolución, mire las revoluciones ocurridas en Forbel-Nueve y todas las actividades antiimperiales de los colonizadores de los Seis Mundos.

Darrel Kain se quitó de la boca una corteza del pan que comía y miró de plano al joven guardián.

—Si cree usted que con ese discurso, espera oírme decir algo del Nuevo Imperio, pierde usted el tiempo por completo, hijo —comentó.

El casco de Ortinelli estaba bien cerrado; pero se hallaba muy cerca de Kain para que éste pudiera comprender que sus pensamientos eran sinceros. Así lo comprendió Darrel, quien en tono más agradable dijo al joven guardián:

—Sí, es cierto, Franz, el Nuevo Imperio, está disolviéndose. La sola gente que pueda salvar los mundos estelares de volver a una regresión de barbarie militarista, o lo que es aún peor, que se vuelva a los días anteriores a la época de la Emperatriz Elvira, son sólo los mutantes. Escario ha conseguido su poderío inmenso a su manera, llevando hasta lo último su sistema de guerrear sin piedad en los mundos estelares. Escario considera a los mutantes como a un peligro y una amenaza para su propio personal y como casi todos los dictadores, trata de eliminar las amenazas, con la persecución No podrá

continuar trabajando en ese camino por mucho tiempo. Escario trata de nadar contra la corriente de la Historia. Sus métodos persecutorios han alcanzado una tal intensidad, que la Liga Mutante, se ha visto forzada a entrar en acción echando mano a un arma temible: la guerra con las bombas mentales.

—Y usted, que es un técnico experto trabajando en ese tipo de bombas, es una buena presa —repuso el joven—. Le esperará una dolorosa prueba y un terrible interrogatorio al llegar a la colonia penal.

—Dolorosa —gruñó el preso—, es la palabra que conviene al caso.

Ortinelli se rebuscó en un bolsillo de su túnica y extrajo un paquete de cigarrillos U'croi. Ofreci6 uno a Kain, que encendió con una cerilla que el joven sacó de otro bolsillo.

Al cerrarse la puerta tras el joven guardián, sólo quedó de nuevo el increíble silencio anterior. Kain se echó otra vez en su camastro, pensando y gozando del cigarrillo que tenía en la mano, el mayor tiempo que le fuera posible.

CAPITULO IV

Por el tiempo en que entró en la cabina de Kain, el joven guardián, con los alimentos de su racionamiento de preso, una pequeña avería eléctrica se había producido en la cabina de control del navío interestelar.

Y precisamente en el momento, en que el joven guardián ofrecía el cigarrillo a Darrel Kain, la avería estaba localizada a través de una larga sección de cables, desde el morro de la nave hasta la cámara de cohetes reactores de la misma, Un minuto después, un técnico de electricidad y electrónica de la tripulación' de la nave, abría un compartimento cuajado de complicadas conexiones y circuitos, que era realmente el centro nervioso vital del sistema electrónico del gran navío espacial.

Al abrirlo, el técnico quedó mudo de estupor. Se quedó con los ojos abiertos por el asombro y le temblaron las rodillas por el pánico que se adueñó instantáneamente de toda su persona.

En el suelo de aquel compartimento, brillando misteriosamente, se hallaba una esfera de metal del tamaño aproximado de un balón de fútbol.

El técnico se quedó mirando hechizado al extraño ingenio, como un conejo hipnotizado por una serpiente. Sabía, que aunque hiciese su mayor esfuerzo físico posible, no conseguiría mover un ápice de aquella bola metálica, igual que si tratase de cambiar de sitio a una montaña.

Sobre la esfera, aparecía adherido un papel de plástico, con la siguiente leyenda:

«Escario Gundaarson es un tirano y un loco estúpido. Los mutantes son los herederos del poder y de la sabiduría. Su derecho a gobernar los mundos estelares pacíficamente y con sentimientos nobles, no les será denegado por mucho tiempo».

El técnico repuesto de su sorpresa, salió corriendo como alma que lleva el diablo en busca del oficial superior de su servicio y poco después, un joven oficial entraba como un huracán en la cabina del capitán de la nave, sin llamar a la puerta:

—¡Hay una bomba metal magnética en la cubierta número siete, señor! —dijo, disparando materialmente las palabras, olvidándose incluso de haber saludado a su superior.

El Capitán Georges Abdullah, se hallaba bebiendo un vaso de whisky con el Comandante Scudderman, y ambos saltaron disparados de su asiento, como impulsados por un mismo resorte. El Capitán del navío estelar, bebió de un golpe lo que quedaba en el vaso, como en una acción refleja, mientras que Scudderman comenzó a temblar de pies a cabeza, volcándose el vaso de licor sobre sus zapatos.

Momentos más tarde, el Capitán el Jefe del Penal de Granzil-Dos y el técnico de electrónica estaban asomados por la escotilla abierta en el compartimento correspondiente a la cubierta número siete. Hicieron las más

diversas tentativas para mover la bomba del lugar que ocupaba; pero todo fue en vano. Sabían que en su interior había un fortísimo compuesto electromagnético que la mantenía como soldada a las planchas metálicas del piso.

Fue una cuestión de segundos la que medió entre levantarse todos de allí y dirigirse hacia la cabina de Darrel Kain.

—¡Por favor, usted es un experto... saque el detonador de esa maldita bomba antes de que todos quedemos reducidos a polvo! —imploró el Capitán.

—¡Extraiga el detonador! —restalló Scudderman—. Aparecía con el rostro rechoncho pálido como un muerto, dejando escapar sus coléricas palabras mezcladas con el más profundo terror. Un segundo después, su demudada faz parecía también implorar, al igual que el Capitán, pareciendo mirar a Kain como al mejor de sus amigos, y como si hubiera olvidado el puntapié que había recibido en el vientre.

Darrel Kain, reclinado en su camastro, repuso con calma afectada:

—Es algo que no puedo hacer. La abertura de una bomba semejante, se encuentra siempre en la parte inferior y se halla como soldada a la plancha metálica contra la cual se deposita. Una vez que una bomba de esa clase se encuentra en posición de ser disparada, es imposible encontrar la abertura.

—Sin embargo, usted podrá hacer algo con respecto a esa bomba —repuso Scudderman, quien habiendo cambiado de compostura, le miraba ahora ciego de furor mientras se sacaba de su túnica una potente pistola, que puso cerca de la cabeza de Kain. Darrel Kain, se encogió de hombros y se incorporó fuera de su camastro.

Salió empujado hacia el lugar en que se hallaba la bomba mental y mientras caminaba hacia la cubierta siete, recordó Kain el contacto telepático que había sufrido en el aeropuerto de la ciudad, al subir a bordo de la nave espacial.

Empezó a parecerle claro, que entonces estaba en condiciones de saber la naturaleza de lo que había sido depositado en la reserva de memoria de su cerebro: la fórmula con la que podría disparar la bomba, presumiblemente puesta allí por los agentes de la Liga Mutante, en Stanarta.

Pero él, sólo era un mutante de segundo grado, y no estaba en condiciones de disparar una bomba mental. Se le ocurrió una idea momentánea: quizá aquella bomba sería de algún tipo modificado, apropiada para ser disparada por un mutante de su clase. Todo lo que tendría que hacer, sería relajar sus bloques mentales y dejar aflorar a la superficie de su mente la fórmula secreta del disparo, para hacer desaparecer en átomos, aquella nave estelar. Quedaría desvanecida, sin dejar el menor rastro, allí en el espacio curvo, en medio de los años de luz, en la infinitud del Universo. Sería una muerte instantánea para todos los componentes de la nave, mejor de todos modos, que la horrible muerte que le esperaba, después de haber sido torturado en el interior del traje de fibras nerviosas.

Y con todo, había algo perdido en el esquema general del asunto. Una

cuestión de ética y Kain sintió vacilar en la realización de su propósito. Pero no había tiempo que perder, en semejantes du- . Se hallaba en el intrincado laberinto de cables del compartimento de la cubierta número 7 y Scudderman apoyaba una pistola sobre su cabeza.

La chispeante esfera de metal, era un objeto desafiante y terrorífico allí plantado a la vista de todos ellos. Aquella situación desconcertante, acabó pronto por decidir a Darrel Kain a hacer uso de sus poderes mentales.

Se dispuso a hacerlo y lo hizo.

¡AHORA!

Pero Kain comprobó que no podía realizarlo.

No se trataba del instinto de propia conservación. Sinceramente, él preferiría mil veces morir instantáneamente convertido en átomos que no llegar a la espantosa muerte que le estaría esperando en el penal de Granzil-Dos. Era el punto débil de la cuestión que le asaltó nuevamente, la cuestión de ética, una cosa que los mutantes conocían y practicaban siempre. Era simplemente, la compasión por los «normales». La sabiduría de los supernormales estaba atemperada por una piadosa consideración a la gente que ellos deseaban gobernar y todos los mutantes, eran absolutamente incapaces de traicionar tal principio por el que luchaban y sabían dar la vida.

Fue este sentimiento compasivo el que se impuso en la mente de Kain, llegado el momento supremo de disparar la bomba. Nunca sospechó que tal sentimiento podría hallarse tan arraigado en él. Pensó en Ortinelli y en Jankowictz y en otros tantos como se hallaban a bordo de la nave, gentes que detestaban la odiosa tiranía de Escario y que le servían, simplemente porque no tenían otra alternativa. Estaban además los pasajeros enfermos e incluso Scudderman, que ahora aparecía no ser más que un estúpido muerto de miado.

No pudo concebir la idea de matarlos a todos. Se encontró totalmente más allá de sí mismo. Vacilante e irresoluto, Kain permaneció en el umbral del compartimento, mirando' fijamente la bomba mental, en un momento de prolongado silencio y como ausente de la realidad.

Y repentinamente, el silencio se vio sobresaltar do por las palabras dichas en voz aguda por una mujer:

—¡Cuidado! ¡Va a disparar la bomba! —restalló aquella voz femenina, como un cuchillo a través a través de la total ausencia de sonidos del vuelo en la dimensión curva del espacio—. ¡Va a hacer saltar el navío! ¡Tiene la fórmula en su cabeza! ¡He cogido sus pensamientos desde mi cabina!

Las palabras vinieron acompañadas por un nervioso taconeo de pisadas de mujer. Era Karla Morton, con su capa de color rojo-vino bordada de plata. Karla Morton, Heroína del Nuevo Imperio y mutante-traidora, que corría hacia ellos mirando a la bomba en su dispositivo. Al aproximarse, miró fijamente a Kain sin apartar los ojos de él. Repentinamente, ella dejó escapar una ráfaga mental que como una garra paralizó el cerebro de Darrel Kain.

Kain se dejó caer hacia atrás, contrayendo sus facciones con una dolorosa expresión. No podía combatir contra aquello. La chica era una mutante de

primer grado, y él un simple mutante de segunda categoría. Ella incrementó la corriente neutral telepática, bloqueándole sus centros hipernormales y manteniendo a Kain en un estado de parálisis, con el cerebro envuelto por una poderosa red. Kain acusó el impacto y sintió que el piso metálico de la cubierta se hundía bajo sus pies.

Kain hizo un supremo esfuerzo y se incorporó de rodillas quedando medio atontado, bajo el imperativo control de la joven del cabello dorado. A través de un espeso caos de confusos pensamientos, pudo oír la voz de la joven dirigiéndose hacia los hombres del Nuevo Imperio.

—Le tengo bajo mi control, no podrá disparar la bomba, mientras pueda sostenerle. Lo único que pueden ustedes hacer es abandonar la nave espacial y volver hacia Stanarta de nuevo. Si puedo sostenerle en tales condiciones, podrá eventualmente volver de nuevo; pero eso le llevará horas todavía. No me cabe duda de que en Oix, tienen la fórmula secreta de disparo y la pondrán en práctica, si Kain falla.

—¡En Oix! —exclamó asombrado Scudderman—. Pero con seguridad, ¡ellos no pueden hacer nada contra el vuelo en espacio curvo desde Oix! Nosotros nos encontramos volando en un continuo espacio-tiempo!, y...

—Usted tiene mucho que aprender todavía acerca de los poderes telepáticos de los supernormales —dijo Karla Morton, interrumpiendo secamente a Scudderman—. ¡ Claro que si pueden detectar a una nave que vuele en el espacio curvo! No puedo seguir discutiendo más tiempo. Hagan lo que les digo. Preparen las naves auxiliares para evacuar inmediatamente. No puedo relajar mi garra telepática de la mente de Kain, por un solo segundo, en cuanto lo haga la bomba será disparada, o bien, cualquiera en Oix, que se encuentre afectado por el toque de la misma banda telepática, ¡lo hará por Kain!

El grupo reunido alrededor del compartimento de la bomba, estaba temblando de pánico de pies a cabeza, sólo el Capitán Abdullah podía al menos controlar su nerviosidad.

—Ayudaremos a usted a introducirle en un salvavidas espacial, mientras usted le tiene controlado —sugirió el Jefe de la nave—. Le necesitamos a toda costa. Tiene el secreto de las bombas mentales y esto es de un valor inconmensurable para el Imperio.

—¡No! —repitió Karla, gritando rudamente—. ¿No pueden ustedes hacer lo que les digo, ciegos estúpidos? ¡No le toquen! No quiero que nada se interfiera con la red de control telepático que tengo ahora sobre él! Necesito de todo mi poder consciente e inconsciente para forzarle a perder el conocimiento, y además no estoy luchando contra él solo. Tengo que interceptar las interferencias que provengan de Oix. Más pronto o más tarde, me agotarán y dispararán la bomba. Les estoy dando una oportunidad para que escapen con vida ¿es que no lo están viendo?

La voz de la joven, estaba a tono con el pánico general que la rodeaba. Los hombres se convencieron de que era cuestión de segundos, tomar sus

salvavidas espaciales, salir de la nave y alejarse antes de que todo se redujese a la nada. Un terror glacial les tenía atontados, mirando como la chica mantenía en trance telepático a Kain, gracias a su poder mental supernormal.

—¡Vamos, pronto! —insistió la joven—. No podré aguantarlo por mucho tiempo. Los salvavidas están provistos con buscadores electrónicos para encontrar el camino de regreso, bien en el planeta de destino o en el de partida, una vez que hayan salido fuera del vuelo de la dimensión curva.

—Sí, es cierto —repuso el Capitán.

—Entonces, avise a todos los pasajeros y tripulación que embarquen en los salvavidas espaciales Inmediatamente. Hay poco tiempo y cada segundo se reduce más. ¡No puedo sostener a Kain y a los de la Liga Mutante de Oix indefinidamente! ¡Márchense... tendrán que sacrificarme!

Ella recalcó las últimas palabras. El Comandante Scudderman farfulló algo relacionado con el heroísmo de Karla y de su merecido título de Heroína del Nuevo Imperio y el grupo de hombres, salió disparado a todo correr de la cubierta 7.

En su sombrío y casi inconsciente estado mental, Darrel Kain pudo apercibirse del pánico reinante en la nave y la orden de abandono llenó de ecos de carreras nerviosas y gritos las plataformas de las vecinas cubiertas del navío interestelar.

Repentinamente, se hizo un silencio absoluto en la parte de su cerebro que había estado sometido a la vorágine de la garra telepática de Karla. Empezó a sentir resurgir sus pensamientos a la superficie del conocimiento normal, como el nadador que habiendo permanecido demasiado tiempo bajo el agua, lucha con los pulmones doloridos para salir al aire y a la luz del exterior de la superficie del mar. Unas suaves emanaciones, vinieron a facilitarle la recuperación de la ruda prueba a que había estado sometido en su prisión telepática. La chica, aflojaba su garra lentamente.

Por fin, se encontró en la superficie. La joven, seguía en pie delante de él, envuelta como siempre, en su bonita capa de color rojo-vino, bordada de hilos de plata y sus hermosos cabellos dorados,, cruzándole por la frente en artísticos rizos. Era una mujer bellísima, a pesar de las cicatrices sufridas por la radiación en el lado izquierdo de su cara... y ¡le estaba sonriendo!

—Se han marchado —le dijo Karla Morton telepáticamente—. El último salvavidas acaba de salir disparado de la cámara vecina. Lamento haberle tenido tanto tiempo bajo control telepático, tan duramente; pero había que hacerlo comprender claramente.

Darrel Kain iba recuperando su completo equilibrio mental, y sacudió la cabeza para aclararse por completo las ideas.

—¡Hacerlo comprender claramente! —exclamó sorprendido—. No comprendo...

Kain farfulló entrecortadamente algo, forzándose a que se le comprendiese mejor; pero Karla Morton, leyó sus pensamientos antes de que Kain los tradujese en palabras.

—Ha sido una comedia, Kain —añadió ella—. Todo es obra de un pensamiento concebido en los últimos momentos, así, usted y yo, podremos continuar trabajando por la causa, y el hecho de que ahora dispongamos de esta modernísima nave para volar en la dimensión curva, nos proporciona una bonita oportunidad de seguir adelante con nuestra lucha, con mayores posibilidades.

—Sigo sin comprender —objetó Kain—. Habla usted de «la causa» pero usted y yo hablamos lenguajes diferentes. Usted es miembro de la Liga Mutante Leal de Escario. Usted se hallaba trabajando en los Laboratorios Centrales, la noche en que las bombas mentales, los hicieron saltar en pedazos y usted se cuidó de poner a salvo a los operarios heridos, a pesar de sus propias heridas... Escario la condecoró por eso... No... no comprendo...

La sonrisa de la joven tenía el misterioso poder de cortar sus protestas en el acto.

—Perdóneme si le digo —añadió gentilmente la joven—, que usted es solamente un simple mutante de segundo grado. Pero usted y yo, hablamos, efectivamente el mismo lenguaje que dice: «Los mutantes son los herederos del poder y la sabiduría». Hay determinadas cosas que la Liga Mutante, tiene reservadas para ser hechas por los supernormales menores, tales como los mal llamados Mutantes Leales de Escario, quienes en realidad están trabajando para la Liga Mutante, y que son en realidad, los que hicieron explotar las bombas mentales.

—¡Disparadas por traidores-mutantes! ¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Kain con un agudo tono de sospecha en la voz--¡Las bombas fueron disparadas desde el cuartel general de la Liga, en Oix!

La joven del cabello dorado, sacudió la cabeza en un signo negativo.

—Está usted en un error. Sidney N'Chaka, Ohang-Chen, Edwards y Liam Ivanovich y otros técnicos mutantes, incluso usted mismo, que intervinieron en las bombas mentales, realizaron un excelente trabajo. Pero existía un fallo, que sólo .las mentalidades superiores de la Liga, conocían de cerca. Resultaba imposible disparar esas bombas desde una gran distancia, no desde Oix como usted supone, por lo que era indispensable que un mutante de primer grado, se hallara muy cerca de esas bombas para poder dispararlas.

Darrel Kain, dejó escapar un silbido de asombro, al conocer la realidad de la verdadera situación.

—¿Quiere usted decir, que los Mutantes Leales, que en realidad pertenecen a la Liga Mutante, son los miembros de confianza que se encuentran en las posiciones clave, cerca de las bombas, para hacerlas saltar? ¡Tendrán que perder de esa manera sus propias vidas!

—Algunos la pierden, otros tienen la suerte —replicó la chica—. Karla levantó una mano y con un gesto rápido se despojó de la túnica roja bordada de plata, permaneciendo unos momentos, mostrando a Kain su brazo izquierdo desnudo. La condecoración que representaba un enjambre de estrellas, ricamente adornada en piedras preciosas, recompensa de Escario,

lucía sobre su pecho. El brazo, mostraba a todo lo largo, las terribles quemaduras producidas por las radiaciones de la bomba mental.

Kain permaneció inmóvil y atónito por la sorpresa. La comprobación de lo que Karla había sufrido, de lo que ella era en realidad y del papel que ocupaba en la Liga, le sumió en el mayor asombro que jamás había experimentado. Aquella bella mujer, no era una heroína del régimen tiránico de Escario Gundaarson, sino la gran heroína de su propia causa.

—Entonces... ¿fue usted la que hizo saltar la bomba que destruyó los Laboratorios aquella noche? —murmuró Kain, sin salir de su estupor—. Así, cada vez que ha sido disparada una, de esas bombas, ha intervenido un Mutante Leal, a quien tanto he odiado y despreciado, con la pérdida de su vida o...

—O con cierta suerte, como yo la tuve —acabó Karla Morton, sin abandonar su encantadora sonrisa, mientras volvía a ponerse su capa bordada —. El hecho de que las bombas mentales no hayan sido disparadas desde Oix, ha sido un secreto muy bien guardado, incluso para, los mutantes de segundo grado; porque la Liga tiene que mantener necesariamente la pretensión de aparecer siendo mucho más poderosa de lo que es en realidad. Y nosotros, todos, tenemos la absoluta obligación de procurar que el Nuevo Imperio, lo siga creyendo.

—¿Y ésa? —preguntó Kain, señalando a la bomba mental que aparecía depositada en el suelo metálico del compartimento de la nave, en mitad del centro nervioso de sus instalaciones electrónicas.

—Es falsa, sólo ha sido un truco. Fue instalada por mutantes simpatizantes nuestros en el aeropuerto de Stanarta, cuando supieron que usted viajaría en esta nave. Yo fui advertida por otros «mutantes leales» e instruida de la comedia que debería representar —explicó Karla—. Yo fui quien tomó contacto telepático con usted al subir , a bordo de la nave y quien ha permanecido en contacto mental con usted, mientras permaneció en su cabina-prisión. Se presentó una. magnífica oportunidad, cuando al ser descubierta la bomba, los jefes se dirigieron a buscarle a usted. Sus reacciones emocionales, me advirtieron el momento en que debí aparecer con mi dramática representación.

—Entonces, he sido actor de una vasta farsa bien organizada —comentó Kain—, Sigo estando todavía confuso. ¿El material que usted depositó en las profundas regiones de mi memoria, no era, pues, la fórmula de disparo de la bomba?

Karla sacudió levemente la cabeza.

—Usted es, en efecto, una parte del engranaje de una gran operación. Usted y yo, ahora precisamente, nos hemos convertido en las dos personas más cotizadas del Nuevo Imperio de Escario; por lo que usted tiene de conocimientos secretos técnicos, encerrados en su cerebro. Pero no podemos continuar hablando aquí indefinidamente, tenemos cosas más importantes que hacer con este novio estelar.

Por la primera vez, desde los confusos acontecimientos ocurridos en los últimos minutos, Darrel Kain se dio cuenta de que él y Karla se hallaban solos en realidad, en aquel potente navío interestelar, volando en la dimensión curva. Le resultó incómodo hallarse envuelto en algo de extrema importancia, sin tener otra idea que la de saberse simplemente un mutante de la Liga, dedicado a su servicio abnegado en favor de la causa,

Karla Morton, hizo un gesto decidido en dirección a la parte superior del navío.

—Vamos. Nuestro sitio está en la cabina de control de la nave —dijo en ademán imperativo, de urgencia, mientras se dirigía en tal sentido. Se arrancó la brillante condecoración de Escario de la túnica y la tiró por encima del hombro.

El enjambre de estrellas adornado de joyas, de la placa cayó al suelo rebotando en el piso metálico de la cubierta, del navío y en ambos, hizo surgir la idea simbólica de que el imperio estelar de Escario, saltaba en pedazos.

CAPITULO V

A través del tiempo y el espacio, repetidos mensajes comenzaron a, ser lanzados sobre las distancias inmensas del Universo estelar, como ondas crecientes de un lago sin orillas, producidas por una piedra lanzada en sus aguas. La piedra en este caso, era una mota metálica desplazándose en el vacío, un salvavidas procedente de la nave estelar del Nuevo Imperio. Era el salvavidas del jefe de la pequeña flota que había abandonado el vuelo en la dimensión curva. Sin interrupción, tales mensajes se repetían mecánicamente, lanzados simultáneamente a los diversos mundos próximos:

«Atentado mutante a bordo Nave estelar NE 7529 partiendo Stanarta Mayor en vuelo dimensión curva zona QW6 hacia. Sistema Veldaa-Grazli. Bomba mental depositada. en secreto. Intento disparo por cautivo Darrel Kain de Liga Mutante, detenido mentalmente por Heroína Karla Morton de Mutantes Leales. Karla informado sobre oposición concentrada en Oix. Controlado a Kain pero advirtiendo formidable presión precedente Oix que culminará atentado. Tripulación y pasajeros Nave NE 7529 a salvo Zona Espacial Veldaa proximidad 988...»

Una y otra vez, aquel mensaje era enviado en toadas las direcciones del espacio. A través de los diversos mundos del Imperio Estelar de Escario, los puntos da comunicación y enlace, recogían el expresado mensaje que volvían a repetir en todos los sentidos, hasta llegar a manos del dictador Escario, que tenía dadas órdenes severas de que todo lo relacionado con la Liga Mutante, le fuera dado a conocer sin la menor dilación.

En un fabuloso palacio rodeado de columnas, en el remoto imperio Central, el dictador de las estrellas, dejó escapar una de sus coléricas rabietas y dio nuevamente las más drásticas órdenes para cortar de raíz todas las actividades de la Liga de Mutantes, a sus inmensas fuerzas militares, policíacas y a los Mutantes Leales.

Y a través también del tiempo y el espacio sin límites, un hombre y una mujer viajaban atravesando el vacío en aquella nada, que era el vuelo de la dimensión curva. La cabina de control -era un inmenso revoltijo de bancos de diales y tubos luminosos, botones de diversos colores y mil dispositivos diferentes, donde un gran dispositivo automático regulaba con la ayuda de un maravilloso cerebro electrónico el vuelo silencioso de la dimensión curva. Kain se encontraba fuera de ambiente en aquel lugar. Hacía tiempo, que como miembro de las secretas fuerzas de la Liga Mutante, había aprendido y le era conocida la teoría del vuelo espacial y la habilidad mecánica suficiente para, manejar pequeños aparatos, tales como el viejo comercial con el que intentó desertar de Stanarta y fue capturado por la policía del Nuevo Imperio. Pero aquel era un navío estelar, supermoderno y de último modelo, capaz de viajar por el Universo, escapando a la acción del tiempo y del espacio, un complejo navío estelar, que no entendía en absoluto.

Empezó a imaginarse, ausente, cómo podría pilotarse aquel gigante, entonces, en que la tripulación había escapado mediante los aparatos auxiliares salvavidas espaciales, dejándoles a bordo a él y a la joven Karla Morton.

—Yo puedo pilotarlo, Kain —le dijo inesperadamente la joven, respondiendo a su pregunta sin palabras.

La sorpresa de Kain se reflejó en sus facciones. La chica había leído sus pensamientos, prueba evidente de sus poderes mentales hipernormales, superiores a los suyos. Sería difícil, siguió pensando Kain, permanecer junto a aquel superior ente mental, siendo un mutante de primer grado. Ella podría en cualquier momento leer sus pensamientos más recónditos; pero los de Karla, seguirían siendo un secreto para Kain.

Karla Morton comprendió la confusión de Darrel Kain y le dijo:

—Lo siento, Kain. Yo conservo normalmente cerrados mis bloques mentales, para cualquier intento exterior. ¿Se imagina usted lo que significa para un mutante de primer grado, tener abiertos sus bloques mentales, estando rodeado por mentes activas? ;Sólo podemos abrirlos en determinados casos, cuando sea indispensable hacerlo.

Por primera vez en su vida, Kain comprendió el tremendo poder mental encerrado en el cerebro de un mutante de primer grado. Un poder supernormal como el suyo, de segundo grado, actuaba contra cualquier mente corriente; pero era completamente inútil con uno superior, como el que poseía Karla Morton.

—Dejé relajados mis poderes mentales por un instante —continuó Karla por vía de excusa—. Era como un alivio tras la espantosa cacofonía sufrida por haberme sentido rodeada de pasajeros y tripulación a bordo de la nave. En adelante, los dejaré abiertos para usted y le prometo no someterlo a prueba. Osaremos el lenguaje corriente cuando nos hallemos cerca uno del otro y la transmisión telepática cuando estemos separados y exista la urgente necesidad de comunicarnos. De tal forma, conservaremos siempre un sistema más privado. ¿Convenido?

La joven dirigió a Kain una de sus deliciosas sonrisas al hacer aquella proposición, era una sonrisa sincera y afectuosa, cordial. Kain observó que la chica aparecía así, increíblemente joven, casi juvenil y sorprendentemente bella. En aquel momento, deseó que sus pensamientos no hubieran sido captados por Karla. .

La chica, sin duda, habla permanecido fiel a la promesa hecha unos instantes antes. Su sonrisa permanecía sin variación, que denotara que había captado los íntimos pensamientos de Darrel.

—¡De acuerdo! —convino Kain—. Y volvió a la pregunta anterior.

—¿De qué forma ha obtenido usted el conocimiento suficiente para pilotar esta nave espacial?

—Lo obtuve de las regiones profundas de la memoria del piloto jefe de la nave, inmediatamente antes de que la tripulación abandonara la nave —

explicó Karla, causando con ello el renovado asombro de Kain ante el increíble poder mental de los mutantes de primer grado. Eira increíble, que mientras había paralizado como en un estado de hipnosis su voluntad, en la cubierta 7 de la nave, hubiera podido simultáneamente, rebuscar en lo profundo de la mente del piloto jefe del navío estelar, el conocimiento necesario para el pilotaje de aquel gigantesco y complicado mecanismo.

—Y ¿qué tendremos que hacer ahora? —preguntó Kain.

—En primer lugar, abandonar el vuelo de dimensión curva —repuso la joven—. Esto lo considero esencial. Esta nave se desliza en el vacío en la dimensión curva y se encamina ciegamente a su destino, ya preseleccionado. Mientras se encuentra en tal estado, no es preciso que sea pilotado, el cerebro electrónico de alta calidad de que está provisto, lo hace innecesario. Y si seguimos ese destino seleccionado de antemano ¡Ya sabe usted a donde caeríamos!

—A Grazil-Dos, el planeta-prisión —dijo Kain, sin poder evitar un escalofrío de terror—. Pero si apartamos a esta nave de su vuelo actual de dimensión curva, no sabremos exactamente a donde emergeríamos. Fuera de un lugar que dejara de estar vigilado por la policía del Nuevo Imperio, sería lo ideal; pero ¿cómo hacerlo? ¿Podríamos dirigimos a Oix?

Karla Morton, le dirigió de nuevo una de sus maravillosas sonrisas, esta vez dejando entrever un secreto todavía no revelado.

—Kain, le dije a usted que hay algo en relación con Oix que tenía usted que aprender —le dijo ella dulcemente—. Y es esto: Oix, Cuartel General de Liga Mutante, el satélite que Escario desead-ría hacer volar en polvo atómico, Oix, el símbolo de la libertad, conocido por millones de criaturas en los mundos estelares no es más que una enorme mentira.

Darrel Kain escuchó aquellas últimas palabras con el mayor asombro y la mayor incredulidad, pintados en sus facciones. Oix, era, ciertamente un símbolo, el símbolo del desafío de la Liga Mutante contra el abominable dictador Escario Gundaarson. Era el Cuartel General de la actividad de la Liga, para todo el mundo. Una luna perdida entre los innumerables sistemas planetarios, aunque dentro del Imperio Central, desde donde Escario gobernaba imponiendo sus propias leyes tiránicas. Así era para Kain y para millares de mutantes de segundo grado, era el pulso, el centro nervioso de su movimiento y de su causa.

En más de una ocasión, Escario había lanzado flotas enteras de naves espaciales contra Oix que siempre habían resultado derrotadas por el poder reunido de cientos de mutantes dotados de poderes mentales hipernormales de primer grado, que constituían una guardia permanente telepática, cuya barrera mental concentrada, impedían, desde muy lejos, la menor aproximación de las naves del espacio, al sembrar en las mentes de sus pilotos la. más espantosa confusión de ideas, haciéndolo inalcanzable.

Oix era el punto negro en el infinito poderío del Nuevo Imperio, el único lugar que todo el poder material de Escario no conseguiría alcanzar, habiendo

llegado a ser para el tirano, una permanente y negra pesadilla. Kain había creído en Oix, toda su vida. Como un luchador secreto de la Liga Mutante, y un técnico experto para los fines de la asociación, él había recibido todas sus órdenes como procedentes de Oix, aunque siempre a través de un superior secreto y corrientemente por telepatía. Y ahora aparecía un mutante de primer grado, que conocía más de Oix que él, descubriéndola la increíble información de que la luna de los mutantes, sólo era una colosal mentira.

—No comprendo —murmuró Kain, como ausente, mientras que los diales y tubos del panel de control situado tras la cabeza de la chica, repiquetearon y zumbaron como en una burlona expresión.

Karla se dirigió a él con calma y gravemente.

—El verdadero Cuartel General de la Liga Mutante, no se encuentra en Oix, Kain, ya que no sería de buena política permitir al Nuevo Imperio que de algún modo tenga conocimiento de su lugar exacto. Oix, es un ente elaborado inteligentemente, para tener preocupado constantemente a Escario, dando palos de ciego contra él.

Sirve además, para mantener vivo un símbolo permanente de fe y de esperanza para los pueblos sojuzgados por la tiranía de Escario. Oix sigue siendo una luna que se encuentra en alguna parte del Imperio Central, constituyendo una pesadilla para Escario. Las gentes de todo el Nuevo Imperio se divierten de todo corazón, teniendo el conocimiento de la actividad de la Liga Mutante contra Escario, como procedente de Oix, al igual que un hombre se hallaría constantemente turbado por un forúnculo en el cuello, que no sabe cómo curarse. No podemos permitir a todas esas gentes perder la fe en la causa mutante, al revelarle qué el Cuartel General de la Liga, se encuentra a millones de años de luz de distancia ¡en el corazón de La Vorágine!

—¡La Vorágine! —repitió Kain como un eco—. ¡La Vorágine!

Infinitas fotografías del negro caos de mundos en ruina, tormentas de grupos estelares completos y una eterna furia de los elementos más grandiosos de la Creación a inconcebibles distancias, traían a la mente el obscuro significado de lo que podía ser La Vorágine, a su sola mención. Era el lugar que deseaban visitar los viajeros del espacio cósmico cuando se volvían locos soñando. Era un vasto vacío, una infinita incógnita en la negrura y la nada del espacio sin fronteras, más allá de los límites exteriores del Nuevo Imperio. Un lugar del espacio cósmico, donde se llevaba a cabo un constante proceso, sin que nadie supiera si era de destrucción o de nueva creación, o si los mundos que se hallaban en medio de aquella legendaria corriente interestelar, se hallaban medio creados o medio destruidos.

Siglos antes, con anticipación a que los hombres crearan el Imperio Terrestre Interestelar, viajando por los mundos estelares, en naves espaciales en que muchas criaturas habían nacido en el camino, crecido e incluso muerto sin haber puesto los pies sobre el suelo de un planeta, ya se había descubierto la furia terrible de La Vorágine.

Era un lugar del Universo marcado en las cartas estelares de los exploradores del Cosmos con la misma anotación que los antiguos marineros solían estampar en sus mapas, ante un mar temible y desconocido: «Aquí deben existir monstruos».

Y corno una leyenda, se habían extendido por generaciones, miles de leyendas y de historias relativas a La Vorágine. Tales leyendas y cuentos, seguían vivas desde los tiempos remotos de la antigüedad, a través de los tiempos dorados de la prosperidad y la cultura, en los años del descontento y las fricciones e incluso a través de la loca y espantosa guerra civil que el Imperio Interestelar había producido y que llegaba todavía hasta el presente bárbaro Nuevo Imperio, que Escario había construido sobre sus matanzas y sus cenizas.

¡La Vorágine era de todos modos un peligro! ¡Había que evitarlo!

«Ahí tenía que haber monstruos».

Pero frente a Kain había una bella joven, explicándole con calina, que la Liga Mutante tenía su Cuartel General en medio de aquella espantosa región, tan largamente evitada. La ciara desconfianza reflejada en las facciones de Kain, hizo continuar a Karla Morton sus explicaciones:

—Es verdad, Kain. Los hombres pueden vivir en muchas partes de la Gran Vorágine. ¿Recuerda usted los cuentos y las leyendas en que se relataban las matanzas y cacerías de los niños mutantes y de sus padres infectados por las radiaciones en los primeros tiempos del Imperio de Escario, poco antes de que naciéramos nosotros?

Kain afirmó con un signo de la cabeza.

—La persecución comenzó precisamente, cuando los niños alcanzaban los siete u ocho años de edad, cuando sus poderes supernormales empezaban a manifestarse por sí mismos y algunos de aquellos niños, ya habían actuado contra el poder de Escario —continuó Karla—.

Hubo una escapada espectacular del sistema de Tybor, el más próximo a La Vorágine. La hicieron en un viejo navío espacial del primitivo Imperio interestelar, sin dirigirse a ningún planeta en particular, sino con la esperanza de hacer un largo viaje entre las estrellas y que sus niños crecieran en paz. Naturalmente, al fin fueron desgraciadamente detectados por las naves de Escario. Desde que el Nuevo Imperio desarrolló la fórmula del vuelo en la dimensión curva era inevitable que los viejos modelos fueran localizados en su trayectoria por los caminos normales de los viajes del espacio. El Nuevo Imperio los persiguió sañudamente y la única, forma de escapar, fue la de volver la espalda al Nuevo Imperio y zambullirse de plano en La Vorágine. Prefirieron afrontar cualquier forma de vida que ser cazados sin misericordia por los esbirros de Escario.

Kain hizo un gesto con los hombros y la joven hizo una pausa. Los recuerdos terroríficos de la niñez sobre La Vorágine, habían vuelto a turbarle profundamente.

—¿Y consiguieron vivir? —preguntó Kain incrédulamente.

—Vivieron. No solamente consiguieron seguir viviendo, sino realizar un desembarco en un planeta dentro de la zona de La Vorágine, apropiado para sostener la vida humana. Pero hubo algo más todavía. Usted sabe que aquellos viejos navíos espaciales eran como orondos en miniatura, que podían viajar entre las estrellas, sin necesidad de hacer escala alguna, debido a su sistema hidropónico de producción de alimentos, que funcionaban constantemente. Aquel navío espacial de viejo modelo, permaneció varios años en el viaje, antes de que el Nuevo Imperio enviase sus modernas naves a capturarlos; pero los mutantes de primer grado que iban a bordo, habían dejado de ser niños. Ya eran mujeres y hombres adultos. Organizaron una colonia bien protegida en seguridad, en su secreto mundo, en una tranquila parcela de aquella zona peligrosa e insana de La Vorágine. Se multiplicaron y usted sabe, que los hijos nacidos de padres mutantes de primer grado, también lo son.

Darrel Kain empezó a comprender aquel complejo proyecto. Una secreta colonia de individuos do poderes hipernormales de primer grado, en las profundidades de La Vorágine, a donde jamás se había aventurado ningún navío espacial del Nuevo Imperio, una sociedad de supernormales de alta sensibilidad, creciendo en número y trabajando contra el Nuevo Imperio.

—Pero ¿qué hay de Oix? Hay mutantes en Oix y altamente desarrollados, —comentó Kain.

—Es cierto, pero Oix no es el verdadero cerebro de la actividad mutante, es sólo la engañosa fachada exterior —confirmó la joven—. Pero existe una desventaja que obstaculiza el poder de los mutantes, existentes en La Vorágine. ¡Aquellos mutantes están encerrados allí! No pueden salir al exterior de La Vorágine. Llegaron allí como pasajeros en un viejo navío espacial de los tiempos antiguos, que se destrozó al tomar tierra. No poseen el conocimiento del vuelo en la. dimensión curva del espacio y el tiempo, por tanto lo mejor que pueden construir son naves espaciales con arreglo al viejo diseño, lo que se llevarla generaciones de criaturas enteras para salir solamente del sistema de Tybor, en el caso de que intentaran salir de La Vorágine.

La cabeza de Kain empezó a desfallecer sumergida en la vastedad de las ideas expresadas por Karla Morton. Generaciones de criaturas supernormales, altamente dotadas, con poderes mentales maravillosos, perdidas entre la infinita extensión de regiones del espacio cósmico sin fronteras, viviendo encerradas dentro del límite de lo que todo el Universo conocía por La Vorágine y Karla hablaba de aquello como si se tratase de millas y de estar «encerrados» como si hablase de casas de vecindad.

—¿Y cómo conoce usted esas cosas? —inquirió Kain con un incómodo sentimiento de sospecha que rondaba en su interior—. ¿No habrá usted permanecido dentro de La Vorágine y salido al exterior, verdad?

—No. Pero todos los mutantes de primer grado lo saben y se han juramentado a. guardar el secreto, no debe ser conocido incluso, ni por los mutantes de segundo grado, que componen la Liga. Es un secreto que jamás

debe caer en manos del Nuevo Imperio. El que permanezca escondido por completo, es la principal estrategia de la Liga Mutante. Usted sabe, que millares de mutantes, tales como usted y yo, hemos nacido en los mundos estelares y sobrevivido a las persecuciones del tiránico régimen de Escario. Y usted sabe también, que desde el momento que comprendió que se hallaba en poder de una facultad hipenormal, ha existido una misteriosa entidad que le ha guiado, que le ha advertido y le ha transmitido las órdenes precisas.

—Es cierto —convino Kain—, pero yo siempre estuve en la creencia de que provenía de Oix—, Yo siempre he aceptado y cumplido los mensajes telepáticos, como la superior autoridad que provenía de la voz de Oix.

—En algún tiempo se llamó a sí; pero la voz proviene de más lejos de lo que se ha supuesto que sería Oix... de La Vorágine —explicó Karla Morton—. Pero usted es un mutante de segundo grado, y no puede advertir la diferencia adecuadamente, ni puede preguntar a su vez. Esto no es ningún desdoro para usted; pero muchos de los mutantes de primer grado, han aprendido muchas cosas por medio de conversaciones telepáticas desde La Vorágine, como su hermano Rolf pudo haberle dicho, de no estar juramentado a un estricto secreto con el resto de nosotros.

El inmenso panel de instrumentos de la nave continuaba zumbando, guiñando con sus numerosos interruptores multicolores, repiqueteando y produciendo aquella misteriosa sinfonía de pequeños ruidos en aquella situación fuera del tiempo, en que se desarrollaba el vuelo en dimensión curva del espacio. Parecía que todo aquello contribuía a aumentar y a destacar aún más, la pequeñez y la insignificancia de Darrel Kain.

¡Un simple mutante de segundo grado, mantenido en la ignorancia por los superiores, por los mejores de su especie!

Cualquiera que fuese el significado de las palabras de Karla Morton, Kain seguía sin comprenderlas del todo. Oix, había sido su ángel guardián, su mentor y casi su propia conciencia, desde la niñez, y ahora le decían que Oix era simplemente una entelequia, una burda invención, un designio para engañar no solamente a Escario, sino a todos los mutantes inferiores, como él...

Una vez había conocido el lugar que je correspondía en la Liga Mutante, o al menos, así lo había creído: él era un experto, trabajando en secreto con otros mutantes, todos de segundo grado, tomando siempre las órdenes de lo que ellos suponían con fe ciega que provenía del Cuartel General de la Liga, en Oix. Habían transcurrido años de trabajo heroico y oculto en la somora, llenos de peligros y luchas contra las fuerzas de Escario y evasiones en el último instante mortal de peligro, hasta ser conducido inevitablemente al momento de ser capturado por la policía del Nuevo Imperio. Todo aquello había contribuido a desarrollar en él una especial filosofía de la existencia.

Kain estaba preparado siempre para morir.

Pero no estaba preparado para hacer frente al juego complicado de circunstancias en que la captura de las fuerzas de Escario, le habían sumido

entonces. No estaba preparado para comprender a aquella bella joven de cabello dorado, que le hablaba como si fuera un niño a quien hay que ocultarle las cosas con suavidad y ocultándole misteriosamente el lugar que ocupaba dentro de la Liga Mutante, a la que pertenecía por sus poderes supernormales.

Con repugnancia, Kain creyó sentir la triste impresión de haber sido engañado desde que era una criatura. Y para poner las cosas peor, también había sido engañado por los de la misma especie: ¡ La Liga Mutante! Casi contra su voluntad, y con una extraña entonación de voz, no pudo dirigir a Karla una pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Cuál es el significado de Oix? ¿Quienes son los mutantes de Oix que combaten las naves espaciales de Escario, por la concentración de sus poderes mentales? ¿Por qué existe la colonia mutante dé Oix si el verdadero cerebro rector de la Liga está en La Vorágine, y aquellos mutantes deben buscarnos telepáticamente?

—Existe, Kain; porque un número de mutantes

de primer grado se agrupan a sí mismos juntamente con los de Oix, viniendo de muchas regiones de los mundos estelares lejanos, hasta constituir una base avanzada en el Nuevo Imperio, a las órdenes del Cuartel General- de La Vorágine —dijo Karla—. Kain, perdone, hemos hablado demasiado y esta nave se desliza demasiado lejos en la dimensión curva, con destino a donde usted conoce: el planeta-prisión. Tenemos que sacarlo de esta situación y pronto —concluyó la joven, con signos de impaciencia en sus facciones.

Con la mano derecha hizo un signo indicando las literas de aceleración, adosadas junto a los paneles de control, para poder manejarlos desde aquella posición.

—Túmbese en su litera, Kain —ordenó la joven, con tono imperioso.

—¿A dónde iremos cuando salgamos fuera del

vuelo en la dimensión curva? —deseó conocer, Kain—, Las circunstancias le habían empujado a una situación especial, en que se sentía deprimido y casi atemorizado. La incertidumbre le tenía atenazado y la joven, le había explicado que él, solo él formaba parte de un amplio juego. No concebí la idea de que fuese tomado como un instrumento ciego, aún en el caso de que pudiera ser útil para servir toda su vida a la causa. Deseaba conocer qué terreno pisaba.

—¿A dónde iremos? —volvió a preguntar.

Las facciones de Karla Morton se crisparon como si hubiese llegado al final del límite de su paciencia. Apretó los labios y restalló impetuosamente.

—Si quiere saberlo, ¡de cabeza a La Vorágine!

Kain sintió una profunda impresión que casi le produjo el sentimiento de hallarse enfermo. A su mente acudieron instantáneamente todas las antiguas reminiscencias de la niñez y cuanto se había dicho mil veces sobre el horror de la Vorágine. Oyó las palabras finales de la joven, experimentando el mismo efecto que si le obligaran a trasponer las puertas del infierno.

-Dentro de lo más recóndito de La Vorágine —repitió Karla con toda la impaciencia entonces identificada en sus facciones—. Tenemos que hacerlo por La Liga, Kain. Le dije a usted hace muy poco, que lo que usted ha almacenado en su cerebro, hace de nosotros gente peligrosa y por eso, deposité todos esos conocimientos en las regiones profundas de la memoria de su mente, dejando un duplicado en la mía. La última cosa que hice fue la de aprender a sacar esta nave del vuelo en la dimensión curva, apartándolo de la ruta de Grazil-Dos, en cuyo terminal, pereceríamos dentro de vastos trajes de fibras nerviosas. Lo que usted tiene ahora dentro de su pensamiento, me ha costado muchas horas de espionaje, en mi papel de miembro de los Mutantes Leales. La cosa que hará que millares de nuestros hermanos mutantes salgan fuera de sus mundos, en La Vorágine, hasta el Nuevo Imperio de Escario y emplear su maravilloso poder contra él y esa cosa es: La fórmula del vuelo en la dimensión curva.

Karla hizo un rápido movimiento tras él, señalando a Kain el sitio a ocupar en la litera de aceleración, como si fuera un chico desobediente.

Aturdido, Kain se dejó caer en la litera con las piernas flojas como si las tuviera de gelatina.

CAPITULO VI

Los botones del panel de control fueron sabiamente presionados por los dedos de Karla, El espantoso silencio del vuelo de la dimensión curva, dio lugar al zumbido potente de los reactores de la nave y la pareja yacía como aplastada por el peso de la aceleración sufrida, sobre sus literas espaciales al efecto.

La nave salió lentamente de su anterior estado de vuelo al margen del tiempo y del espacio, hasta volver tranquilamente a las coordenadas tiempo-espacio, apareciendo el agradable sonido de los motores y la vibración de su estructura metálica. Una pantalla, situada en la parte frontal de la cabina general de control, visible desde la posición ocupada sobre las literas de aceleración, les iba mostrando una lectura permanente de la región del espacio que atravesaban, en símbolos y letras:

«Sistema de Deeva, Cuatro planetas. Uno habitado: Deeva-Tres, llamado Cresna. Cultura primitiva en su totalidad. Tecnología muy limitada. Custodiada por la policía del Imperio; pero los Señores aborígenes son hostiles a los reglamentos del Nuevo Imperio».

—¡Deeva! —exclamó Karla—., Nos queda un largo trecho hasta La Vorágine. Tendremos míe usar la cabeza, Kain. Deberemos localizar sobre la carta estelar y ver a qué distancia nos encontramos del sistema de Tybor y de La Vorágine y volver a una etapa de vuelo en dimensión curva en aquella dirección. Pero al menos, por el momento, nos hallamos fuera del peligro de ir conducidos rectamente al horrible lugar de Grazil-Dos, sabiendo lo que allí nos espera.

Kain permanecía en silencio. Se había desatado de la litera de aceleración y permanecía fijo frente a la vasta pantalla que casi cubría una pared entera de la cabina. En el vuelo de la dimensión curva, aquella pantalla sólo mostraba una opaca inmensidad lechosa. Ahora mostraba claramente el sistema de Deeva. Los objetivos de la nave captaban a Deeva desde todos los ángulos, y proyectaban el sistema entero en aquella pantalla, formando una gran fotografía en la que dominaba el resplandor de un sol de color naranja pálido. Varios diminutos planetas giraban alrededor de Deeva, como centinelas, y . el mayor, Cresna, aparecía como una gran burbuja verde de cristal. Tenía dos pequeñas lunas a su alrededor. El fondo de todo el sistema parecía de terciopelo, sembrado de brillantes estrellas. Parecía algo imposible de descifrar... un auténtico remanso de paz.

Kain se sintió fascinado por aquel espectáculo y permaneció largo rato sin apartar los ojos de la pantalla. Pero sabía que no era tan pacífico como aparentaba. Era, como cualquier región ocupada por la tiranía de Escario Gundaarson, un mundo esclavizado. Pero, quizá, no lo estuviera tanto como otros sistemas. Aquel planeta Cresna, era famoso por el temperamento rebelde de sus gentes. Era un gran planeta; pero en un estadio primitivo de evolución.

Sus hombres eran simples bárbaros, orgullosos, crueles, traidores y vivían bajo un sistema tribal, del cual el Nuevo Imperio todavía no había conseguido sacarlos. Por todo lo que tenia de salvaje e independiente, Kain sintió que podría ir junto a los hombres que vivían en Cresna.

Karla permanecía a su lado, igualmente atraída por la visión en color de la pantalla, del sistema solar en el cual, el navío justamente acababa de entrar. Apuntó al globo verdoso del planeta Cresna.

—La orgullosa Cresna —dijo la chica— y parece desde aquí tan insignificante.

Repentinamente, Kain advirtió algo anormal en la pantalla. Un ligero resplandor de diminutas señales, en las cuales la joven aún no había, reparado, aunque tales diminutas marcas crecían y se expandían cerca del punto en que la joven señalaba con el dedo. Aquellas débiles marcas, se apartaron del globo del planeta Cresna. ya más ostensible, v empezaron a manifestarse como delgados hilos blancos, que crecían gradualmente hasta aparecer como lívidos trazos contra la negrura del espacio, moviéndose a una fabulosa rapidez.

—iNaves del Imperio!—gritó Kain con voz de espanto—. ¡Vienen de Cresna! ¡Y se dirigen hacia nosotros!

Sin duda todos los sistemas existentes entre Veldaa y Grazil debieron ser alertados sobre lo ocurrido a aquella nave volando en dimensión curva y sin temor a equivocarse, deberían estar avisados, para el caso de que la nave saliera de su vuelo en tales condiciones v apareciera en el espacio-tiempo —¡Vaya! Así el Imperio quiere salvar a su 'Heroína’, Karla Morton, en la eventualidad de que habiendo podido dominar la influencia de Oix, haya podido salir de la posición de vuelo de. la dimensión curva! —exclamó irónicamente Karla-—. 'Bien, aquí vienen, Kain, una docena de naves, por lo menos. ¿Qué haremos ahora?

Kain miró a la chica con los ojos dilatados por el temor. Súbitamente comprendió que la captura de Karla sería algo terrorífico e infinitamente peor que la suya. ¡Era una Heroína del Nuevo Imperio que había desertado!

Los rápidos navíos espaciales entonces lanzados contra ellos, contenían, sin la menor duda, hombres inquisitivos del Nuevo Imperio, elementos que enviarían una patrulla para comprobar si la Heroína se hallaba a salvo y para comprobar su triunfo contra la batalla mental sostenida entre Kain y la barrera telepática mental proveniente de Oix. Si Karla y el preso mutante eran encontrados juntos, la confianza en la «lealtad» del Círculo Mutante Leal, naufragaría con toda evidencia. Y por añadidura, la fórmula secreta del más alto valor, almacenada en la memoria de Kain y Karla, nunca llegaría a poder del Cuartel General de los mutantes, en las lejanías de La Vorágine.

Darrel Kain y Karla Morton se miraron el uno al otro, unos momentos, de extremada, tensión. En la pantalla de la nave, los rápidos navíos del Nuevo Imperio se aproximaban más y más. Una voz fuerte y enérgica irrumpió a través de las instalaciones electrónicas de la nave:

—¡Atención! ¡La flota de la policía de Cresna llama a la nave estelar NE

7529! La Policía del Nuevo Imperio llama a Karla Morton. Informe, Heroína Morton. ¿Se encuentra usted bien y a salvo? ¡Prepárese para recibir a bordo a nuestros enlaces!

La voz recordó a los mutantes fugitivos, que las cabinas de control de los nuevos navíos estelares del Nuevo Imperio, estaban equipados con un sistema abierto capaz de recibir comunicaciones entre nave y nave, amplificándolas con el zumbido de los motores.

Los ojos de Karla miraron atemorizados a la pantalla de nuevo, en la que aparecían claramente los navíos imperiales aproximándose a peligrosa rapidez.

—¡Están casi encima de nuestra nave! —gritó Karla.—. ¡Y se disponen a abordarnos!

Kain sintió repentinamente la sensación de encontrarse otra vez perseguido en la inútil fuga que había sufrido cuando fue capturado por la policía, en la trágica situación del ratón y el gato. Pero entonces, disponían ambos de una potente nave que podía lanzarse al espacio cósmico en la dimensión curva. Karla y él intentarían utilizar aquella oportunidad. Pero sólo Karla sabía cómo operar en el equipo necesario para aquella condición de vuelo, usando los recuerdos tomados de la memoria del piloto jefe de la nave.

Kain apoyó una mano en el hombro de la joven y comenzó ha hablarle atropelladamente; pero sus primeras palabras fueron detenidas por la misma voz anterior de la flota imperial que se aproximaba:

—¡Informe, Heroína Morton! ¿Por qué no contesta?

—¡Pronto! —restalló Kain cuando hubo terminado la interferencia—, ¡Podemos burlarlos! ¡Volvamos a las literas y salgamos nuevamente en vuelo de la dimensión curva! Un breve empuje de vuelo cósmico, fuera del tiempo y el espacio nos llevará muy lejos de los navíos imperiales. Con un poco de suerte, podríamos mantenemos en ese sistema lo suficiente para hacer una carrera desde aquí hacia La Vorágine, sin ser detectados.

Karla comprendió la razón del argumento de Kain y se dirigió, hacia el panel de control, mientras Kain se tumbaba de nuevo sobre el asiento especial de aceleración. Hubo un instante de terrible tensión, mientras se ajustaban las ligaduras de las literas de aceleración y nuevamente la terrible voz sonó en todos los ángulos del interior de la cabina.

—¡Heroína Morton! ¿Por qué no contesta? ¡Esté dispuesta a recibir a nuestros enlaces!

’ Karla se dispuso a operar en el panel. La voz volvió de nuevo, esta vez urgiendo una respuesta y con una severa orden:

—¡HEROINA MORTON! ¿POR QUE NO CONTESTA USTED?

Karla actuó sobre los diales correspondientes y envió al navío a la dimensión curva, fuera del tiempo y el espacio. De nuevo cayó sobre ellos el silencio total y absoluto de la nada, solamente eran perceptibles el ligero repiqueteo de las delicadas válvulas y dispositivos automáticos del control, cerca de ellos. Karla y Kain suspiraron profundamente, dejando escapar un

profundo suspiro de alivio.

Karla tenía unos hermosos ojos y sus delicadas facciones, tan bellamente moduladas, enmarcadas por su cabello abundante de tono rojizo brillante, tenían una curiosa apariencia de niña, que las cicatrices y las heridas producidas por las radiaciones, no habían conseguido desvanecer. La curva de una sonrisa apareció en sus labios.

—Asunto terminado —dijo simplemente.

Kain se sintió repentinamente ligado afectuosamente a ella. Había sido herido por la amarga sospecha de creerla enemiga de su propia causa. Había sido un instrumento en algo, en lo cual era una pieza anónima e incomprendida a su juicio. Kain comprendió que la grandiosidad del plan de la Liga Mutante, obligaba a los elementos más altamente calificados, a los mutantes de primer grado a actuar de forma, que lo que hiciese la mano derecha, lo ignorase la izquierda, y se arrepintió de haber sentido sospechas y pensado cínicamente del comportamiento de sus hermanos de la especie mutante, superiores a él por naturaleza.

Entonces, veía a la joven con la sinceridad y la nobleza a flor de piel, en sus bellas facciones, casi infantiles y recordó con infinita compasión a todos los que seguían sufriendo bajo la tiranía despótica y cruel de Escario, y recordó el heroísmo increíble de Karla, al jugarse tan serenamente la vida en los Laboratorios Centrales y donde ella, con desprecio de de la suya propia, había incluso ayudado a poner a salvo a muchos otros hombres gravemente heridos, a pesar de sus quemaduras y heridas por radiación de la bomba mental, en Stanarta Mayor. Los mutantes de primer grado, debían ser y estar necesariamente en un plano superior al suyo; pero también eran humanos. Algo le conmovió hasta lo profundo de su corazón y de nuevo se encontró ligado en cuerpo y alma con la causa de sus hermanos mutantes.

—Deje la nave fuera de la dimensión curva —dijo Kain a la joven—. Ya tendremos que haberlos perdido de vista desplazándonos en la dimensión curva, aunque ellos nos hubieran seguido en igual forma.

Aquello era cierto después de todo y sonaba a lógico. Una nave espacial una vez dentro de la misteriosa red del desplazamiento en dimensión curva, viajaba ciegamente hacia el lugar preseleccionado. No era preciso preocuparse por la navegación fuera del espacio-tiempo y la pantalla, sólo mostraba en tal situación, una opaca luz lechosa. No había rastreamiento posible por otra nave, en la nada existente más allá del continuo espacio-tiempo.

Karla volvió de nuevo a manejar los controles para sacar otra vez a la nave de aquella situación y emerger de nuevo, fuera del continuo espacio-tiempo en algún lugar del sistema de Deeva, ya muy lejos, naturalmente del punto en que encontraron la flota policiaca del Nuevo Imperio ; con objeto de orientarse con las cartas estelares y calcular el salto directo hacia el interior de La Vorágine, en constante vuelo de dimensión curva, fuera del continuo espacio-tiempo. Y de nuevo, el total vacío de espantable silencio que acompañaba aquella situación especial, desapareció gradualmente, hasta

percibir el zumbar rítmico de los motores, y a su vez, la pantalla de nuevo iluminada con una amplia visión del espacio cósmico, en la cual se observaba el sol, las demás estrellas y una negrura aterciopelada bordada de brillantes meteoritos. Observaron el sistema de Deeva y comprobaron por la nueva posición, que el corto espacio de vuelo en dimensión curva, les había llevado a muchas miles de millas a través de aquel sistema.

No existía el menor signo de las naves del Nuevo Imperio y Kain se desató de la litera de aceleración y estiró las piernas en las planchas metálicas del suelo de la cabina. Había burlado a la policía del Nuevo Imperio. Dos personas, ya fuera de sus garras, eran, aunque en pequeña escala, un motivo de preocupación en que tendría Escario que ir pensando.

—«Bien —pensó Kain para, sí— les hemos ganado por la mano. Consultemos las cartas estelares. Les batiremos a todos, desde el viejo Escario hasta las últimas ratas de su Imperio...»

Pero aquel sentimiento optimista, murió en el acto en su mente.

Otra cosa apareció de nuevo en la pantalla. Se acercaba como un relámpago. Todo fue cuestión de una fracción de segundo. Era algo enorme, porque se hallaba cerca de la nave. ¡Era el casco que casi rozaba su propia nave, de un navío espacial de la policía del Nuevo Imperio!

Atenazado por un escalofrío de pánico, Kain se quedó mirando atentamente a la pantalla, sin saber qué partido tomar. Comprendió en la frecuencia instantánea de su pensamiento, que el navío le había seguido la pista, realmente. Había aprovechado una ciega oportunidad. Los navíos del Imperio les habían seguido en vuelo de dimensión curva. Al producirse el arranque fulminante de la nave que él y Karla ocupaban, en dimensión curva, los navíos de la policía, lo habían intentado también desesperadamente, uno tras otro, con la esperanza de aflorar dentro del continuo espacio-tiempo, a alguna distancia aproximada de la nave perseguida. Y lo habían conseguido.

Kain hizo un rápido movimiento, tirándose sobre la litera de aceleración como un loco, gritando a Karla, que se hallaba a medio incorporar de la suya:

—¡Naves de la policía! ¡Vuelva a la dimensión curva! ¡Pronto!

La joven se tendió instantáneamente sobre su litera y se dirigió urgentemente con los dedos a controlar convenientemente 1a, nave; pero no había llegado con ellos a los controles correspondientes, cuando surgió un resplandor enorme, grande como toda una Galaxia, que lamió como una lengua de fuego todo el casco de la nave. La cabina de control pareció desaparecer por completo y Kain oyó un grito terrible de Karla como si hubiera desaparecido en una cortina espantosa de caóticos remolinos.

Darrel Kain apretó los dientes desesperado, bajo el bárbaro impacto. Comprendió que la escapada inicial en vuelo de dimensión curva, había dado motivos de sospecha a la policía del Imperio y que allí debía ocultarse algo sospechoso hacia la heroína Karla Morton y con respecto a la nave en la que viajaba. Esta vez no se detuvieron para hablar por el sistema de intercomunicaciones, sino que habían abierto fuego para destruir la nave

espacial.

Kain dejó abiertos sus bloques mentales para enviar a Karla un mensaje a través de la horrible confusión reinante en la cabina:

—¡Nos han disparado, Karla! ¡En vuelo de dimensión curva antes de que disparen nuevamente y que hagan señales al resto de la flota!

De algún modo, Karla pudo manejar los controles para activar el vuelo de dimensión curva, antes de recibir otro disparo y convertirse la nave en chatarra y lo que era peor, en una masa de polvo atómico.

Y de nuevo volvió el silencio propio del vuelo fuera del espacio-tiempo.

Pero no. ¡No existía el silencio absoluto!

Había un, silencio peculiar, perfectamente audible, ahora que el rugido de los motores había cesado por completo. Aquel silbido puso en la espina dorsal de Kain el mismo efecto helado que un ciempiés que se deslizara a todo lo largo de su columna vertebral.

El aire se escapaba del casco de la nave, en la nada del vacío interestelar. El disparo del navío de la policía del Imperio, no había sido una simple advertencia. La nave estaba agujereada y averiada en el casco exterior y el aíre se escapaba rápidamente y continuaría saliendo molécula a molécula, hasta que la chica y él, perecieran asfixiados.

—¡Fuera nuevamente! —recomendó urgentemente por telepatía—. ¡La nave se vacía de aire, Karla! ¡Estamos perdidos a menos que podamos tomar tierra en cualquier parte!

Karla reaccionó a la información transmitida mentalmente por Kain y con una rápida manipulación, sacó a la nave nuevamente fuera del estado de vuelo en dimensión curva, apareciendo otra vez el ruido potente de los motores de la nave que borraron el que producía el escape del aire. Se miraron el uno al otro, lívidos de terror y la más profunda alarma pintada en las pupilas. Cada momento que transcurría, con el casco agujereado y perdiendo aire, resultaba precioso.

Kain sacudió su estado de estupor por la imperativa llamada telepática de la joven:

—¿Cómo podremos sobrevivir, Kain*?

Kain miró de nuevo a la pantalla iluminada como una inmensa fotografía en colores naturales. Vio un vasto globo verdoso destacarse en la pantalla y medio escondido en la parte superior del globo, el resplandor color naranja del sol Deeva. El último empuje en la dirección de vuelo curvo, les había conducido muy cerca del hemisferio oculto en la noche del único planeta habitado del sistema: el planeta Cresna.

—¡Aterricemos en ese planeta! Es todo lo que podemos hacer. Tenemos que estar dentro del campo de atracción de la gravedad de Cresna, y vamos a aprovechar la ocasión, antes de quedarnos sin aire.

Su respuesta telepática alcanzó instantáneamente a Karla, que comenzó en el acto a manejar los controles. La nave se estremecía y cabeceaba espantosamente, y Kain empezó a notar la falta de aire en sus pulmones. Le

dolía el pecho y sentía las punzadas dolorosas de mil agujas pincharle detrás de los ojos.

Su último acto consciente, fue enviar telepáticamente un mensaje de aliento a Karla, que estaba echada sobre su litera de aceleración, con el rostro sereno como un místico éxtasis, forzando las regiones profundas de-su memoria a suministrarles los datos precisos para hacer tomar tierra a aquella nave interestelar y cuyo conocimiento había tomado del piloto jefe de la nave, antes de que la hubiese abandonado. Sus manos se movían con delicadeza y precisión, automáticamente, guiadas por su cerebro y sus dedos se movían aquí y allá con la suavidad de las alas de un pájaro.

Kain perdió el conocimiento con un profundo suspiro.

La nave salió fuera de la obscuridad del vacío del espacio. Caía rápidamente hacia abajo, trazando una línea muerta con los reactores exhaustos. Abajo, sobre un planeta de estado bárbaro, se desplomaba como un ave abatida por un disparo, una nave espacial conteniendo a dos fugitivos que iban a uno de los peores mundos del Nuevo Imperio de Escario, hacia Cresna, planeta fuertemente vigilado por la policía de su más temible enemigo.

CAPITULO VII

Allá, abajo y todavía a una distancia de vértigo de la nave abatida, el planeta Cresna, aparecía como un mundo confuso, parcialmente formado en su evolución geológica y en vuelto en una espesa capa de atmósfera. La nave, caía sobre el hemisferio sumido en la obscuridad, con sus dos tripulantes sumergidos en la casi inconsciencia, hacia un mar silencioso, poblado de islas, como enormes formaciones da obscuro terreno, entre las aguas. Grandes bosques y amplios espacios abiertos, cubiertos de helechos, un mundo lleno de peligros y misterios, acechante en la negra mortaja de la noche.

En el interior de la nave espacial, que caía desplomada como una mota metálica, fuera ya del frío cielo exterior, Karla yacía desplomada sobre su litera de aceleración y la celia joven del cabello dorado, sostenía una terrible lucha contra la semiinconsciencia para conducir al navío a un punto seguro de toma de tierra.

Karla deseaba, a toda costa, permanecer consciente contra el lacerante dolor que sentía en sus pulmones, en su terrible ansia de aire, en aquella posición trágica de claustrofobia, enterrada viva en los confines estrechos de la cabina de control. Parecía que todo el aire había escapado de la nave, a causa del disparo sufrido en el encuentro con la policía del Nuevo Imperio. Karla combatía contra una insistencia casi hipnótica, que allá, en lo más recóndito de su ser, le decía que todo estaba acabado... que debería rendirse... cerrar los ojos... dormir... dormir... dormir...

Tenía la boca abierta en un desesperado intento de percibir una molécula de aire para sus sedientos pulmones. Sus manos, seguían moviéndose en los intrincados controles de la nave, recordando por un poderoso esfuerzo mental, todas las directrices del gobierno del navío, tomadas de la memoria del piloto jefe:

«...la pequeña palanca a la derecha... ahora la barra superior del panel: bajarla hasta notar el cambio de sonido de los motores... esperar... esperar... ahora se ha producido el cambio: ¡AHORA! El gran timón rojo hacia abajo... abajo... abajo...

Luchando desesperadamente contra la torturante necesidad de aire, repeliendo la tentación de sucumbir a la inconsciencia y soportando los agudos dolores de todo el cuerpo y el entorpecimiento cerebral que ya le amenazaba también, Karla consiguió hacer deslizar a la nave sobre un sombrío bosque de enormes árboles. Los cohetes de aterrizaje, enviaban a una milla de distancia, los últimos restos de sus trazos humeantes en aquella terrible negrura de la noche y del sombrío terreno, hasta hacer deslizar la nave, como en un enorme tobogán de verdor sobre uno de sus lados. Finalmente la nave contacto con el terreno, deslizándose todavía un gran trecho, rebotando y sacudiéndose en toda su longitud. La nave se bamboleó de un costado a otro un momento y se detuvo en terreno firme.

En la cabina de control, Karla Morton, cala desplomada en la más completa inconsciencia, con un suspiro agónico.

Darrel Kain recobró el conocimiento. Sacudió la cabeza y sintió el increíble placer de tener los pulmones llenos de aire.

¡AIRE! Aquello le trajo a la memoria, el sonido trágico del escape del suministro completo del aire de la nave, a través de la ruptura del casco producida por el cañonazo de la nave de la policía. Ahora la nave se hallaba en reposo sobre tierra firme y lo que era más maravilloso: había aire. Recordó la imagen del planeta Cresna como un globo verdoso en la pantalla de la nave y su frenético empeño hacia Karla para que trajese hasta el planeta la nave perdida, que hubiera constituido para ellos una tumba segura.

Un sentimiento de alegría se despertó en Kain. Karla lo había conseguido. Y allí tenían tina gran riqueza de aire para respirar, seguramente penetrado a través del mismo escape de la nave. Kain volvió la cabeza contemplando a Karla sin vida, derrumbada sobre la litera de aceleración, con sus hermosos cabellos dorados, mezclados en un informe revoltijo con su capa bordada de plata.

A primera vista parecía muerta; pero en seguida comprobó el ligero subir y bajar del pecho y oyó el seco y carraspeante estertor de la respiración de la joven, que inmediatamente se fue transformando en una respiración normalizada. Kain se desató las correas de la litera, que como cinturones de seguridad le tenían fijo y todavía casi atontado, pudo ponerse en pie.

Sería mejor dejarla descansar —pensó Kain—, ya que comprobó que estaba en realidad durmiendo el sueño de la más completa postración y agotamiento. El trabajo que había realizado era realmente increíble. Había realizado, en suma un esfuerzo sobrehumano; pero Darrel Kain, pensó con lógica, que Karla Morton, en realidad, era un ser sobrehumano. Había llevado a cabo algo capaz sólo de ser realizado por un mutante de primer grado, cosa que él mismo, con sus poderes mentales supernormales; pero mutante de segundo grado, no habría podido en modo alguno efectuar.

Dejarla dormir, era lo mejor —volvió a repetir--se a sí mismo—. Lo importante por el momento, era que estaban sobre el planeta Cresna y había aire para respirar.

¡Sobre el planeta Cresna! ¡En seguridad! ¿Lo estaban, realmente?

Todo lo relativo a Cresna, era bárbaro, primitivo, un mundo semiformado, un semillero de intrigas, con una reputación conocida en el último rincón de todos los demás mundos estelares. Había, además, una gran fuerza de policía del Nuevo Imperio, hecho de por sí suficiente, para tener en constante alerta a Darrel Kain.

Habían conseguido burlar en el último instante a la policía estelar y conseguido, asimismo; tomar tierra en Cresna; pero ¿no habrían sido vistos por otros hombres del Nuevo imperio desde la superficie del planeta?

Las dispares cuestiones, surgieron en la mente de Kain:

¿Cuánto tiempo tardarían en ser localizados por los largos trazos dejados

en la atmósfera, con los últimos restos de fuerza de los reactores? ¿En qué lugar se encontraban en cualquier caso? ¿Cerca de alguna ciudad? ¿En las proximidades de alguna guarnición del Nuevo Imperio? ¿Cómo podría ocultarse el enorme bulto de la nave espacial, allí tendida sobre el terreno boscoso en que se hallaba, fuera de la exploración de las cúpulas observadoras de las cúpulas observadoras de las naves de patrulla del Imperio? '

Kain se aproximó a una ventanilla de la nave. El exterior aparecía gris y sin señales de vida; pero activando los mandos adosados al panel de visión exterior, el área visible surgió llena de color y de vida a su vista. Se hallaba en un terreno, donde la naturaleza vegetal estaba salpicada de los más vivos colores. Árboles, increíblemente verdes, con sus racimos de flores y extraños frutos entre sus hojas. Un enorme bosque de árboles y de verdor, meciéndose al impulso de una fuerte brisa, entre cuya frondosidad, se movían y volaban un sinnúmero de especies de raros animales y pájaros. Un trazo rojo, a través del espeso banco de nubes bajas sobre el cielo, le mostró la próxima aurora. Más lejos, aparecían unas enormes rocas de basalto y grandes escarpados rocosos, que parecían surgir del mismo borde de un mar sereno, verdoso y brillante.

Cresna tenía un alegre colorido en su naturaleza física. Parecía pletórico de vitalidad, repleto de naciente energía y de fertilidad de un mundo joven.

Y como contraste, parecía notarse, que sobre aquel mundo pujante y joven, flotaba un aire de malignidad que podía intuirse a través de la visión de la ventanilla plenamente iluminada que servía de observatorio, a Darrel Kain.

Darrel consideró la escena por algunos momentos más y llegó a la conclusión de que el planeta Cresna, tenía la faz pintada de una meretriz y que tras aquella máscara se ocultaban muchas cosas temibles y desagradables.

Dejando a Karla que descansara de su agotamiento, Kain, salió fuera de la cabina, atravesando los largos corredores desiertos de las cubiertas de la nave, hacia una de las salidas al exterior. Al destapar cuidadosamente una de las escotillas, un aire fresco y dulzón le azotó el rostro, impregnado con la salada humedad del mar cercano, mientras permaneció unos momentos en el umbral de la escotilla de salida. Escuchó los aflautados cantos de multitud de pájaros invisibles del boscaje; pero ningún sonido que le recordara una voz humana. Aquel lugar parecía alejado de cualquier emplazamiento habitado, pueblo o ciudad. El cielo, ya aparecía brillante en el oriente, con la tonalidad rojiza de la estrella Deeva. Tampoco se oía el menor ruido de naves exploradoras en el espacio.

Habían aterrizado sobre una larga franja de terreno, mojado y arenoso, que era el comienzo de una extensa playa que se alargaba entre filas de árboles copudos, hasta el escarpado borde del mar. Era un lugar bastante expuesto, pensó Kain y las patrullas aéreas del Imperio no tardarían en localizar la nave que yacía en el suelo como un enorme pez plateado.

Esperando contra toda esperanza, Kain se hizo la ilusión de que quizá pudieran permanecer ocultos hasta que pudiesen de algún modo reparar la

avería del casco, producida por el disparo de las naves de la policía del Nuevo Imperio. Su esperanza se desvaneció, cuando habiendo rondado en un gran circuito alrededor de la nave, pudo apreciar el daño producido en el casco exterior. Era una amplia rotura, estrellada, localizada a pocos pies de la parte delantera de los tubos reactores. Por milagro, sin duda, el disparo había fallado sobre los tubos; pero el daño era enorme en toda la parte trasera inferior de la nave. Kain encontró el punto por donde había salido , el rayo desintegrador del disparo, en el que se apreciaba un enorme boquete ribeteado de trozos enormes de chapa acerada, retorcida y calcinada.

Kain pensó sombríamente en los días que le llevaría la reparación de la tremenda avería, y se preguntó, sumido en un mar de confusiones, si tendría a su disposición, herramientas suficientes para llevar a cabo aquel trabajo. Era una cuestión de tiempo y de trabajo. Reparar aquellos dos enormes boquetes, habría empleado una sección de hombres, por lo menos tres días de duro trabajo, en buenas condiciones de herramental y materiales a la mano.

Kain se volvió a la nave con la cabeza agachada y aplanado por el más negro pesimismo. Deshizo el camino hasta encontrarse de nuevo en la cabina de control. Se encontró a Karla, sentada en la litera, tratando de arreglarse el cabello con las manos, hasta encontrarse en una aceptable apariencia. Presentaba el aspecto de la más femenina de las mujeres. La idea de que siendo una criatura extraordinaria, supernormal y mutante de primer grado y a la vez, tan profundamente humana, volvió de nuevo a Kain, que se sintió feliz en su compañía.

Kain le sonrió abiertamente, saludándole con la cabeza cortésmente.

—Hemos sobrevivido, Kain —comentó Karla-—. Pensé que todo habría terminado para nosotros en el aterrizaje.

—Sí, hemos sobrevivido por el tiempo presente. YS veremos qué ocurre, Karla, —dijo Kain sombríamente—. Hay dos enormes agujeros en el casco de la nave, en el exterior, que se llevarían un equipo de hombre trabajando de firme, tres días. El cañonazo de rayos desintegradores, pasó a través de la nave como un arpón por el cuerpo de un pez.

—¿Tan mala es la avería? —preguntó la joven, con doloroso asombro en la mirada—. Y nos encontramos sobre un planeta hostil, ubicado en el centro del mismo Imperio...

No había terminado de hablar, cuando la chica cambió de súbito sus facciones. Sus ojos se abrieron y permaneció inmóvil como si quisiera escuchar algo que Kain no pudiese percibir.

—Alguien se aproxima —murmuró a media voz, entre dientes—. Alguien se acerca, está casi junto a la nave. Tenía mis bloques mentales relajados, tratando de percibir las sensaciones exteriores de lo que nos circunda y acabo de tener contactos mentales con una criatura viviente. Está sola y muy cerca de aquí...

Kain a su vez dejó en libertad sus bloques mentales supernormales. Captó los pensamientos de aquel ser que rondaba el exterior de la nave. Parecían

amigables y en cualquier caso, no peligrosos.

—...las trampas no van mal... en la primavera irán mejor... habrá muchos de esos tivni jóvenes tan buenos de comer... tan buenos como están en estofado... tendré que cazar más pieles que el año pasado... me darán un buen dinero en las Islas... ¡QUE ES ESO!... ¡UN NAVIO DEL IMPERIO ABATIDO!... POR TIERRA... AQUI... TENDRE CUIDADO... NO DEJARE QUE ME VEAN... NECESITO ESTAR ALERTA!!

Los pensamientos detectados se agudizaron en una alerta, extremada.

Karla, envió un mensaje telepático a Kain:

—Es enemigo del Imperio, de todos modos. Mejor será esperar y ver cómo siguen desarrollándose sus pensamientos. Está solo con seguridad. No hay otro pensamiento humano en evidencia. A su alrededor sólo se perciben los balbuceos mentales, primitivos y elementales de los animales del terreno circundante..

La recepción del mensaje telepático, aseguró aun más, a Kain, del grandioso poder mental supernormal de los mutantes de primer grado. Kain no podía imaginar que un-imitante de primer grado pudiera detectar los procesos pensantes rudimentarios de los mismos animales. Para él resultaba aquello imposible. Sin embargo, los pensamientos del hombre de Cresna, se hacían más agudamente perceptibles, a medida que se acercaba a la nave.

—Qué raro... no hay hombres del Imperio alrededor de la nave... —continuó pensando el habitante de Cresna—, ...Parece como si hubiera tenido que hacer un aterrizaje de urgencia... ¡Sí, tuvo que hacerlo! ...Hay un enorme agujero en la cola del aparato... con seguridad ha sido un cañonazo... ¿por qué por qué no hay tripulación que lo repare?...

¿Por qué no hay signos de vida a su alrededor?... ¡Espera! ¿No oí algo en Valdaruk?... ¿Algo acerca de un hombre y una mujer que se hicieron dueños de una nave del Imperio? ...Gentes fuera de la Ley. reclamados por la policía Imperial... Oí que estaban vivos y las descripciones de ambos con el número de la nave... no, no puedo recordar el número... creo que decían que la pareja eran de la Liga Mutante o algo así... ¡Les deseo buena suerte!... —Es un tipo amigo, no hay duda —emitió Karla telepáticamente—. Quizá deberíamos mostrarnos a él.

—Seguramente; pero por si acaso, mantengamos el control mental sobre él —comentó Kain—. La traición, es el otro nombre del planeta Cresna.

Y ambos se dirigieron a través de los corredores vacíos, llenos de ecos, del gran navío espacial y buscaron la escotilla de desembarco. Salieron al exterior y vieron al primer habitante del planeta Cresna.

CAPITULO VIII

El cresniano, era un hombretón alto y fuerte y decididamente de bárbara apariencia.

Karla y Kain permanecieron en el umbral de la escotilla exterior de la nave distinguiéndose a medias entre el mar de verdura y plantas de verde rojizo, cubiertas por todas partes con extraños frutos y flores de color púrpura. El cresniano miraba a la nave espacial con una curiosidad casi animal; pero mirando desde cierta distancia, como temiendo acercarse. Al principio, estaba tan interesado en la inspección del enorme casco plateado del navío espacial, que miró a la escotilla abierta donde el hombre y la joven se mostraron al exterior.

Su estatura denotaba una gran fuerza física. Tenía los brazos desnudos y eran musculosos y fuertes y los tendones que surgían bajo la piel, aparecían tostados por el sol. Llevaba una enmarañada barba, castaña y con sus vivos ojos negros, observó a los dos jóvenes. Las facciones de la cara eran viriles y algo rudas; pero no desagradables, de mejillas huesudas, llevaba el abundante cabello echado hacia atrás en trenzas grasientas. Por los hombros y hasta medio pecho, iba vestido con una especie de piel escamosa profusamente adornada. Como rema-, te de su vestido, llevaba una especie de falda escocesa de cuero, adornada con diversas ornamentos metálicos. Las botas en que enfundaba sUs enormes piernas, parecían sospechosamente pertenecientes a los policías del Nuevo Imperio, además de una corta espada, colgada del hombro, que también se asemejaba mucho a- la pistolera de nuevo diseño usada por la policía de Escario.

Miró a los mutantes y éstos captaron la inmediata reacción mental del cresniano, relativa a sus anteriores pensamientos sobre los dos fugitivos de la policía del Nuevo Imperio. Pero había sugerido • anteriormente que cualquier enemigo de Escario, sería amigo suyo y en seguida, Karla, se apresuró a dirigirse al cresniano en la lengua común a todo el Nuevo Imperio:

—Nuestros saludos para usted. ¿No quiere acercarse y hablar con nosotros?

Aquella salutación dicha dulcemente por una mujer de la belleza de Karla, pareció desarmar totalmente al bárbaro. Karla y Kain captaron otra vez la momentánea reflexión del cresniano, de que siendo mutantes, sabrían leer en su pensamiento; pero la vacilación bajo la persistencia del pensamiento sentido por el cresniano de que la Liga Mutante y él, estaban en el mismo bando.

Los mutantes, decidieron avanzar hacia el umbral de la nave y el cresniano se adelantó unos cuantos pasos, deteniéndose cerca de la pareja.

—Saludos —farfulló el cresniano, mientras sus ojos seguían brillando con aire todavía malicioso y lleno de sospechas.

Hubo entonces una pausa en la que parecía sentirse el latido y la

respiración de la selvática y pujante vida vegetal del planeta, tras los muros verdes de las flores, helechos y arboleda... como si todo estuviera en acecho. Lejos, un pájaro, dejó escapar un canto chillón y después un profundo silencio, que pareció volver de nuevo al cresniano en su actitud de sospecha.

Karla envió otro mensaje telepático a Kain:

—«Mejor es que nos franqueemos a él. Sin duda alguna, es enemigo de Escario. Quizá habrá una población en las proximidades y podríamos reclutar cualquier ayuda para reparar el daño producido por el disparo en la nave».

Y entonces, Karla dijo, dirigiéndose hacia el cresniano abiertamente:

—Estamos huyendo de las fuerzas del Imperio. Si nos capturan, nos matarán. Nuestra nave está averiada, y necesitamos ayuda. —Ella pronunció aquellas palabras en un tono persuasivo y franco, aguardando el efecto que produciría al cresniano, mientras exploraba mentalmente su cerebro para conocer sus reacciones internas, mentalmente.

Las reacciones eran las propias de un hombre que interiormente confirmaba una noción ya expresada y fija en su mente, mezclada con una agradable sorpresa.

«Como pensé, esta es la pareja de la que oí hablar... el par de miembros de la Liga Mutante, tras la cual van los policías del Imperio... no saben qué traición pudiera yo cometer con ellos». —Y entonces un agudo pensamiento surgió poderosamente en su mente—. «Ellos saben que yo detesto al Nuevo Imperio y a Escario... ¡LOS MUTANTES LEEN LOS PENSAMIENTOS!»

El tosco bárbaro, capituló con una amplia sonrisa que conmovió su poblada barba. Karla y Kain comprendieron que no deberían esperar ninguna traición de aquel hombre. Aquel hombre empezó a hablar un torrente de palabras, expresadas en el dialecto común al Imperio, expresándose como un hombre que vive en los bosques, lejos de las ciudades, en una libertad salvaje, que detesta todo lo artificial.

-Ustedes seguramente han estado dentro de mi cabeza, y yo no podré ocultarles nada. Yo no tengo nada que ver con el Imperio, ni el Imperio conmigo. No me importan sus negocios y los míos tienen sin cuidado al Imperio igualmente. Mi vida está aquí, en las tierras libres, y en los bosques, lejos de toda autoridad. Yo también soy un hombre fuera de la Ley; pero yo tengo amigos. Ellos podrán ayudarles a reparar esa nave, solamente...

—¿Solamente, qué?

El cresniano hizo un amplio gesto con sus enormes manos. Sugirió la imagen de los árboles movidos por el viento.

—Esos hombres, son a veces inconscientes —dijo—. Un día apoyan al Imperio, y al siguiente los encuentra uno combatiéndolo. Por ahora no están bien dispuestos hacia el régimen de Escario y por eso es por lo que creo que podrán ayudar a ustedes. Ellos podrán suministrar la mano de obra y además tienen el metal preciso que ustedes necesitan para reparar ese agujero producido por el cañonazo.

—Esos hombres ¿son de su tribu? —preguntó Karla.

—Yo no tengo tribu. La tuve en tiempos, pero mi tribu ya no existe. —En este punto los mutantes hicieron una exploración en la mente del bárbaro y encontraron la imagen mental de una matanza. Genocidio: la preconcebida destrucción de pueblos enteros. Era un eximen del régimen de Escario, cometido en diversos lugares, y que también había sucedido en el pueblo del cresniano.

—Me llamo Targil —informó a 1a pareja mutante—. Simplemente Targil. Yo vivía en las Islas del Mar de las Brumas; pero ahora vivo libre en los bosque; poniendo trampas a los animales y cazando, aunque tengo alguna relación con la gente de Valdaruk, la ciudad cercana a este bosque. Es un lugar sin ley, donde yo prefiero ir, aunque voy muy de tarde en tarde. Allí estuve anoche y oí lo referente a dos personas, perseguidas y reclamadas por el Imperio.

—Las noticias viajan rápidamente —observó Kain—, y es difícil imaginarse que noticias de esta clase, circulen en un sitio tan remoto como Valdaruk.

Targil hizo un gesto significativo.

—Usted no conoce Valdaruk. Es una ciudad costera, donde la granujería se considera una virtud. Está fuertemente custodiada por la policía y no es nada fácil para los hombres de Escario; pero los ladrones y gentes ele mal vivir de Valdaruk, conocen usualmente mucho más de los asuntos que conciernen a la policía, que la propia policía. No pasa una hora sin que interfieran todas las comunicaciones policíacas, y por eso me he enterado de lo referente a ustedes.

Karla lanzó otro mensaje telepático a Kain.

—¡Esto parece peligroso! ¡Valdaruk parece concentrar en sí toda la legendaria fama de traición del planeta Cresna!

—Seguramente —repuso Kain por la misma vía—¡ pero si queremos tener alguna oportunidad para salvar la nave, tendremos que corremos el riesgo. Targil parece honrado, es evidente.

Y dirigiéndose a Targil, Kain le dijo:

—¿Quién podrá ayudarnos en ¡a ciudad?

—Los señores Los patriarcas de las diversas tribus, que tienen su cuartel general en el Palacio de la Alianza. Hace mucho tiempo, hicieron un pacto con el Imperio. Mi pueblo nunca lo hizo y por eso pereció a manos de la tiranía de Escario. Pero los Señores de las grandes tribus eran más poderosos y más importantes que nosotros, pobre gente de las Islas y así el Imperio pactó con ellos, haciéndoles sentirse fuertes y poderosos, aunque sistemáticamente les fueron robadas sus tierras y las materias primas. Por el momento actual, los Señores no están bien dispuestos hacia el régimen de Escario, porque el régimen les da muy poco. Por eso es por lo que pienso que ellos pueden ayudar a ustedes: porque podrían suministrarles el metal que necesitan para reparar la nave. Hay una larga jornada para llegar a la ciudad y debo advertirles, que Valdaruk no es sitio para una mujer.

—Esto significa un trato —objetó Karla— y no tenemos nada que

ofrecerles a cambio.

—Sí, ustedes pueden prometerles mucho - dijo Targil, que mostraba su natural inteligencia bajo su aspecto primitivo—, ustedes son de la Liga Mutante. Háblenles de los beneficios que ello les proporcionará, cuando hayan conseguido el poder en los mundos estelares. El Nuevo Imperio les ha engañado y robado y ahora están en la mejor disposición de escuchar a ustedes.

Un rápido mensaje mental fue enviado al cerebro de Karla, por Kain;

—Todo esto tiene sus riesgos; pero debemos intentarlo. Parece nuestra única esperanza para poder escapar de Cresna pronto y con vida. Si voy con Tagil a Valdaruk, usted tendrá que quedarse aquí

y esconderse.

—Estaré en permanente contacto telepático con usted, Kain, si Valdaruk no está demasiado lejos —transmitió mentalmente Karla—. Yo podré ayudar mentalmente a la hora del regateo.

Con la clara sensación de que Cresna, tras su deslumbrador aspecto externo de un mundo joven, lleno de vida y de color, le recibía con las garras dispuestas para destrozarlo, Kain se dirigió decididamente hacia Targil:

—¡Vamos hacia Valdaruk!

Había una larga caminata a recorrer, llena de fatigas e inconvenientes. Fueron a pie a través de extensos e intrincados bosques, cruzando una docena de corrientes impetuosas de agua, sobre tierras de imponente aspecto y selvas donde ninguna huella humana había todavía dejado su traza, que Targil recorría en cabeza con su seguro instinto y su conocimiento general del terreno. El largo camino les llevó, cortando al sesgo, en dirección a la brillante línea divisoria entre la tierra y el mar, parecida al lugar en que la nave espacial había caído. Realmente habían cortado un inmenso territorio en diagonal, para salir más allá de los lejanos y obscuros acantilados que Kain había observado desde el lugar de contacto con el planeta, aquella madrugada. Salieron por fin dando vista a una inmersa bahía, mecida por las aguas de un verde profundo.

A aquella distancia la ciudad era una enorme confusión de edificios amontonados en extraña mezcla, con una intrincada red de callejones medio iluminados. Estaban todos aquellos edificios mucho más apelotonados en las proximidades del puerto y una espesa niebla se mezclaba, por encima del conjunto urbano, con el humo azul de las chimeneas. La ciudad parecía un ente vivo que tuviera un alma; pero un alma obscurecida. Valdaruk daba la impresión de encerrar dentro de ella todos los aspectos del mal.

Targil condujo a Kain al interior de una taberna medio velada por el humo y la obscuridad. En su interior, podían observarse las caras sombrías de las gentes a duras penas. Permanecieron en ella poco tiempo. Los hombres silenciosos que pudieron ver, iban vestidos con raros adornos, llevando en la mano unas caperuzas parecidas a las de los frailes.

—Estaremos más seguros con esta gente —advirtió Targil—. La policía se encuentra en todas partes—. Se quitó las botas, que podían despertar

sospechas por el parecido a las que usaba la policía del Imperio y las cambió por unas sandalias abiertas—. Las robó a un policía, hace ya bastante tiempo —dijo—, no puedo llevarlas puestas en Valdaruk.

Targil charló brevemente con uno de aquellos misteriosos sujetos y llegó pronto a la adquisición, mediante unas monedas, de dos largas capas y dos capuchas con las que se transformaron inmediatamente, en su aspecto externo.

Embozados en sus largas capas y encapuchados, se dirigieron a través de estrechas callejuelas empedradas, sucias y abandonadas, hacia el corazón de Valdaruk. Pudieron contemplar al paso, las más diversas formas de criaturas vivientes, pudiendo Kain apreciar con su aguda imaginación el hecho evidente de que el planeta Cresna, se encontraba en un temprano estadio de evolución y Constituía una mezcla heterogénea, de habitantes más evolucionados, venidos de otros planetas y de aborígenes, con cien productos intermedios, mezclados en la más formidable confusión. Policías, en uniformes de una docena de mundos del Imperio, vigilaban los puntos vitales de la ciudad. Targil y Kain, procuraron evitarlos en la mayor medida que les fue posible, haciendo a cada momento una desviación por callejuelas solitarias o mal alumbradas, hasta que pudieron llegar al Palacio de la Alianza.

Era imponente su solo nombre. Era un edificio bajo y estrambótico y podía apreciarse el patético intento de suministrarle alguna dignidad, por la instalación de dos esbeltas torres afiladas en sus terminales, como finas agujas. Las dos figuras furtivas y encapuchadas, se aproximaron a la puerta del Palacio, alabeadas y carcomidas. Targil, golpeó la puerta principal con su enorme puño, y la llamada fue respondida inmediatamente, abriéndose la puerta con lentitud, mientras en el umbral aparecía una extraña criatura de piel escamosa, encorvada seguramente bajo el peso de los años.

Tras aquella repelente criatura, se observaba un gran túnel sumido en la oscuridad, en la que solamente destacaba una macilenta lámpara verdosa que alumbra débilmente en el extremo opuesto, al fondo. Un hedor compuesto por el olor a vino y a alguna especie de tabaco, asaltó en una enorme tufarada, el olfato de los dos hombres encapuchados.

—Venimos a invocar el Consejo de los Señores —dijo Targil.

—¿Qué asunto les trae por aquí? —preguntó la extraña figura del umbral.

—Es asunto a tratar con los Señores. Yo soy Targil de los Bosques bien conocido entre ellos, y no suelo discutir mis asuntos con un pescado. Hablaré contigo, cuando hayas dado un salto hacia adelante en la evolución, ¡mozalbete con escamas! —Targil pronunció aquellas palabras con dureza despectiva y la criatura de piel escamosa, se volvió, acostumbrada como estaba completamente, a semejante tratamiento, de las especies dominantes de sangre caliente, del planeta Cresna.

Hizo un movimiento con un miembro que parecía en parte una mano y en parte una aleta de pescado, conduciendo a los dos hombres a lo largo del estrecho túnel. Los pies de aquella criatura, sonaban en las losetas de piedra del suelo con un ruido al producido por unas pezuñas de animal inferior.

Súbitamente Karla lanzó un mensaje mental al cerebro de Kain. Ella permanecía en constante contacto telepático con él, desde que abandonó la nave en los bosques de la ribera, aunque la fuerza de tales mensajes disminuyera con la distancia entre ambos. En aquella ocasión, el pensamiento transmitido era apenas perceptible.

—Kain, ¿dónde se encuentra usted? ¿Se encuentra a salvo y bien?

—En el Palacio de los Señores —repuso Kain por la misma vía—, ¿Y usted se encuentra bien? Le estoy recibiendo apenas.

—Me encuentro segura en la nave, con mis bloques mentales abiertos. Si alguien se acerca, podré detectarle. Vuelva a ponerse en contacto conmigo, Kain, después de hablar con los Señores. ¡Tenga cuidado!

El túnel parecía adentrarse en las entrañas de la tierra; pero al final terminó frente a una puerta en donde lucía una linterna verde. El acompañante les abrió la puerta, que daba a una gran habitación en la cual habían numerosas personas sentadas en el suelo sobre unos tapices primitivos, en posición rígida, y de varias formas biológicas, mostrando igualmente sus diversos estadios evolutivos, dirigiendo todas ella sus rostros pintarrajeados hacia los visitantes.

Eran los Señores de aquella región del planeta Cresna, y Darrel Kain no estaba preparado completamente para la contemplación de semejantes personas. Algunos eran claramente humanos, otros tenían los pies y manos unidos por membranas. Aquellos, eran los Señores de las regiones marítimas y los patriarcas de las tribus que habitaban en las regiones de los pantanos y las marismas.

—Targil de los Bosques y un extranjero —carraspeó el extraño guía a guisa de presentación—. La puerta se cerró suavemente, con la partida del ujier, dejando al corpulento bárbaro y al mutante con los Señores agrupados alrededor del suelo alfombrado, lleno de las más extrañas viandas.

Unas enormes linternas alumbraban colgadas de las paredes estucadas de la cámara. La luz intermitente de las linternas alumbraba solamente la parte baja de la estancia, dejando el techo en una sombría obscuridad. Caía casi directamente sobre las fuentes de vivos colores depositadas en la alfombra junto a las frutas apiladas, las hogazas de pan y los recipientes del vino, cuyos olores mezclados juntamente con el del humo amarillento del tabaco que estaban fumando, hirieron acremente el olfato de Kain. El espectáculo en conjunto, parecía surgir de una pesadilla nocturna. Allí había seres vivientes que mostraban manos y pies, garras, escamas y membranas y ojos redondos y fríos como la más asombrosa mezcla de evolución biológica. Todos los Señores, mostraban igual aspecto primitivo y bárbaro, aparte su constitución física diversa. Sus vestidos, igualmente, eran una abigarrada mezcla de pieles, cadenas de gruesos aros de metal, ornamentos fantásticos, llevando largas espadas al cinto y dagas pequeñas y afiladas. Y sin excepción, se tocaban la cabeza con cascos que les cubrían el cráneo por completo, igualmente adornados de la más caprichosa forma.

Kain hizo un descubrimiento inesperado, que le hizo estremecerse de pies a cabeza. Tenía abiertos sus bloques mentales, para estar dispuesto a calar en los pensamientos de aquellos jefes bárbaros. Pero no podía conseguirlo.

Entonces lanzó un mensaje telepático hacia la joven que esperaba en la nave espacial, allá lejos en la ribera arenosa de los bosques.

—¡Karla! ¡La mente de los Señores se nos resiste ! ¡ Ni puedo penetrar en ellas!

Karla repuso seguidamente, por el mismo conducto llegando su respuesta débil y con fallos:

—A mí me ocurre igual... he tratado de penetrar en esos individuos... no puedo tampoco. ¿Tienen cascos en la cabeza?

La pregunta de Karla, hizo surgir en la mente de Kain una interrogante sin respuesta, al inquirir porqué llevarían sobre la cabeza semejantes cascos.

Pero no dispuso de mucho tiempo para seguir pensando en aquello, ya que toda su atención pendía del jefe de los Señores, Tran, a quien Targil quería hablar personalmente.

Era una persona de mucha edad, de rostro humano y facciones de momia, agachado por el peso de los años, sin duda. Por debajo del casco guerrero, le salían mechones de cabello blanco como la nieve y lucía una enorme barba. Tran tenía unos grandes ojos ribeteados de arrugas; de mirar cauto y desprovistos totalmente de toda franqueza.

—Dime lo que vienes a tratar, Targil de los Bosques Targil sin tribu, Targil que no está sujeto ni a los Señores ni al Imperio —dijo el anciano con una voz que producía el efecto de las hojas del bosque, bajo las pisadas de unos gruesos zapatos—. ¿Qué trato vienes a proponernos? ¿Qué necesitas de nosotros?

—Metal. Metal para reparar una nave espacial y hombres que transporten el metal y ayuden a reparar la nave —dijo Targil con voz clara y sincera, sin la menor concesión de servidumbre—. Los Señores poseen el completo dominio de la Zona Límite del planeta, no lejos de aquí. Allí hay muchas naves antiguas enterradas y sus metales, están en buen estado. Usted puede proporcionamos algunos sujetos que nos ayuden a tomar un par de planchas metálicas convenientes, para cierto navío estelar que necesita ser reparado, para que mi amigo esté en condiciones de escapar de Cresna y...

—Porque este amigo es de la Liga Mutante, de la que hemos oído hablar —interrumpió el anciano sardónicamente—. Este hombre y una mujer que le acompaña quieren escapar del Imperio y ahora su nave está averiada en Cresna, no muy lejos de aquí. Pero tú has hablado de un trato, Targil. ¿Qué tienes que ofrecer a cambio?

Fue Kain el que respondió :

—La ayuda de la Liga Mutante. ¡El Imperio ha hecho una alianza con ustedes y les ha robado! La-Liga demostrará por sí misma ser la mejor aliada en el futuro. Ayúdenos ahora y la Liga les recordará siempre.

Mientras hablaba, Kain volvió a enviar otro pensamiento lejos, a donde

yacía la nave estelar abandonada :

—¡Karla!

Pero no hubo respuesta. Un escalofrío le recorrió todo su ser. Tran parecía ser el obstáculo que dificultaba la comunicación telepática. Tran, miraba al mutante a través de sus ojos semicerrados y escrutadores.

—¿Ustedes harían causa común con nosotros, eh? «Los mutantes son los herederos del poder y la sabiduría» —repitió el viejo Tran, invocando el santo y seña de la Liga Mutante—. Bien, mutante, —continuó Tran—, ¿qué amor podernos sentir los Señores de Cresna por el Nuevo Imperio? ¿Qué es el Imperio, sino una vasta organización de criminales? ¿Y qué es Escario sino un viejo ladrón, cuyos colegas, iguales a él, pueden encontrarse emborrachándose en el antro más repugnante de Valdaruk? Mírenos: nosotros somos unas víctimas del Imperio, hemos sido dominados, robados, expoliados y acorralados por el Imperio de Escario. ¿Por qué no tendríamos que ayudar a la Liga Mutante en su lucha por el poder?

A Kain le disgustó la diatriba del Señor. Era demasiado locuaz y aquello resultaba demasiado fácil. Con un movimiento general de sus miembros escamosos y de sus largas barbas, en un sordo murmullo, el resto de los Señores, dieron su aprobación al discurso de Tran. Pero había algo en sus ojos, algo en la forma de ciertos movimientos de las cejas y de sus expresiones en general, que el agudo sentido de Kain, captó como un juego cínico de doble sentido,

Desesperadamente Kain intentó mantener contacto telepático con Karla, otra vez. Pero de nuevo, no hubo respuesta alguna.

El Señor Tran, empuñó un largo mango que terminaba con una bola forrada de piel y tocó sobre un gong cuyo sonido vibrante retumbó por toda la estancia.

El asistente escamoso apareció en la puerta.

—Tráenos un buen vino —ordenó con un gesto autoritario de sus dedos delgados y leñosos. El criado hizo un silencioso movimiento afirmativo y salió apresuradamente a cumplir el encargo. Tran, señaló a los alimentos apilados en el suelo e hizo una amplia señal a los dos visitantes para que tomaran asiento.

—Sí, es cierto. Existen navíos del espacio amontonados en el Límite. Existen muchas planchas de metal que pueden ser utilizadas para cualquier reparación que necesite su navío estelar, —continuó el viejo Tran—. Reuniremos hombres para que le ayuden.

—¿Qué es el Límite? —preguntó Darrel Kain.

—Un lugar no lejos de aquí, donde ocurrió algo cierta vez. Pero fue en un pasado lejano. —Aquella era la información que Tran estaba dispuesto a suministrar.

Volvió la atención hacia una esbelta muchacha de piel blanca y pelo obscuro que entró llevando una gran garrafa de vino. Kain notó que la joven andaba con una cierta cojera y al observarla más atentamente comprendió que

se debía a que uno de sus tobillos llevaba un aro de hierro. Era la marca de la esclavitud.

¡Otra de las maldades ocultas de Cresna!

Y entonces, ocurrieron dos cosas casi al mismo tiempo, mientras la chica se hallaba de espaldas a Targil y a Kain, escanciando el vino. La primera, fue el silbido de unas naves tomando tierra, iguales a las del Imperio usadas por la policía, a baja altura sobre Valdaruk. Y la segunda fue un poderoso mensaje mental, lanzado con urgencia dentro del cerebro de Kain:

—¡Mutante! ¡Cuidado con la traición de los Señores! ¡Estás en peligro a partir de ahora... prepárate para lo que te espera en el Límite!

La joven esclava, acabó de escanciar el vino y salió despacio de la habitación, sin levantar una vez siquiera la mirada, del suelo enlosado.

CAPITULO IX

«Un sitio donde ocurrió algo cierta vez», fue la breve e incompleta explicación con que el Señor Tran, describió la región conocida por el Límite. Era realmente, un recuerdo doloroso en un planeta como Cresna, aún no conformado definitivamente. Era el misterio de lo que había ocurrido y de lo que podía ocurrir. Un vasto redondel pantanoso, a varias millas más allá de Valdaruk, donde la evolución de otras muchas formas de vida se engendraba lentamente.

Una vez, en un pasado ya desvanecido por el tiempo, hombres del Imperio Terrestre Interestelar, habían llegado a Cresna en los navíos siderales de las antiguas generaciones. Eran los tataranietos de los hombres y mujeres que originalmente habían lanzado al espacio la flota exploradora en el vacío cósmico y llegaron para fundar una colonia. Pero no conocían bien el planeta Cresna y no conocían tampoco la región del Límite, un infierno lleno de vapores, de voraces formas vivientes.

Fundaron la colonia, inconscientemente, cerca del Límite. El Límite, era algo viviente, algo que también podía pensarse que fuese intrigante y maligno. En una sola noche, su inmensa masa escurridiza se tragó la colonia del Imperio, con sus potentes navíos estelares, sus hombres, mujeres y niños. Hubo otras generaciones anteriores, más precavidas que las víctimas del Límite, que también llegaron a Cresna, antes del apogeo del viejo Imperio, y antes de su declive y de la suicida guerra civil, y del subsiguiente levantamiento del retorcido, maldito y tiránico régimen de Escario Gundaarson. Los huesos de aquellos hombres, mujeres y niños, ya hacía tiempo que habían sido tragados por la catástrofe; pero las estructuras metálicas abandonadas de los navíos de las viejas generaciones, todavía estaban en el Límite. Medio hundidos, enfangados, revueltos con la vegetación y con objetos sin número procedentes del desastre, allí permanecían en el burbujeante Límite, no obstante, todavía útiles para proporcionar sólidas planchas inatacables por ningún óxido, con que reparar el navío yacente allá lejos sobre la franja arenosa.

Aquellas cosas las había sabido Kain, en parte por Targil primero, durante el largo viaje hacia Valdaruk después también por el gigantesco bárbaro durante la marcha clandestina hacia aquella temible zona, del Límite. Fue una marcha realizada en la más profunda obscuridad de la noche, después que los Señores hubieron accedido a suministrarle un grupo de ayudantes para que les sirvieran de guía y auxilio, en la aventura.

Se deslizaron cautelosamente del Palacio de la Alianza en grupos de uno y de dos, se reunieron en un punto convenido más allá de la ciudad y juntos emprendieron la caminata hacia el Limito, fuera de los ojos de la policía del Imperio. Marchaban entre la niebla y a través de una espesa obscuridad del selvático terreno cubierto de helechos. Targil habló del Límite y de sus

ocultos peligros. Había una fría lógica en el propósito trazado por los dos hombres: tenían que entrar en el Límite y también salir de allí, a toda costa. Salir, era, en condiciones normales una empresa dura y difícil; pero hacerlo cargados con pesadas planchas de acero, era más que hazaña corriente.

Pero la mente de Kain estaba ocupada, además,, por otros problemas, además de los que le abrumaban con relación a la aventura del Límite, en aquella noche brumosa. Era aquella misteriosa voz, con su aviso telepático, que ciertamente no había emanado de Karla. Le había advertido contra la traición de los Señores. Kain no dudaba de que fueran capaces de cualquier truhanería. Pero ¿cómo podría combatirla? Se hallaba desarmado. La nave estelar no tenía armas en sus depósitos, y la única arma con que contaban Targil y él, era la larga espada del bárbaro cresniano. ¿Qué mente había lanzado aquel aviso telepático a su cerebro? ¿Sería la joven esclava que había acudido a escanciar el vino?

Y de nuevo le asaltó, como una punzada dolo-rosa, la inquietante cuestión de lo que habría podido sucederle a Karla. Ambos habían perdido el contacto recíproco.

¿Sería solamente a causa de la distancia, o lo que era terrible imaginar, sería porque la joven hubiese caído en manos de las fuerzas del Nuevo Imperio?

Las complicaciones que aquello último hubieran sucedido, cayeron sobre Kain como un verdadero malestar físico. Karla, la desafecta Mutante Leal, en otro tiempo Heroína del Nuevo Imperio, no recibiría la menor misericordia de las manos de sus enemigos actuales. Y ¿qué ocurriría con la fórmula, del más alto valor imaginable, del vuelo en la dimensión curva, la clave que llevaría el poder a los mutantes fuera de los límites de la zona, hasta entonces prohibida, de La Vorágine? Se hallaba sellada y encerrada en las más profundas regiones de la memoria de sus cerebros. Karla había actuado en la memoria de sus cerebros. Karla había actuado sabiamente, duplicando el conocimiento de la fórmula, dentro del cerebro de Kain, para el caso de que, si no los dos juntos, al menos uno de ellos, pudiera llegar hasta La Vorágine y llevarla.

¡Llevarla hasta allí solo!

La simple idea le martilleó el cerebro con la fuerza de un titán. En un instante se dio cuenta de lo poco que era, de lo insignificante y lo miserablemente inadecuado que se encontraba, de cuánto necesitaba la compañía de un mutante de primer grado.

Y ahora se veía en dirección al Límite, también solo, a excepción de Targil, que marchaba a su lado, como un aliado temporal transitorio. Recordó también el breve ruido que oyó en la asamblea de los Señores, de la pasada a baja altura de los navíos espaciales de la policía sobre Valdaruk. Y también, por asociación de ideas, una vez más el aviso telepático recibido tan fuertemente, en el mismo lugar-. Todos sus pensamientos formaron un círculo alrededor de la traición de los Señores. De algún modo se hallaba cierto de que había sido traicionado. Era un estúpido yendo a donde iba. Pero ¿qué

hacer? Continuó marchando entre aquella masa boscosa de helechos, envuelto en la obscuridad y la niebla, acompañado por los extraños individuos escamosos, seres inferiores, que les habían cedido los Señores.

¡El Límite!

La partida llegó al lugar maldito repentinamente.

Fue una súbita sensación de sentirse rodeado de una espesa y enfermiza emanación de miasmas. Bajo sus pies, el terreno se volvía resbaladizo, y en seguida pantanoso, como una ciénaga donde sobresalían trozos de tierra firme aquí y allí. Tenían que ir saltando desde un trozo de suelo firme al otro. Sobre aquella inmensa marisma cenagosa, oteaba una macilenta iluminación amarillo-verdosa. Los hombres de las tribus de Cresna habían preparado unas largas antorchas que encendieron al llegar al Límite, mezclándose la luz rojiza de estas últimas, con la claridad irreal de la emanada por fosforescencia de la vasta ciénaga, poniendo una fantástica coloración sobre aquellos rostros peludos, sobre las pieles escamosas y las membranas de aquellas criaturas inferiores.

Se deslizaban y saltaban haciendo cabriolas, chapoteando y aplastando el barro y productos vegetales en descomposición. Enormes árboles retorcidos y llenos de nudos, inclinaban sus enormes frondas y ramaje, formando un laberinto a su alrededor, haciéndoles tropezar a cada paso, con enormes brotes de nuevas plantas. Todo exhalaba un hedor insoportable, constituyendo un caótico revoltijo, que les hacía el camino imposible.

Se percibían constantes y suaves movimientos y burbujeos del barro, misteriosamente iluminado. Aquello daba la impresión de que era algo que vivía y acechaba.

Una jornada de media hora de marcha, en aquellas terribles condiciones, llevó a los expedicionarios hasta los viejos navíos del espacio.

Eran enormes,, mucho más grandes de lo que Kain había imaginado. Sobresalían de la ciénaga, con las colas hundidas en la marisma, emergiendo y sobresaliendo con sus morros, incluso por encima de los más altos árboles. Mojados de humedad y cubiertos de musgo y líquenes, las planchas brillaban a la luz de las antorchas y el metal parecía conservarse intacto todavía. El guía jefe de los cresnianos, un enorme individuo. de piel verde escamosa, procedente de las lejanas Islas del Mar de las Brumas, se detuvo y dejó caer el saco de herramientas que llevaba sobre su hercúleo corpachón, en un trozo de tierra firme, rodeado de helechos.

—¡Ya hemos llegado! —gritó para ser oído de todos.

Y aquello fue como una señal esperada.

Numerosas figuras uniformadas dé, la policía, comenzaron a surgir de la obscuridad con la cabeza protegida de brillantes cascos. Empuñaban sus temibles pistolas y ¡había una verdadera legión de ellos!

En fracciones de segundo de autocrítica, Darrel Kain se llamó a sí mismo estúpido de cien formas diferentes. Efectivamente, había sido cierto lo del aparato de patrulla de la policía, que habría tomado tierra bien cerca, gracias a

los buenos servicios de los Señores. Había venido a caer en la trampa, a-meterse solo en la boca del lobo, convirtiéndose así en un excelente regalo para la Policía del Imperio. Entre aquella manada, habría muchos que desearían su captura a toda costa.

Se encontró instantáneamente rodeado y envuelto en una lucha sin cuartel. Las figuras de la policía que avanzaban, dejaron escapar un grito dominante : .

—¡Coged a Kain! ¡Sujetadle!

Los cresnianos reaccionaron fieles a los Señores y fieles al Nuevo Imperio. Todos se volvieron para echar la garra encima a Kain. Darrel, se debatió con su hercúlea fuerza, desasiéndose de unos para caer en manos de otros inmediatamente. Se formó un inmenso revoltijo de gritos y golpes a diestro y siniestro.

Aquellos salvajes cercaron a Kain; pero entonces oyó un bramido terrible y Targil se encontró de pronto en medio de la lucha, blandiendo su enorme espada, repartiendo estocadas y mandobles en medio de aquella infernal barahúnda. Kain vio una cabeza separada de un tajo del tronco de uno de aquellos bárbaros, saltar por el suelo como un balón de fútbol, entre la niebla y la fosforescencia de la marisma Otro cresniano recibió otro tajo terrible que le abrió el estómago y otro más cayó con el cráneo partido, volvió a levantarse y después dio varias vueltas sobre sí mismo, hasta caer definitivamente entre la niebla. La policía se mezcló en el combate. Alguno disparó y un potente haz de rayos ardientes azulados, cortó, achicharrando la vegetación, un trozo entero de maleza. Las antorchas se apagaron, abandonadas por el combate. Sólo se notaba la irreal iluminación de la marisma, entre la cual se combatía endiabladamente, en medio de gritos y rugidos, como un ballet de locura y de muerte. Con la terrible espada primitiva, el gran hombre sin tribu, Targil, repartía el terror y la desolación con una furia y un vigor sin límites. Una potente voz de entre la policía dio la orden de hacer fuego.

Pero otra, en seguida, rectificó la orden de disparar, por miedo a no poder distinguir, entre aquel espantoso revoltijo, y que resultaran muertos equivocadamente algunos de sus esbirros leales.

Darrel Kain lanzó, libres, sus bloques mentales al exterior de su mente. Comenzó a enviar agujas mentales a su alrededor, que alcanzaban a los que llevaban incluso los casos imperfectamente protegidos de la policía del Imperio. Inmediatamente, comenzaron a sentir el terrible impacto telepático del mutante, y uno tras otro, numerosos hombres uniformados, se detenían como hipnotizados, y caían retorciéndose las manos, mientras que Kain utilizaba sus puños como mazas, empezando la fanática tarea de abrirse paso entre aquella manera humana, como el hombre que se ahoga y trata de subir á la superficie del océano. En un momento dado, se halló con la espalda protegida por el enorme tronco de un árbol gigante, observando que se hallaba cerca de él, el gigantesco Targil, luchando como un poseído.

El suave resplandor neblinoso de las fétidas aguas de la marisma, fue

suficiente, para que ambos pudieran revelarse su mutua identidad. Targil alargó su afilada daga a Kain. Apoyaron ambos las espaldas sobre el árbol y tuvieron un momento de respiro, mientras que los cresnianos y la policía continuaban mezclados en la obscuridad, tratando de localizar a sus enemigos y reconocerse entre sí mismos.

—¡Malditos Señores! —gruñó Targil—, Pude haberme imaginado que andaban mezclados en la traición, fue un estúpido trayéndole hasta aquí, Kain. Pude haberme seguido apartando de esa maldita casta. ¡Pero en esta ocasión, yo creí de buena fe que los Señores, realmente deseaban combatir contra el Nuevo Imperio!

—¿Por qué lo habrán hecho? —preguntó Kain.

—Probablemente por congraciarse con el Imperio de Escario. La verdad, es que son unos gusanos y tiemblan ante él. Saben que Escario puede aplastarlos en cualquier momento, & despecho de lo que dicen. No hay duda de que ahora desean recibir más favores de sus amos, y han encontrado esta favorable ocasión de poder contribuir & la detención de ustedes, como miembros de la Liga Mutante... ¡Cuidado, Kain!...

Targil había oído el chasquido preliminar de una pistola de la policía antes de hacer fuego sobre ellos. Se tiraron instantáneamente sobre el suelo cuajado de helechos, en aquel pequeño trozo de tierra firme. Un segundo disparo se estrelló por encima de donde la pareja permanecía tirada en el suelo estrellándose contra el tronco del árbol y saltando en pedazos y en chispas de fuego la corteza y quemando y achicharrando el área que habían ocupado un segundo antes. Se incorporaron a gatas y salieron corriendo bajo las frondas espesas de la arboleda.

—¡Vamos! ¡Fuera! —silbó Kain—. ¡Aquí hacemos un blanco excelente para esta canalla!

Kain, tiró con energía del hombre cubierto de pieles de Targil para que le siguiera a rastras hacia el grupo de árboles en que habían surgido los disparos de la policía. Kain pensó que quizá les sería posible encontrar el aparato de patrulla aéreo que la policía había traído hasta el Límite y que debería hallarse aparcado no lejos de allí, y en aquella dirección precisamente. De ser posible estarían salvados: subir al aparato y pilotarlo hacia el lugar en que había quedado la nave espacial y a donde Karla estaría esperando.

Kain y Targil avanzaban trabajosamente a través de aquella masa de helechos, de barro, piedras y a trozos, pedazos de tierra firme, envueltos por la niebla fosforescente y fétida del Límite. A veces tenían que arrastrarse sobre el vientre, como reptiles y otras, aprovechando cualquier ventaja del terreno en dirección a donde Kain suponía debería hallarse el patrullero aéreo de la policía; mientras a sus espaldas, continuaba el griterío infernal de la lucha entre los cresnianos mezclados con la policía.

El fracasado intento de coger vivo a Kain y la subsiguiente lucha, les había sumido en la confusión; pero continuaban agrupándose decididos por todos los medios a conseguir su propósito. La parte ligeramente iluminada por la

débil fosforescencia de la marisma, caía ya del lado del mutante y del gran cresniano sin tribu, el bravo Targil, que encubiertos por sus largas capas y sus capuchones de monje, avanzaban penosamente hacia adelante, luchando con la barrera de vegetación que les dificultaba el paso. De repente llegaron a donde los viejos navíos del espacio surgieron por todas partes, como un enjambre a su alrededor.

Las viejas naves espaciales aparecían amontonadas, sobresaliendo sus altos morros por encima del lóbrego boscaje. Los musgos y los líquenes estaban adheridos a los imponentes casos metálicos, incrustados en muchos puntos de sus planchas, enrojecidas por el paso del tiempo. Inmovilizados y aprisionados. Lo necesitaban vivo, la muerte rápida y fulminadora de un dispare de las pistolas desintegrantes, no era para él: el Nuevo Imperio seguía teniéndole destinada, la tortura de un traje de fibras nerviosas.

La situación se presentaba ahora a gusto de Kain. Permitió a sus enemigos mortales ir avanzando algunos pasos lentamente, hacia él. Los policías y los cresnianos se dirigían en forma de abanico, para encerrarle dentro de un círculo de donde no pudiera escapar, aproximándose pulgada a. pulgada, con calculada deliberación, satisfechos de que ya estaba en sus garras...

El momento esperado no podía prolongarse.

Kain abrió sus bloqueos mentales voluntarios, impulsándolos con toda la energía mental de su reserva cerebral supernormal y los hirió como agujas cerebrales que sumieron a sus enemigos en una espantosa confusión.

Parecieron estar atacados con una tortura invisible, retorciéndose y sintiendo cómo sus cerebros eran atacados por finas agujas que dislocaban sus centros nerviosos o como si se sintieran heridos por minúsculos proyectiles invisibles. Entonces los cresnianos, que no disponían de la ventaja de tener la cabeza protegida con cascos, fueron los más atacados y los más sensibles a aquel ataque misterioso y aterrador. Pero la policía sí lo estaba y a medida que se aproximaban más, Kain aumentaba toda su potencia mental para atenazarlos interiormente. Kain lo consiguió durante unos breves momentos. Pero aquella situación no podría mantenerse por mucho tiempo. Como un simple mutante de segundo grado, podía establecer aquella barrera mental contra sus antagonistas; pero sus efectos eran pasajeros. Tras aquellos breves momentos, la policía se sintió desbloqueada del ataque mental y continuó aproximándose aún más. Kain intentó desesperadamente lanzar otra segunda barrera mental, más próxima.

Y en aquel preciso momento, mientras sus enemigos quedaban momentáneamente detenidos por segunda vez, bajo el impacto de la segunda barrera mental, una aguda advertencia telepática, penetró fuertemente en el cerebro de Kain, con la misma claridad y la misma fuerza, que cuando se encontraba en la cámara de los Señores, en Valdaruk.

—¡Mutante, corre ahora, pronto! ¡Vuélvete y sal disparado en dirección al gran navío espacial que tienes a la espalda!

La orden telepática fue transmitida con calma, dentro de su energía y su

tono imperioso. Para Kain fue el aviso de alguna misteriosa salvación próxima. Necesitaba correr, huir, obedecer el desconocido contacto telepático, mientras sus enemigos continuaran bajo el efecto de la confusión mental recibida.

Kain dio la vuelta rápidamente y comenzó a correr desesperadamente en la dirección señalada, mientras de nuevo, otro mensaje, telepáticamente acudía a su cerebro en igual forma:

—¡Sigue corriendo, mutante! ¡Sigue al encuentro de la gran nave que emerge en tierra firme!

Kain lo percibió en el acto, a través de la neblina: era un enorme navío espacial que emergía a alguna distancia en medio de un trozo de espesa vegetación sobre una franja de tierra firme, hundido por la cola en la marisma y sobresaliendo con su altísima estructura metálica, por encima de la vegetación. Con la respiración entrecortada por la enorme fatiga y las piernas negándose a sostenerle, consiguió llegar hasta la umbría zona señalada del gran navío, sólo a algunas yardas de distancia de donde habían quedado sus perseguidores, entonces recobrados de nuevo, fuera del poder supernormal que les había tenido atenazados.

Se lanzó de cabeza entre las húmedas frondas y los retorcidos brotes del suelo, como serpientes animadas de vida, como tentáculos vivientes. Estaba agotado, los pulmones le dolían horriblemente y el corazón le golpeaba en el pecho a punto de estallar. El gusano de la derrota empezó a minar su voluntad, diciéndole que se encontraba acabado... terminado para poder seguir luchando más. Arrastrándose desfallecido, y procurando únicamente mantenerse fuera de la vista y de la puntería de su» enemigos, se aproximó junto a la inmensa mole metálica del gran navío abandonado desde épocas pasadas.

Y desde la obscura zona que rodeaba la gran nave espacial, se destacó una esbelta figura en la semiIuminación irreal de la niebla del Límite. En su mente, la voz telepática volvió a decirle, dándole ánimos:

—¡Toma esto y huye!

Darrel tomó una pistola de las usadas por la policía del Nuevo Imperio, de las manos de la sirvienta de cabellos obscuros, del Palacio de los Señores.

CAPITULO X

Con aire maravillado, Darrel empuñó en la mano la pistola que se le ofrecía. La masa de loS perseguidores se aproximaba nuevamente. Ya le tenían nuevamente localizado. Se oyó el ruido de varias pistolas amartilladas, listas para hacer fuego y enseguida un par de disparos, surgieron iluminando el contorno y aniquilando al paso de su llamarada potente de color azulado, la vegetación y las frondas existentes alrededor del lugar en que Kain y la joven esclava estaban acurrucados.

—¡Dispara! —ordenó nuevamente la voz en su cerebro—. ¡Dispara y lucha contra ellos con el arma y con tu mente!

Kain se incorporó, en un heroico impulso, venciendo su completo agotamiento, amartilló el mecanismo de la pistola, con un salvaje ímpetu, y mientras dejaba sueltos de nuevo sus bloques mentales, disparó con la potente arma hacia la masa de sus enemigos, estableciendo simultáneamente una barrera mental contra ellos. La policía y los cresnianos se encontraron súbitamente detenidos y confusos, como paralizados frente a un muro invisible. Kain continuó cargando y deparando su arma con desesperada furia, aunque sabía que aquella lucha no podría continuar indefinidamente, a pesar de la carnicería que producía con sus disparos y el efecto paralizante de su barrera mental. La joven mutante que había aparecido milagrosamente a su lado, unía con la suya, su mente supernormal, en el bombardeo mental en que tenía sujeto a sus enemigos.

Ambos dominaron la situación. Los cresnianos y los policías parecieron dislocados y desmoralizados ante la barrera de aquel poder invisible, además del poder destructor del arma que Kain manejaba con furia. Se disolvieron y se agazaparon en los alrededores, pareciendo que sus propósitos coordinados, habían dejado por el momento de tener eficacia.

La joven urgió de nuevo en la mente de Kain con otro mensaje mental:

—¡Ahora, corre! —ordenó autoritariamente—. ¡Corre rápidamente, por este camino, antes de que se congreguen de nuevo! ¡Tenemos que salir del Límite! ¡Vamos!

La chica se encaminó corriendo delante de Kain, dejando atrás la mole enorme del viejo navío espacial luchando contra la desventaja de tener que arrastrar aquel cruel anillo de hierro, que como signo de esclavitud, llevaba en el tobillo izquierdo. Kain la siguió ciegamente. Corriendo alocadamente, uno junto a otro, entre los navíos espaciales, a lo largo de la estrecha faja de terreno firme que corría entre aquellos antiguos ingenios siderales.

Su agotamiento le tenía acabado y el recuerdo de la muerte de Targil, su heroico aliado, le entristeció infinitamente. Toda aquella desgraciada aventura había terminado en un final brutal y sangriento... y todo había sido para nada. Ya no podría obtenerse las preciosas planchas de metal, con las que reparar la nave tumbada allá lejos sobre el borde del bosque, ni seguramente le

quedarían posibilidades de escapar con vida de aquella monstruosa ratonera. Y en su mente agotada por tanto esfuerzo, una pregunta tras otra caía, para torturarle más.

¿Cómo podrían él y Karla escapar de aquel planeta traidor con la nave espacial, tan seriamente dañada?

¿Dónde estaba Karla? ¿La habría capturado la policía? ¿Estaría muerta? Y ¿qué sucedería con aquella chica esclava del Palacio de la Alianza? ¿Cómo es que había conseguido llegar hasta allí? Ella también era una mutante y desde luego, 3o había arriesgado todo para salvar su vida; pero Kain lo desconocía todo con respecto a ella e incluso el motivo por el cual, ella imponía su voluntad con tan calmosa confianza.

—¡Primero correr y huir de aquí! ¡Después vendrán las preguntas —siguió diciéndole la voz telepática de la joven esclava, como si hubiera leído sus pensamientos. Aquello le recordaba a Karla, la primera vez que había sabido leer la interioridad de su mente. Esta chica, también, había leído sus pensamientos. Era un libro abierto para ella. Kain fue a cerrar sus bloques mentales, contra el poder supernormal de la joven; pero la chica cortó tal decisión, enviándole de nuevo una aguda advertencia:

—¡No! ¡Permanece abierto para mí! ¡Esta es la peor parte del Límite! Yo he venido sola antes y conozco cómo es. Estamos cerca del centro de este horrible lugar y ambos nos hallamos agotados. Nos necesitamos mutuamente, mental y físicamente, para luchar contra esta enorme dificultad... ¡Consérvate abierto mentalmente para mí ! •

Los dos continuaban corriendo, tropezando con mil obstáculos rodeados siempre por la vegetación, el barro, la niebla y la irreal semiluminación fosforescente de aquella marisma do pesadilla. Sin embargo, entonces el terreno parecía más sólido bajo sus pies. Como dos enanos de los bosques, en comparación con las imponentes moles de los viejos navíos espaciales, cuyos morros se perdían por encima de la niebla, sobre los copudos árboles de aquel bosque maldito, continuaron siempre hacia adelante. El terreno iba ofreciendo un apoyo más seguro pero en cambio, había algo en el ambiente, un extraño olor sulfuroso, que dio a Kain una ligera idea de hallarse junto a las puertas del infierno, ligeramente entreabiertas.

El vaho sulfuroso cobró más fuerza a medida que avanzaban; parecía que cerca de ellos existía un lugar burbujeante, como un hervidero, como bajo sus pies, y con todo, más que un burbujeo, se asemejaba más a una risa sardónica.

¡El Límite se burlaba de ellos!

Era un sonido frío de burla, una fría burla de anticipación. La anticipación de su muerte. Sí, morirían aquí, en aquel fantasmagórico lugar de cosas aún no completamente formadas, no vistas por completo; pero que existían, desde luego, entre Ja niebla y las sombras...

Kain llegó a la conclusión de que aquello, c a la suma y la totalidad de lo que se escondía bajo la pintada faz de Cresna. ¡Aquel maldito lugar donde todo parecía aguardar, acechar, incubar un peligro mortal y que se burlaba con

risa sardónica de la pareja que corría por su superficie!

Se encontraban como una insignificante pareja que luchaba, agotadora hasta lo último contra lo que parecía imposible. ¿Cómo podrían triunfar sobre aquello? El Límite ya había destruido y vencido cosas mucho más grandes: había derrotado a toda una flota de naves del espacio y devorado un regimiento de viajeros del vacío cósmico.

De nuevo, el gusano secreto del fracaso y la completa derrota, comenzó a hurgar en el cerebro de Kain. ¿Para qué servirla seguir corriendo o seguir luchando?

¿A dónde irían? ¿Dónde estaba el punto a que pudieran dirigirse, en el caso improbable de salir de aquel infierno? Ya no tendrían las planchas, tan desesperadamente necesitadas y no quedaba la más pequeña esperanza de abandonar a Cresna en una nave del espacio. Ninguna esperanza de intentar volver a las inmensidades de La Vorágine, con la preciosa fórmula del vuelo en la dimensión curva, en el continuo espacio-tiempo. Todo terminaba en la negación absoluta, era la derrota... la derrota... la total derrota...

La más miserable derrota.

—¡No! ¡Sigue luchando! —ordenó perentoriamente la voz telepática dentro de su cerebro, como una luz poderosa.

Vio la sudorosa y agotadora faz de la joven que corría a su lado, volverse hacia él. Veía como se movían sus labios; pero no podía oír las palabras que pronunciaba, a causa del ruido, cada vez mayor, producido por aquella burbujeante risa sardónica que parecía emanar de todos los puntos de la espantosa marisma. El ruido aumentaba de intensidad, mientras que los vapores sulfurosos les hería los ojos y les quemaba la garganta.

—¡Es el Límite que sugiere estas cosas! —continuó la chica con su mensaje telepático—. ¡Es una cosa viva y está luchando contra nosotros! ¡Nos encontramos cerca de su centro; pero pronto nos hallaremos fuera de lo peor de su influencia! ¡Sigue luchando y sigue corriendo!

Kain sintió una nueva energía crecer en su voluntad, por el mensaje alentador de la joven y trató de poner una barrera, con sus poderes mentales supernormales, a la misteriosa influencia del Límite. Le pareció que el Límite reaccionaba con un temblor convulsivo y un rugido sordo.

Sus piernas, actuaban como pistones de una máquina sometida a toda presión, y con un brazo rodeó los hombros de la joven, sosteniéndola ligeramente, en su ciega carrera hacia lo desconocido. Se despojó del vestido monacal que amenazaba pisarse y hacerle caer por tierra a cada momento, preparando sus defensas mentales contra el espíritu maligno del Límite, mientras continuaba corriendo. La joven estaba haciendo igual que él.

El Límite, aquella masa biológicamente viviente, que era de algún modo el centro de algo que se creaba y se destruía, pareció comprender de alguna manera la postura mental de los fugitivos y reaccionó violentamente contra ellos. Sintieron otra poderosa y más fuerte sacudida como un terremoto bajo sus pies, sintiendo de nuevo aquella especie de ruido horrible pareciendo a

una carcajada sardónica de un tremendo fantasma, aumentando la potencia de los vapores sulfurosos y fétidos contra sus rostros.

Y repentinamente el terreno empezó a sacudirse furiosamente. A su visión apareció un cuadro pintado por un pintor enloquecido. Las nieblas de la marisma habían desaparecido y se encontraron corriendo a través de una llanura surrealista, lisa arrasada por el calor y que parecía no tener fin. Unos enormes navíos del espacio con sus grandes estructuras desgarradas y brillantes, aparecían bailando una danza fantástica y sobrenatural frente a ellos surgían a sus lados corriendo como si les acompañasen en su loca carrera, interponiéndose a su paso como si quisieran colocar una barrera de hierro entre Kain y la joven y las frías y solitarias estrellas brillando y flotando en el cielo rojizo que se extendía sobre la llanura sin límites,

Kain estaba al límite de sus fuerzas, y apenas pudo oír el nuevo mensaje telepático de la joven: —¡Continúa corriendo!... ¡lucha contra esto!... todo es una ilusión... El límite está produciendo este sueño... continúa...

El mensaje terminó y Kain pudo comprobar que la joven continuaba corriendo a su lado, heroicamente, atenazada por el dolor y el cansancio; pero con bravura. El cielo enrojeció súbitamente, como si hubiesen encendido en él un millar de hogueras. Los enormes navíos del espacio se constituyeron en una barrera maciza a través del sendero que seguían, y parecían bailar, contorsionarse, amenazarles con abatirse contra ellos y aplastarlos como 'gusanos. Las grietas del metal de sus estructuras se tornaron en monstruosas bocas metálicas armadas con afilados dientes de acero. Las profundas cicatrices iónicas de la chapa se transformaban en enormes ojos parpadeantes. Los navíos se transformaron en grandes monstruos prehistóricos, salidos de la más espantosa pesadilla, en terribles bestias fabricadas de metal. Bloqueando el paso de la pareja fugitiva, los monstruos se erguían y doblaban sobre ellos, como si quisieran aplastarlos. Se multiplicaron por docenas.

Retorciéndose en espirales gigantescas, parecían que iban a alcanzar el cielo obscuro y frío, tachonado de brillantes estrellas rojas, para descender haciendo horribles muecas con sus ojos irreales. Ellos y las enormes llamas, parecían cubrir las estrellas, aquellas estrellas que nunca volverían a alcanzar jamás... —Y de repente, unos proyectiles metálicos empezaron a entrecruzarse en el cielo en una horrísona tormenta, como en una enloquecedora guerra termonuclear. Las llamas se mezclaban por entre todas aquellas bestias metálicas de pesadilla. El suelo, entonces, parecía en calma, ya no se observaba sino la grotesca y sobrenatural danza de aquellos horrores metálicos, las grandes llamaradas y los fragmentos de metal ardiente, lanzados de tiempo en tiempo, por las horribles bocas de los monstruos...

—Es un sueño... ¡Todo es una pesadilla...! ¡Continúa corriendo! —Volvió a comunicar telepáticamente la chica—, ¡No dejes de correr! ¡No hagas el menor caso! No es realidad... es un sueño irreal...

Luchando sobrehumanamente por mantener la respiración, continuaron su carrera.

Aquel misterioso gusano, intentaba corroer el cerebro de Kain, una vez más.

—«Estás derrotado... —sugería la misteriosa influencia del Límite—, es totalmente inevitable... ¿Cómo podrás luchar con monstruos de acero? ¿Cómo podrás salir fuera de este planeta, cuando el cielo es un caos de llamas y de proyectiles mortales? ¿Cómo podréis sobrevivir? Mejor será que os dejéis morir sobre esta llanura... La derrota es inevitable...»

Derrota... derrota... derrota...

Aquello se hizo un eco monótono y se volvió en canción martilleante de su cerebro, donde empezó a hacer mella. Comenzó a volverle loco con su incesante repetición y a hipnotizarle.

Empezó a vacilar, y a sentirse las piernas como sacos de tierra. Sintió como toda su energía partía de su cuerpo deshecho y su espíritu agotado. Soltó la mano con la que sostenía los hombros de la chica, vio que el suelo venía a su encuentro y se sintió definitivamente acabado, a punto de desplomarse por la caótica furia de la tormenta que estallaba en el interior de su cabeza.

Surgió otra débil protesta; pero fanática de ardiente voluntad, procedente de la joven, telepáticamente de nuevo, en la mente de Kain, y éste pudo comprobar que ella trataba de empujarle hacia adelante, con la faz desencajada y con los labios formando palabras, que Kain no pudo oír. Estaba batido por el Límite. Kain se vio de rodillas, con la voluntad de luchar y de huir, totalmente agotada.

¿Cómo podría luchar con monstruos de metal y contra un cielo que hacía llover la muerte?

Con la fatal aceptación de la derrota, la pesadilla que le rodeaba, se hizo más ostensible y más terrorífica. Trozos de metal ardiente surcaban el cielo, los monstruos con formas de navíos del espacio, se multiplicaban más y más, reculando y echándose sobre él, anonadándole en su inmensa pequeñez, casi amenazándole de cerca con aplastarle. Kain oyó la risa sardónica del gorgoteo del Límite en voz alta y clara. Entre rumas, observó que la joven esclava, también estaba derrotada. La vio a su lado y su visión se obscureció.

El Límite seguía carcajeándose:

—¡La derrota! ¡Es inevitable!

La negrura empezó a invadirle totalmente, una turbulenta negrura viva con sonidos irreales y fantásticos, a los que se añadían los vapores sulfurosos de las puertas de un infierno.

Y entonces, repentina e imperativamente, un tintineante desafío sonó en su cerebro:

—¡Kain! No se deje usted abatir! ¡Kain, levántese y corra! ¡Todo es una ilusión! ¡Vamos, huya!

Kain abrió los ojos. Vio a los monstruos metálicos creciendo y retorciéndose a lo lejos, difuminándose como objetos de humo, observó las llamaradas furiosas en el cielo, tras los monstruos en disolución y volvió a ver

las estrellas, brillando en el espacio aterciopelado y, contra el dosel de estrellas del espacio cósmico, haciéndose real y materializándose, la figura de una bellísima mujer: ¡ KARLA!

Karla, emergía en el lejano horizonte. Sí, era Karla, con su torrente de dorados cabellos, formando espirales sobre su cabeza, haciendo una amplísima red, en la cual las estrellas quedaban prisioneras, unas estrellas amigas. Ellas y Karla aparecían deseables... ¡y hasta accesibles!

Kain sintió una nueva inyección de energía sobrehumana y comprendió que tendría que escapar a la garra del Límite, que tenía que batallar en dirección al visible fantasma de Karla, y que era ella con su tremendo poder telepático, la que llegaba ahora claramente a las más ocultas regiones de su cerebro:

—¡Por aquí, Kain! ¡Continúen dirigiéndose hacia mí! ¡Ustedes dos concentren su esfuerzo en alcanzarme y no hagan el menor caso de los sueños que les rodean!

Kain se sintió impulsado por una nueva energía. Miró al suelo y contempló a la joven esclava desmayada y exhausta, que levantaba la cabeza y contemplaba fascinada la gigantesca figura del horizonte lejano, de la bella mutante de primer grado. Para ella, también, la imagen de Karla fue como un exorcismo contra los horribles monstruos surgidos en el sueño irreal producido por el Límite.

Al incorporarse la joven, Kain observó por primera vez que el anillo de hierro, que como señal de esclavitud llevaba la chica en el pie izquierdo, había herido gravemente el tobillo, en aquella marcha espantosa a través de la marisma, descarnándole la pierna, e incapacitándole para poder dar un nuevo paso.

—¡Kain, Kain, no se demore! —tronó nuevamente Karla dentro de su mente.

Con la nueva fuerza hallada entonces, se dirigió hacia adelante, empezando a sentir moverse el terreno y a despertar la misteriosa fuerza oculta del Límite que no cejaba en su empeño de destruirles. Pero allí estaba la imagen de Karla, como un faro lejano, encantadora y deseable. Tornó á la esclava en sus brazos y continuó su penosa marcha hacia la imagen lejana de Karla Morton.

Sus piernas le fallaban, la chica no era más que un peso muerto, con los brazos colgando. Fue una carrera tratando de escapar a la endemoniada influencia de aquel horrible lugar. El Límite luchaba, tratando de atenazarles, destruirles, clavarles sus, garras y engullirles entre su masa viviente. Pero Kain se dirigía hacia adelante, fanáticamente, y lanzó su mensaje telepático hacia la bella joven mutante que les esperaba:

—¡Allá vamos, Karla!

Despacio primero, desasiéndose de la garra del Límite y consiguiendo alguna velocidad algo más tarde, soportando el peso de la chica y en dirección al fantasma viviente de Karla, que había destruido la fascinación embrujadora y maligna del Límite, Kain continuó su marcha. Constantemente sentía las

punzadas interferentes en el cerebro, de aquel mortal enemigo; pero Kain entonces ya se sentía libre de la maldita influencia del Límite y sabía a qué atenerse. Cada paso, le llevaba más lejos, hacia la salvación, fuera del poder de aquel infierno cenagoso y le cercaba más a la proyectada visión de Karla, que les urgía constantemente, dándole aliento;

—¡Bien! ¡Adelante! ¡Ya está usted libre... siga marchando!

Karla era algo que valía la pena de ser ganado, un objetivo digno de conquistarse y Kain sintió que todo su cuerpo, joven y vigoroso, se dirigía hacia ella, poniendo cada onza de su energía en conseguirlo. Sintió un último y misterioso rugido del Límite y tuvo la impresión, de que acababa de abandonarlo para siempre. Su camino estaba ahora abierto, libre y sin dificultades. Tenía los pies encenagados y aún pisaba sobre malezas y materiales pútridos; pero ya podía sortearlos mejor. Aquello era, valiendo la expresión, el límite del Límite. Ahora sentía una corriente fresca de aire limpio y puro que le animaba a continuar siempre hacia adelante.

Apareció por oriente un amanecer glorioso, con el disco de la estrella Deeva inundando el cielo de una luz rojo naranja y la imagen de Karla, allá ante su vista, donde la aurora ponía un fulgor brillante en la suave sombra de los árboles en el borde de la ciénaga, se disolvía suavemente en la luz del amanecer.

—Lo ha conseguido usted, Kain —le transmitió Karla telepáticamente—. La chica tiene un plan. ¡Escúchela!

Desfallecido, sosteniendo a la joven esclava en sus brazos, arrastrando los pies y luchando por respirar afanosamente, Darrel Kain, puso por fin los pies fuera del borde de la monstruosa ciénaga. Un agudo sabor a sal se percibió en el aire puro de la mañana trayendo a los pulmones de Kain una sensación de plenitud vital, bajo el tinte rojizo de aquel radiante amanecer.

Kain sintió de nuevo cómo le asaltaban multitud de pensamientos en relación con su situación. Aquella trágica aventura había terminado con la. muerte y el fracaso. La muerte del heroico Targil y la ruin traición de los Señores de Valdaruk. Y la nave estelar yacería abandonada y rota en su lejana franja arenosa. Pero con todo, la aventura les había proporcionado un misterioso y nuevo aliado, en la persona de aquella joven esclava de cabellos obscuros y piel blanca, del Palacio de la, Alianza. Con ella, habían sido capaces de vencer las mortales asechanzas del Límite.

Aquello constituía una fuerte esperanza, un firme incentivo. ¡Entre los tres podrían desafiar mejor al Nuevo Imperio!

CAPITULO XI

La pareja permaneció descansando en el borde exterior del terreno pantanoso. El terreno que se extendía hacia adelante, descendía ligeramente en dirección al sol naciente. A alguna distancia de donde se encontraban, el sol iluminó con reflejos brillantes de color naranja las estructuras de dos navíos espaciales: uno pequeño diseñado para el servicio planetario de la policía del Imperio, y otro mayor, de gran estructura, propio para los viajes siderales.

—Esos son los navíos espaciales en que vinieron —explicó la chica en el lenguaje común del Imperio—. Esos navíos pequeños son usados por la policía para transporte y desplazamiento rápido en la superficie del planeta. En ese pequeño aparato han debido venir los cresnianos que intentaron cogerte, mientras que los oficiales de la policía han debido hacerlo en el gran navío estelar. Debemos tratar de apoderarnos del navío grande antes que el pelotón de la policía consiga salir del Límite. Nosotros hemos salido antes por haber viajado a través del corazón del Límite; pero ellos no se habrán atrevido a hacerlo, y tendrán que dar un gran rodeo. Esa nave espacial es nuestra única esperanza. El pequeño está inútil.

Kain miró detenidamente a la misteriosa, chica.

Tenía las facciones sucias y manchadas por el sudor; pero era realmente bonita y resplandecían con el brillo de la juventud y la inteligencia. Era realmente una muchacha preciosa. A Kain se Ie ocurrieron una docena de preguntas; pero prefirió dejarlo para, otra ocasión futura.

—¿Y cómo sabes que el aparato pequeño está fuera de servicio? —preguntó Kain intrigado.

—Porque yo lo dejé averiado. Hay poco tiempo para gastarlo en explicaciones; pero te diré que hay muchos mutantes entre la gente de las Islas del Mar de las Brumas y yo soy uno de ellos. Nosotros somos los hijos de los contaminados por las radiaciones que siguieron a la espantosa guerra atómica, y que consiguieron formar una colonia. Fuimos conquistados por los Señores que nos redujeron a la condición de esclavos. Y cuando los señores, cayeron dominados por la tiranía del régimen de Escario, se les permitió conservar su personal esclavo, bajo las condiciones estipuladas en su miserable alianza.

Kain comprendió con un signo afirmativo de la cabeza. Una nueva luz iba surgiendo en su mente, que le explicaba muchas cosas que hasta aquel momento se 'le aparecieron confusas. Al menos comprendió porque los Señores iban adornados con fuertes cascos en la cabeza. Una esclava mutante que pudiera leer sus recónditos pensamientos, habría sido una complicación.

—Yo supe la traición que pensaban cometer los Señores — continuó la muchacha—, lo leí en la mente de los otros sirvientes, después de haber sido instruidos para que denunciaran a la policía, que uño de los mutantes a los que buscaba con tanto interés, iba a ser escoltado hasta el Límite.

A la memoria de Kain, vino la imagen del Señor Tran, dando instrucciones al criado de piel escamosa para que fuese a buscar vino, acompañando la orden con ciertos signos en el aire de sus dedos en forma de espátulas. En aquellos signos cabalísticos se encerraba mucho más, de lo que él o Targil pudieron haber imaginado. Debía ser una señal convenida de antemano, para enviar la policía del Imperio a la zona pantanosa del Límite.

—Yo me escapé del Palacio de la Alianza — continuó la joven—. No era difícil. Los Señores están convencidos de que nos hallamos los esclavos tan fuertemente amarrados con. este pesado anillo de hierro que llevamos al tobillo, que no podemos ir muy lejos; pero sí podemos’ sí deseamos hacerlo. Por esa circunstancia no nos tienen demasiado vigilados. Yo llegué aquí justamente después de que hubieran aterrizado la gran nave espacial aquella y el otro pequeño aparato. Después de ver que toda la ' gente se dirigía corriendo hacia el Límite, me dirigí hacia el aparato pequeño, que estaba sin vigilancia, recogí una pistola y disparé sobre los controles, destrozándolos, dejándolos totalmente fuera de servicio. En seguida me lancé de lleno al Límite, confiando salir en algún lugar cerca de donde tú te encontrabas y en ayudarte a combatir a la policía con mi poder mental telepático. No es que yo sea muy efectiva, ya que soy mutante de segundo grado. También me di cuenta que debía lanzarme por la vía más corta, en derechura al corazón del mismo Límite.

—Por el ¡mismo corazón del Límite! —preguntó

Kain asombrado, recordando el horrible pasaje de aquel lugar infernal—, Pero ¡te jugaste Ja vida, fue demasiado riesgo!

—Casi estuve a punto de perecer; pero logré pasar. Por eso es por lo que te urgía constantemente en el camino de vuelta, sabía que podríamos superar la prueba si no desfallecíamos. Pero creo que ahora, al volver nos hallábamos demasiado agotados para haber podido superar la prueba. Afortunadamente, esa joven hermana, mutante de primer grado, detectó nuestra terrible dificultad y nos sacó fuera.

Darrel Kain miró a la joven esclava con admiración y un sentimiento de gratitud afloró en su corazón. Era' increíble que hubiera arriesgado su vida en los horrores del Límite, atravesándolo sola, Kain intentó expresarle su agradecimiento en palabras; pero lo consideró inadecuado. Aquel sentimiento de profunda gratitud se vio interrumpido, repentinamente, por un grito de la joven. Con el brazo señalaba a un punto alejado pocas yardas de donde ellos permanecían, al margen del Límite.

Una docena de policías, seguramente lo que quedaba del pelotón que les había perseguido en la zona infernal del Límite, empezaron a surgir a la llanura. Hacían espavientos con los brazos, gritando como si reclamasen alguna acción urgente, señalando hacia los dos mutantes. Del Límite externo de la marisma, continuaron saliendo más hombres, en cuyas armas y cascos, el sol hacía brillar fulgurantes destellos. Se dirigieron corriendo hacia donde se hallaban Kain y la chica. De nuevo. Kain tomó en sus brazos la grácil

figura de la joven esclava cresniana y se dirigió en una loca carrera hacia el aparato pequeño.

Tras Kain se oía un clamor de gritos, enardeciéndose mutuamente para dar caza a los fugitivos. Kain llegó rápidamente al aparato, lo contorneó y cruzó como una centella el espacio que le separaba hasta alcanzar el navío estelar situado algo más allá del primero. Sin perder un segundo, alcanzó el acceso al interior de la nave, lanzando con pocas formalidades el cuerpo de la chica sobre el duro suelo metálico, saltando inmediatamente y cerrando la escotilla exterior, justo en el momento en que un disparo se estrellaba junto al cierre. Con mía energía renovada, la pareja se apresuró a dirigirse hacia la cabina de control. No era muy complicada y se parecía bastante a la antigua nave que utilizó en su fracasado intento de escapar de Stanarta Mayor. Le bastó un vistazo a su alrededor para hacerse cargo del gobierno de la nave. Empujó a la joven contra la litera de aceleración, con rápidas instrucciones de que no había tiempo para sujetarla convenientemente con los cinturones de seguridad. Actuó instantáneamente sobre palancas y llaves y se dejó caer sobre su litera, ¡mientras que el navío surgía como una centella hacia el cielo, en aquel amanecer luminoso, dejando un trazo en la limpia atmósfera de la mañana.

Envueltos en el humo de los cohetes reactores de la nave, los policías se tiraron al suelo para evitar las quemaduras del disparo de arranque y con ojos atónitos se quedaron contemplando el raudo vuelo de la nave espacial que se perdió pronto de vista.

En el interior de la nave, Kain se mantuvo con un mando en una mano y otro en la otra, lanzando al navío ,espacial en un salto curvo y seguro hacia, la alta atmósfera. Tras unos momentos, volvió a recobrar la respiración normal, sacudió la cabeza para aclararse el mareo y esperó unos instantes para que su estómago volviera a ocupar el lugar conveniente. Con la gracia de un antiguo caballero, hizo una inclinación casi cómica con aquel aspecto desharrapado y cubierto de barro que ofrecía y se volvió hacia la chica, que empezaba a incorporarse de su litera de aceleración.

—Parece que tengamos poco tiempo que dedicar a formalidades, tales como el presentarse —dijo rígidamente—, pero mi nombre es Darrel Kain.

—El mío es Lell —repuso la joven sonriendo divertida—, No tengo otro nombre, sino el de Lell solamente. La joven ofrecía un aspecto encantador, 8omo el de una niña traviesa que se ha revolcado en el barro.

La pantalla del espacio, les mostró Cresna extendida bajo la nave, como un mapa desplegado. Kain hizo girar a la nave hacia abajo, acortando la velocidad, y localizó una franja arenosa del terreno frente al mar. La estructura metálica de la nave estelar abandonada brilló junto a la playa. Kain puso al navío espacial en una serie de círculos en espiral y envió a Karla un urgente mensaje telepático:

— ¡Suba a bordo tan pronto como aterrice! ¡La policía estará tras nuestra pista, por docenas, en cuestión de minutos!

El navío se lanzó sobre la franja arenosa suavemente, dejando un trazo

profundo al tomar tierra. Kain abrió la escotilla de acceso y vio a Karla llegar rápidamente y saltar dentro, con sus hermosos cabellos dorados y su capa bordada de plata, flotando, en la brisa de la mañana.

* * * *

Escario Gundaarson era viejo. Había vivido mucho tiempo y con intensidad una larga vida llena de aventuras y en el curso de su larga existencia, había oído y aprendido muchas palabras de grueso calibre. Parecía que cada uno de cuantos tacos había aprendido, se hallaba ahora a flor de labios, mientras vociferaba tronando improperios en los inmensos salones de la Jefatura del Nuevo Imperio.

A su lado, se encontraban diversos oficiales de alto rango de la policía del Imperio, de pie y mudos de terror, oyendo con las orejas como la grana, la opinión que Escario tenía de todos ellos. Sus capitostes favoritos de aquel planeta lejano, Cresna, que tenían la misión de mantener en alto el prestigio del Imperio, en aquel mundo bárbaro y a medio formar, con su horrible mezcla de criaturas humanas y subhumanas y que debían mantener a toda costa el dominio sobre aquella lejana barbarie, habían fracasado de la forma más desgraciada e imperdonable, permitiendo que las dos criaturas más perseguidas del Imperio, se escaparan de sus garras, saltando fuera del planeta, con lo que aún resultaba mucho peor: con un navío tomado a la misma policía encargada de arrestarles.

Escario era viejo y casi un enano, encorvado y arrufado por el peso de la edad; pero todavía conservaba una increíble energía, que ahora derrochaba a chorros, mientras bufaba, gritaba, daba golpes contra su mesa y miraba con ojos que parecían querer fulminar a aquellos altos dignatarios del Imperio, alineados a un lado de su mesa.

—¡Escapados! —tronó a sus altos oficiales—. ¡Escapados en una nave de la policía! ¡Volando en dimensión curva y dispuestos a perderse en cualquier punto de la Galaxia! ¡Tengo cientos de policías, millares, en docenas de planetas y todos son una partida de imbéciles!

El viejo dictador lanzó sus brazos hacia arriba, en un gesto furioso, moviendo los dedos como las garras de un viejo halcón, mirando con sus ojos fanáticos a los encopetados jefes de su Servicio Secreto.

—¡Ese hombre, ese mutante, tiene el secreto de las bombas mentales! —tronó de nuevo—. Debería haberse encerrado dentro de un traje de fibras nerviosas, hace ya tiempo: esas fórmulas tienen qua ser arrancadas de ese maldito. ¡Y de la chica también! ¡Esos traidores, pérfidos, canallas con doble juego, y esa condenada mujer!

Rodó los ojos por las órbitas mirando al techo, como si buscase alguna ayuda, en su desesperación, de alguna parte superior a sus inmensos poderes.

—¡Traidores y enemigos de una parte! —gritó—, ¡Estúpidos y gente incompetente da la otra! Y el Imperio se halla amenazado por seres sobrehumanos conspirando malvadamente desde esa bastarda luna de Oix. Os digo, que esas dos personas, Darrel Kain y la que fue en tiempos Heroína,

Karla Morton, tienen que ser encontradas, cueste lo que cueste. Los quiero dentro de sendos trajes de fibras nerviosas. Quiero sus cuerpos colgando de la horca y sus orejas clavadas contra las puertas de este propio Palacio del Imperio Central.

Escario continuó gritando y pateando, disparando orden tras orden y dictando decreto tras decreto, en una salvaje explosión de su terrible temperamento. Despidió a los oficiales de la policía del Imperio y se dejó caer agotado en un suave y cómodo sillón a su aran mesa de despacho.

Permaneció todavía bufando y haciendo signos con la cabeza y las manos, murmurando los tacos más sombríos contra la inutilidad de sus altos servidores, antes de darse cuenta de que se encontraba en la habitación, la figura de una persona que había permanecido en ella, mientras que todas las demás se habían marchado rápidamente. Aquella figura presente, era la de un individuo obeso y cuadrado, con las facciones más parecidas a un simio Que a un hombre, en las que brillaban dos ojillos brillantes como dos granos de café. Vestía el uniforme de un Comandante del Cuerpo Penal del Imperio.

—Señor, ¿por qué no me permite que sea yo el que tome una fuerza especial para la captura de Kain y de la mujer? —preguntó untuosamente. Y añadió con lo que él suponía sería de un humor irónico: —¡No sabe usted de qué forma, quiero yo, a los miembros de la Liga Mutante!

Escario Gundaarson se incorporó de su sillón, se apoyó en el borde de la mesa y miró fijamente al Comandante.

—Usted los quiere lo suficiente, como para permitirles que hayan hecho de usted un completo idiota, dejándoles en una nave espacial: saliendo, usted en rn salvavidas y corriéndose el mayor ridículo de su vida.

La sonrisa de sicofante que animaba la faz de Scudderman, se desvaneció de su adiposo semblante, Scudderman ya había recibido una bronca verbal, el de Escario que casi le reduce a cenizas, a él, y al resto de la tripulación del navío espacial, que en naves auxiliares salvavidas fueron recibidos en presencia del dictador, después de que fueron recogidos por los cruceros espaciales del sistema de Veldaa, por miedo de sus buscadores electrónicos y transportados al trono del Imperio Central. Mientras que llegaban al cuartel general de Escario, poco antes había llegado la noticia de la sospecha de traición por parte de la Heroína del Imperio. Escario había sido informado de que el navío espacial robado, había sido localizado en él sistema de Deeva, y de todo lo ocurrido después.

Escario, en el colmo de su furia, tomó parte personal en aquel asunto, contra Scudderman, el Capitán Abdullah y el resto de los oficiales de la nave espacial, y poco faltó para hacerlos ajusticiar a todos. Y ahora, las nuevas noticias habían llegado a través de la luz. Los fuera de la Ley habían tomado tierra en Cresna, y caído en una trampa tendida por la policía y los Señores del bárbaro planeta y no sólo se habían escapado, sino que además, lo habían hecho en una magnífica nave tomada a la propia policía. Aquello había producido la terrible tormenta desatada contra toda la policía y la

administración y con todo, allí estaba Scudderman, persistiendo en despertar de nuevo la tormenta del dictador y sugiriendo tranquilamente que él se encargaría de tomar bajo su mando una nueva fuerza para salir en persecución de Karla. Motón y Darle Cayn.

Escario Gundaarson. recapacitó un momento. Miró a Scudderman dispuesto a tronar de nuevo y enviarlo al diablo; pero a través de su- mente sutil, discurrieron los hechos del largo historial de Scudderman.

Desde el punto de vista del Imperio, era un gran historial. Había sido un excelente Comandante Jefe del planeta-penal Grazil-Dos, por su alta eficiencia en la crueldad brutal con que empleaba sus métodos a rajatabla, haciéndose famoso por el terror y la más alta brutalidad imaginable. Scudderman era un hombre del Imperio, no había dudas con respecto a ello. Se había hecho famoso por su enemistad irreconciliable contra todos aquellos que se atreviesen a actuar contra las regias y disposiciones del Nuevo Imperio. Y como reflejo del sentir de Escario, Scudderman profesaba un odio espantoso contra Karla Morton y Darrel Kain.

El dictador tras haber reflexionado fríamente unos instantes, se echó hacia atrás en su sillón y consideró la proposición del Comandante. Sin abrir los ojos dejó escapar, palabra a palabra, entre dientes la respuesta siguiente:

—Le entregaré a usted veinte naves espaciales con sus correspondientes tripulaciones, Scudderman. ¡Tráigame a esos dos mutantes o quítese de mi vista para siempre!

* * * *

El rápido navío de la policía, con los tres mutantes a bordo, se hallaba navegando por el vacío interestelar, en el vuelo de la dimensión curva. En la cabina de control, Kain se hallaba estudiando una vasta carta estelar de la Galaxia, complicado y fatigante, con sus infinitos detalles. Karla se hallaba curando y limpiando el tobillo herido de Lell, del cual Kain había cortado el pesado anillo de hierro de esclava, utilizando un soplete que halló en el depósito de las herramientas de la nave.

Todos guardaron cerrados sus bloques mentales voluntarios y conversaban de palabra. Karla les estaba explicando qué había ocurrido durante el período del contacto perdido con Kain en el Palacio de la Alianza, hasta su intervención telepática que salvó a la pareja de perecer en las horribles marismas del Límite.

—Tomaron contacto conmigo desde La Vorágine —decía Karla—. Es imposible, aún para un mutante de primer grado, intentar tomar contacto primero con ellos. Es preciso esperar, hasta que ellos lo hagan, para lo cual necesitan la cooperación de un grupo concentrado de mutantes de primer grado, reunidos. La Vorágine ha tenido noticias desde Oix, sobre nuestra captura del navío estelar fletado para Grazil-Dos y a lo que parece, todo el Imperio conoce ya la historia. Me dieron detalles de cómo lanzar una nave en vuelo de dimensión curva desde el sistema de Deeva hacia el sistema de Tybor. Me rogaron que tratara de lanzarme dentro de La Vorágine, tan pronto

como fuera posible. Yo traté de lanzarles dentro de la memoria la fórmula secreta del vuelo de la dimensión curva; pero me advirtieron de que la distancia entre nosotros, nos crearía dificultades, ya que la comunicación telepática desde mi lado hacia La Vorágine es aleo imperfecta y alguna parte de la fórmula, podría extraviarse.

Y al llegar aquí, se cortó nuestro contacto. Me quedé sentada en la nave, con mis bloqueos mentales abiertos tratando de localizarle, Kain, sin perder de la mente la posibilidad de aproximación de cualquiera de las cercanías de la nave. Repentinamente, tropecé con otras mentes mutantes, el alguna parte del Palacio de la Alianza; pero no pude localizarle. Una de esas mentes mutantes de segundo grado, era superior a las demás. Me dijo telepáticamente que eran esclavos de los Señores y qué uno de ellos había Sabido la traición de los Señores, habiendo preparado una trampa para capturarle a usted, Kain. Me costó un duro trabajo localizarle a usted en el Límite. Ese maldito lugar exhala fuertes emanaciones telepáticas, como balbuceos incoherentes; pero sin duda allí existe algo como una voluntad.

—Sí, no hace falta que nos lo recuerde, Karla —repuso Kain pensando en el horror de la monstruosa marisma viviente...

—Y cuando finalmente, llegué hasta ustedes —continuó Karla—, vi que el Límite intentaba derrotar a ustedes, mediante imágenes. Entonces creí llegado el momento de batirle con su mismo juego —terminó Karla, poniendo un nudo final en el vendaje del tobillo de Lell.

—¿Y ahora? —preguntó Kain, sin apartar la vista de la enorme carta estelar impresa en multitud de colores en la superficie, por medio de un tablero especialmente iluminado por los Controles del navío estelar.

—Ahora nos dirigimos rectamente hacia La Vorágine —determinó Karla. —. Nuestro aterrizaje en Cresna, ha sido después de todo, una, bendición. Hemos perdido un aliado; pero hemos ganado otro, de nuestra misma especie, perdimos una nave pesada y estrambótica y hemos conseguido una más ligera y moderna.

—Pero no olvide, Karla, que permaneceremos todavía mucho tiempo dentro de los dominios del Imperio. Podemos volar en dimensión curva; pero puede usted estar segura, de que han sido advertidos todos los puestos de vigilancia de cada sistema para acecharnos. En cuanto esta nave salga fuera de la dimensión curva, del continuo espacio-tiempo, seremos cazados.

Kain consideró atentamente la región del sistema de la estrella Tybor en la carta estelar multicolor. Mostraba un enjambre de mundos agrupados alrededor de un gran sol, que aparecía como una mancha roja, cerca de un círculo pintado de amarillo con la advertencia de La Vorágine. Era la pesadilla de los viajeros del espacio; pero al propio tiempo era el puerto de salvación para los tres fugitivos mutantes, si conseguían escapar a la vigilancia de las fuerzas concentradas para su detención, del Imperio. Sobre el mapa estelar, parecía algo remoto, casi, inaccesible. Encontrarían muchas dificultades. Kain había realizado una comprobación del agua contenida en la

nave. La cantidad almacenada era pequeña. Había bastantes raciones alimenticias almacenadas. Aquella nave rápida, estaba diseñada para servicios urgentes dentro de un sistema, de planeta a planeta; pero no para un largo viaje estelar de gran alcance.

Más pronto o más tarde, el trío mutante, tendría que dirigirse a un planeta oxigenado y tomar tierra para aprovisionarse de agua.

Mientras, allá lejos, en el tiempo y en el espacio, sobre el planeta Cresna, se corrió la urgente alarma entre la policía del Imperio, de la fuga de Ios dos mutantes, tras la comprobación, por el aparato encontrado sobre. la arena, de la toma de tierra sobre el planeta y su ulterior escapada con la nave robada a la propia Policía Imperial.

Un grupo de técnicos de la policía, llegó urgentemente a donde yacía la nave abandonada sobre la franja arenosa de Cresna, cerca de Valdaruk. La examinaron cuidadosamente, tomaron nota de una serie de símbolos y de numerales contenidos en el predictor de sistemas de vuelo, en la dimensión curva, y volvieron con toda urgencia al Cuartel General de la policía, de la ciudad. Con aquellos dar tos, hicieron los cálculos correspondientes y establecieron el vuelo a. través de la Galaxia. Y descubrieron la región, hacia donde el navío robado se hallaba preparado para desplazarse, si conseguían escapar de la superficie de Cresna: ¡el sistema de la estrella Tybor, la azarosa región de La Vorágine!

Karla, en un momento de inconsciencia, debido a 1a- urgencia del caso, había hecho el juego a la policía del Imperio, dejando impresa en el predictor electrónico de la nave, la ruta espacial a seguir, cuyos datos le habían sido suministrados telepáticamente por los hermanos de La Vorágine, al abandonar tan rápidamente aquella nave y saltar a la otra, en la que había sido rescatada por Kain y ‘Lell. Y los sistemas de comunicación intergaláctica del Imperio, empezaron a comunicar a todos los mundos y sistemas solares del Nuevo Imperio:

—...Atención... atención... Vigilen el sistema de Tybor... sabemos que los fugitivos mutantes se dirigen hacia el sistema de Tybor... no dejen la alerta, por si emergen del vuelo en dimensión curva...

Aquella información llegó a las manos de Scudderman, que acababa de completar la inspección de la flota de persecución, autorizada por el Imperio Central. La flota, estaba a punto de despegar hacia el sistema de Deeva y al planeta Cresna, como punto de partida, para la búsqueda de los mutantes. Pero antes de llegar a las manos del Comandante, la información fue captada por los llamados Mutantes Leales, que trabajaban en el Centro de Comunicaciones del Imperio. Y un mutante, había transmitido al misterioso Oix:

—Imperio cree que los mutantes fugitivos apuntan al sistema Tybor. Están preparando una flota poderosa para ser concentrada alrededor de ese sistema, proponiéndose acecharlos para cuando salgan del vuelo en dimensión curva...

Y poco después, en un pequeño edificio de baja estructura en Oix, los

miembros destacados del verdadero corazón de la Liga Mutante, en un esfuerzo concentrado de poderes supernormales, enviaban conjuntamente un mensaje telepático a los Jefes de la Liga Mutante, en las lejanías de La Vorágine, Su mensaje llegó débil; pero insistente:

—Informen a mutantes fugitivos Imperio, que les acechan en Tybor para cuando abandonen vuele dimensión curva... informen a mutantes... infórmenles del peligro... infórmenles del peligro...

Los mutantes del primer grado del interior de La Vorágine, tuvieron conocimiento del urgente mensaje. Pero se hallaban incapaces de actuar, mientra» el navío estelar robado a la policía permaneciese en cualquier punto del espacio cósmico dentro de la dimensión curva. Ninguna mente tenía suficiente poder telepático en el área de La Vorágine, que pudiese tomar contacto con mentes que se encontrasen fuera del tiempo y el espacio.

CAPITULO XII

Pagaron muchas horas en el vuelo de la dimensión curva, durante las cuales el trío mutante fugitivo, discutió sus respectivos papeles de acción. No tenían otro remedio que llegar con éxito y sumergirse en La Vorágine, con la fórmula del vuelo en dimensión curva, almacenado en las profundas regiones de la memoria de los cerebros de Karla y Kain; pero existía el grave problema de encontrar un punto de partida en el sistema de Tybor, para lanzarse desde allí hacia La Vorágine en la dimensión curva. Pero aquello suponía, necesariamente, emerger de tal estado de vuelo, fuera del tiempo y el espacio, localizar su posición referida a un punto conocido de la carta estelar, y hacer los cálculos necesarios desde aquel punto, para el asalto final a la vastedad cósmica de La Vorágine.

Pero los tres mutantes, sabían que lo sucedido en Cresna, había desatado la ira del Imperio y que toda una flota de naves hostiles, les estarían esperando allí, precisamente, para caer sobre ellos, en el momento de salir del vuelo en dimensión curva.

Además existía la urgencia absoluta de la falta de agua. Si la nave tenía que conducirles a un largo viaje estelar, habría que encontrar un planeta oxigenado con buena atmósfera y agua pura, a la mayor brevedad posible, y aquella necesidad imprescindible, les tenía que obligar a correr el riesgo de una salida de la dimensión espacio-tiempo, para localizar un planeta en donde recostar los tanques de agua.

El primer intento fue inútil y les puso el pelo de punta. Karla, al control de la nave, sacó a la nave de la dimensión curva, e inmediatamente un dispositivo automáíico, estableció una alarma general. Sobre la pantalla visora de la nave, apareció primeramente un verdadero caos de luces rojas, amarillas y blancas, y en seguida el localizador automático de memoria electrónica, mostró en grandes letras el siguiente anuncio:

—¡ALEJARSE! ¡SISTEMA ALTAMENTE PELIGROSO! ¡SISTEMA DE ESCORPIA! ¡FORMACIONES GASEOSAS Y PLAMIGENAS! ¡ALEJARSE!

En el preciso momento en que la nave abandonaba la dimensión espacio-tiempo, en aquel ardiente sistema de Escarpia, el interior de la cabina se llenó casi instantáneamente de un calor sofocante. La nave parecía una mota metálica dentro de un horno encendido. Kain observó el súbito terror pintado en las facciones de Karla y de Lell. Se dirigió súbitamente hacia los controles de dimensión curva nuevamente, en fracciones de segundo y puso nuevamente la nave en la tranquila situación, carente de todo ruido del vuelo en la dimensión curva, fuera del espacio-tiempo. Kain cayó casi sin sentido sobre los controles de la nave, con el rostro bañado de sudor. Las jóvenes estaban desplomadas sobre sus literas do aceleración respirando sofocadamente y exhalando suspiros de alivio a los pocos instantes.

Escorpia estaba señalado por los viajeros estelares, como el lugar más parecido al propio infierno. Era un sistema solar ardiente, llameante, caótico, una infernal explosión química de terribles protuberancias que alcanzaban miles de millas de altura sobre aquel sol gaseoso, seguramente en vías de formación cosmogónica, arrojando chispas ardientes tan grandes como los navíos espaciales de las antiguas generaciones.

La nave espacial que conducía en su seno al trío mutante, había permanecido dentro y milagrosamente había escapado.

Cuando los mutantes recobraron el aliento y una confortable temperatura ambiente, lejos del pasado y momentáneo infierno, decidieron no hacer ningún comentario de la experiencia sufrida. Pasaron algunas horas más, dentro del desplazamiento cósmico de dimensión curva, hasta volver a intentar de nuevo, una segunda aventura. Esta vez, la cosa fue mucho mejor.

La nave hizo la transición al espacio-tiempo, emergiendo cuidadosamente dentro de otro sistema solar, dominado por una estrella de color limón pálido. El localizador avisó sobre la pantalla;

«SISTEMA DE JULIO UMBOKWE. CINCO PLANETAS : UMBOKWE UNO: ATMOSFERA DE METANO Y AMONIO; INHABITABLE, UMBOKWE DOS, IDENTICAS CONDICIONES, UMBOKWE TRES, OXIGENADO Y FERTIL, CON GUARNI-/OIONES DE POLICIA IMPERIAL, UMBOKWE CUATRO: OXIGENO, ALTA CIVILIZACION, CIUDADES, GUARNICIONES, PODEROSA INDUSTRIA, UMBOKWE CINCO: OXIGENO ESPESA ATMOSFERA, VIGILADO, COLONIZADO A TROZOS».

Kain, Karla y Lell, observaron sin apartar los ojos, los informes que aparecían impresos en brillantes letras en el localizador de memoria electrónica en la gran pantalla radiante de la cabina. Ahora estaban dentro de un sistema solar, que había sido antiguamente colonizado, bajo el viejo imperio, y que llevaba el nombre del colonizador sideral de generaciones pretéritas. Los planetas con guarniciones de policía presentaban un azar discutible y digno de tenerse en cuenta. Kain apuntó hacia Umbokwe cinco, un planeta casi envuelto por espesas nubes claramente distinguible desde la pantalla televisora.

—Aquí tenemos nuestro objetivo —determinó Kain—. Está rodeado de espesas nubes y apenas colonizado, por tanto, la guarnición policíaca del Imperio, debe ser muy pequeña. Tiene que tener agua en abundancia y allí deberemos tomar tierra a través de esa espesa atmósfera sin ser vistos.

Se dirigieron rectamente a través del sistema, en derechura al planeta Umbokwe cinco, en permanente alerta y con el constante temor de ver aparecer en la pantalla sus mortales enemigos.

Lell, la ex-esclava de Cresna, tenía la aguda inteligencia de un mutante de segundo grado; pero había nacido en un planeta remoto y tenía la reducida educación ambiental propia de quien ha sido guardado como un utensilio, la mayor parte de su vida. Para ella, la extensión de los sistemas, con sus solea y

planetas tenia un poder mágico mucho mayor que la de los chamanes y brujos de algunas de las tribus más salvajes de Cresna. Estaba maravillada, sin quitar la vista de la gran pantalla a la que miraba fascinada, como un niño hechizado, Kain y Karla volvieron toda, su atención a la carta estelar de la Galaxia.

Tras unos momentos, Kain se dirigió a la cresniana:

—Lell, mira atentamente esta pantalla y avísanos si ves algo que se parezca a un rebaño de naves del Imperio.

La joven se prestó encantada a colaborar con ellos y Kain y Karla se ocuparon del sistema de Julio Umbokwe. Anotaron, que desde Tybor, había ocho sistemas más, una incalculable distancia en años luz, únicamente alcanzable por medio del desarrollo tecnológico del Nuevo Imperio: el vuelo en la dimensión curva, fuera del continuo espacio-tiempo.

Como cosa curiosa, observaron que no se advertía navío espacial enemigo que formara el comité de bienvenida al robado aparato estelar de la policía, mientras se zambullía dentro del sistema, como una abeja zumbando dentro de la espesa envoltura gaseosa del planeta Umbokwe 5. Kain tuvo el buen cuidado de comprobar que el cañón de grueso calibre que tenía la nave en una torreta en lo alto del morro, se hallaba debidamente cargado y a punto de hacer fuego con él. Kain y Karla continuaron consultando la carta estelar, con cierta nerviosidad, pendientes de oír el aviso de Lell, para el caso do que avisara la presencia del enemigo en sus proximidades.

La mutante de primer grado, trazó una línea ideal con el dedo a través del enorme espacio vacío cósmico, lleno de estrellas y mundos, impresos brillantemente sobre la carta estelar, que se destacaban contra un fondo negro aterciopelado, indicando el lejano lugar de La Vorágine, señalada con avisos de peligro mortal, por los autores del mapa.

—Si sólo tuviéramos que hacer un sólo vuelo para lanzarnos dentro de ella... —se lamentó Karla—. En Cresna sí estábamos dispuestos, cuando yo deposité la fórmula de dirección curva en el mecanismo de la nave. Los mutantes de La Vorágine tienen algún conocimiento del mecanismo del vuelo de la dimensión curva fuera del continuo espacio-tiempo, gracias a la constante información enviada por nuestros hermanos de Oix. Pero !a fórmula completa para viajar al margen del continuo espacio-tiempo, no está aún en su poder, en los Laboratorios Centrales, hasta conseguirla compleja. —Karla agitó una mano contra la carta estelar, con un gesto irritado—. Esto parecería una broma «si no dependiera tanto del asunto, Kain. En el interior de La Vorágine, no están en posesión de la fórmula; pero tienen un conocimiento bastante superficial de los trabajos del vuelo de la dimensión curva, para, estar en condiciones de intentar vuelos en esa formo.

—¡Usted y yo tenemos la fórmula encerrada en las zonas profundas de nuestra memoria.; pero carecemos de la experiencia de navegación, estelar, para conocer cómo debemos emplear el sistema- en nuestro propio provecho!

Kain biso un gesto sombrío de asentimiento a las palabras de Karla. Hasta entonces, ellos habían empleado el sistema, en breves períodos, para escapar

de la captura de sus enemigos, fuera del continuo espacio-tiempo, y permanecer escondidos; pero no sabían cómo emplear aquel maravilloso sistema de vuelo en la dimensión curva, para el propósito para el cual se había desarrollado: conseguir el rápido desplazamiento hacia un punto dado de la Galaxia.

Tal y como se hallaban, sólo podrían lanzarse en la dimensión curva ciegamente fuera de la red de sistemas solares de la Galaxia, hasta hacerse viejos en el navío estelar, sin haber alcanzado el puerto seguro de La Vorágine. Era mucho más probable, que de aquella forma, fueran reducidos a átomos dentro de las inmediaciones del sistema Tybor por la flota de Escario, o dar con sus huesos dentro de aquel espantoso sistema, en cuanto diesen un paso en falso, tal como les había ocurrido al aparecer dentro del flamígero sistema de Escorpia.

Entre tanto, allí estaba el problema momentáneo de adentrarse en el planeta Umbokwe 5 hacia el cual se dirigían. Kain pensó que aquello era como la calma que precede a la tempestad v no le gustaba en absoluto. El navío estelar se deslizó suavemente dentro de la atmósfera pesada del planeta, vigilado por la policía del Imperio v que aparecía claramente visible en la pantalla, de la nave. Empezó Inmediatamente a atravesar las primeras franjas nubosas del Planeta.

Finalmente surgió en la atmósfera interior del planeta v el trío mutante, se apresuró a acomodarse en las literas de aceleración. La pantalla sólo mostraba canas de nubes corrientes. Con los nervios en tensión. Kain aguardaba el momento de aparecer la superficie ignorando lo que allí podría esperarles. Era un intento desesperado y necesario en busca, de agua. Y era prácticamente meterse en la boca del lobo, ya que sería muy difícil escapar a la vigilancia próxima o lejana de las guarniciones de la policía del Umbokwe 5, fiel al Imperio.

Con un suspiro de alivio, Kain observó en la pantalla, cómo disminuían las nubes y la rápida aproximación del planeta, del cual ya podía observar su redondez recortándose contra el obscuro cielo cósmico. Bajo la nave se extendía una inmensa planicie. Aquí y allá, aparecían franjas frondosas de árboles diseminadas en un área enorme de millares de millas, pero no se advertía ninguna ciudad ni signo de habitabilidad humana. La nave tomó 'finalmente tierra, en la espesa arcilla de la llanura, deteniéndose definitivamente entre los velos de niebla de un terreno poblado de finos árboles.

—El lugar parece bastante fértil —comentó Kain, considerando la neblinosa imagen que les mostraba la pantalla de la nave-—. Debe haber agua en abundancia y fácil de encontrar.

Karla se hallaba en una actitud tensa y expectante y Lell comprendió que se hallaba detectando, con sus extraordinarios poderes mentales supero orinales de primer grado, los alrededores de la nave. Kain y Lell aguardaron en silencio hasta que Karla hizo una inspección mental de toda el área

circundante, deteniéndose especialmente en la dirección a donde apuntaban los esbeltos alerones de cola de la nave. Debía ser una sutil percepción, indetectable para las mentes inferiores de Kain y Lell.

—Hay agua en esa dirección —confirmó Karla con seguridad—. No está demasiado lejos y la hay en abundancia.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Kain sorprendido. , .

—Hay animales que están bebiendo en un gran manantial. Estoy percibiendo una emanación telepática de esos animales, como si existiera un gran rebaño de ciertas bestias de este planeta. El conjunto de imágenes del agua y la satisfacción de aplacar la sed, son muy fuertes —concluyó Karla.

Kain dejó escapar un suspiro de gratitud por las extraordinarias facultades supernormales de Karla, capaces incluso de detectar las primitivas reacciones mentales del reino animal. Se dirigió hacia el almacén de la nave, volviendo con un pesado tanque de agua y un rifle de rayos desintegrantes, que encontró entre la provisión de armas de la policía, en un departamento especial de la nave.

—Un rebaño de animales, implica la presencia de pastores o conductores de ganado, de alguna especie —insinuó Kain al entrar de nuevo en la cabina de control—. Si se produce algún jaleo no podré desenvolverme sin un arma en condiciones.

—No, los animales parecen hallarse en libertad —repuso Karla con un gesto—, probablemente en estado selvático. Si hubiese entre ellos algún ser de elevada inteligencia, sus procesos mentales me harían sido revelados, por encima de los balbuceos mentales de lo animales. Y tales balbuceos primitivos, los recibo sin ninguna interferencia.

A pesar de todo, Kain se colgó del hombro el arma, mientras se dirigía hacia la escotilla de salida, con el gran taque de agua, en busca del precioso líquido. Las dos chicas le acompañaron a la salida.

—Estaremos en comunicación telepática. Avísenos si observa alguna señal peligrosa.

Lell le despidió con la mano, mientras se recogía su túnica bastante deteriorada por los sufrimientos pasados en Cresna y últimamente en aquella horrible aventura de El Límite.

—No corras riesgos inútiles, Kain —le advirtió con interés—. No me gusta este lugar. Las cosas parecen demasiado buenas, para ser de verdad.

En la voz de Lell había un matiz de temor hacia lo que pudiera ocurrirle, fuera de lo normal. Esto hizo que Kain, por primera vez, desde que la había conocido, la mirara con verdadero interés. Hasta entonces, se había despreocupado totalmente de ella, considerándola simplemente como la tercera persona del grupo de desesperados fugitivos que formaban a través de la Galaxia. Ella les acompañaba como una criatura procedente de un remoto planeta primitivo y aparecía sencilla, sin el menor sofisticado. Pero entonces, en el umbral de la escotilla, de acceso a la nave, Kain le dirigió una mirada intensa por primera vez. Y en el preciso momento en que ella se volvía hacia

el interior, Kain observó en los ojos de Lell algo que le hizo estremecerse profundamente. Había algo en las bellas facciones de la muchacha y en el brillo de sus hermosos ojos obscuros, que Kain percibió en lo más íntimo de todo su ser.

—¡Diablos! —se dijo a sí mismo—. ¡Esta chica me ha llegado muy adentro!

Ya en el terreno firme del planeta, mientras se alejaba de la nave, vio cómo Karla, ponía un cariñoso abrazo alrededor de los hombros de Lell y le dirigía a guisa de despedida, la supersabia sonrisa de una mutante de primer grado.

* * * *

Kain encontró el agua después de haber andado una media hora, en dirección hacia la parte posterior de la nave. Unos retazos ele fría niebla le azotaban el rostro, mientras sus pies se hundían en la viscosa arcilla del terreno húmedo. Se aproximó con precaución al manantial envuelto por la niebla, teniendo siempre a mano el rifle, mientras sostenía colgado del hombro el depósito metálico para el agua, manteniendo la vista agudamente escrutadora a través de la niebla que le rodeaba.

Se adentró en un boscaje de esbeltos árboles, sin encontrar todavía Signos visibles de la fuente que buscaba, siempre envuelto por un completo silencio v las tufaradas de la fría niebla.

Karla le envió un mensaje telepático:

—¡Continúe adelante, Kain, se encuentra usted muy cerca del agua! ¡Sus pensamientos y los balbuceos de los animales se hallan muy próximos!

Kain cerró sus bloques mentales voluntarios, para alejarse de la introspección de Karla, porque deseaba pensar especialmente en Lell. Le agradó pensar que sus pensamientos estuviesen abiertos para la joven ex-esclava de Cresna. que se había adentrado en su corazón, cuando él se había dicho tantas veces a sí mismo que se consideraba un bloque de granito, insensible a cualquier sentimiento amoroso.

Kain continuó unos momentos más hacia adelante, pensando ahora sólo en su proyecto urgentísimo de hallar el agua.

Y súbitamente dio con ella. Era un manantial que brotaba de una pequeña protuberancia rocosa, en medio del bosque, deslizándose a través de un canal abierto en el terreno arcilloso, a través de Dios sabe cuántos años. Kain estuvo casi a punto de caer sobre él, antes de descubrir su presencia Al mismo tiempo escuchó el sordo rumor de un tropel de animales fugitivos a través de la niebla, sin ver bien sus formas peludas con largas colas agitándose en la huida, lejos del manantial. Parecían tímidas criaturas vivientes de aquel planeta, huidizas y poco disnuestas a atacar a nadie. Eran como enormes roedores aunque sin la repulsiva apariencia del género de las ratas a que parecían asemejarse, aunque de un tamaño enormemente mayor.

El agua era clara como el cristal, discurriendo en un murmullo cantarino por encima del lecho rocoso blanqueado que servía de cauce al nacimiento. Se agachó y con las manos juntas, la probó Era pura y fresca, de excelente sabor.

Llenó el depósito, se lo echó a la espalda y tomó la dirección de regreso.

Durante todo el tiempo de aquella expedición no había dejado de estar alerta al silbido especial de los aparatos rápidos de la policía espacial, o mediante de algún otro sonido o voz extraña. No oyó ni una cosa ni otra, hasta que divisó nuevamente el bulto metálico de la nave. Sin embargo no tenía todas consigo. Aquél era un planeta con vigilancia da la policía de! imperio, v la policía debería hallarse advertida de algún modo. Pero ellos parecían haber tomado tierra en Umbokwe 5, y nada había ocurrido.

Pero se engañaba.

Algo había ocurrido desde el momento en que atravesaron las capas atmosféricas de Umbokwe 5, y ello había ocurrido en la guarnición de la policía destacada a unas cien millas de la planicie desierta, en que habían aterrizado. En aquel lugar, la alarma había sonado y rápidamente se había enviado un mensaje desde un pequeño aparato da patrulla, provisto de un amplia instalación de radar. Los operadores de la nave policíaca, transmitieron al destacamento de la policía del Imperio:

—«NAVE QUE CORRESPONDE A LA DESCRIPCION DE LA QUE TRANSPORTA MUTANTES FUGITIVOS ESTA ATERRIZANDO EN UNA LLANURA DE LA REGION CENTRAL ENTREN EN ACCION».

Desde el Cuartel General de la -policía, allá abajo, retornó inmediatamente este otro mensaje:

—NO HABIENDO NAVES POLICIA SOBRE REGION ESPECIFICADA. APARATO LOCALIZADO SOLO PUEDE SER EL QUE SE BUSCA. INFORME DE SU EXACTA POSICION Y VUELVA A LA BASE.

Un oficial del destacamento de Umbokwe 5, había ordenado la salida de una flota espacial de naves ligeras a vigilar el espacio exterior con una misión de exploración, precisamente' como coordinación al plan general de la búsqueda de los fugitivos, según instrucciones generales dadas a todo el Imperio por Scudderman, y el último navío había sido el que acababa de informar. Inmediatamente, fue enviada a los espacios siderales, otra comunicación cósmica, destinada a las propias manos de Scudderman;

—HEMOS LOCALIZADO SU PRESA EN SISTEMA JÜLIO UMBOKWE DONDE SE HAN DETENIDO PARA ABASTECIMIENTO DE AGUA COMO UNIDA RAZON POSIBLE. SI HAN APUNTADO HACIA SISTEMA TYBOR ESTEN PREPARADOS PARA RECIBIRLOS. VAMOS A EMPUJARLOS HACIA SUS MANOS.

El oficial de guardia dio una orden urgente, y una pequeña flota de seis aparatos ligeros de asalto, se lanzaron hacia el espacio exterior, fuera de la espesa envoltura gaseosa del Umbokwe.

* * * *

En las profundidades de La Vorágine, un grupo de mutantes de primer grado, reuniendo sus poderes supernormales, buscaron las mentes lejanas de sus hermanos en los mundos pertenecientes al Imperio estelar de Escario.

Primeramente habían instruido a Karla Morton, con el cálculo necesario para dirigirse, por medio del vuelo en dimensión curva, desde el planeta Cresna hasta La Vorágine, debiendo alcanzar primero el sistema de Tybor, como punto de referencia preliminar. Habían perdido el contacto con Karla; pero a causa de la proximidad del sistema de Tybor con La Vorágine, el volver a la toma de contacto sería muy fácil, cuando el navío estelar emergiese fuera de la dimensión curva, en el sistema Tybor. Los mutantes del interior de la fortaleza de La Vorágine, calcularían el momento en el que la nave cósmica de los mutantes hiciese la transición de vuelo. Pero no pudieron tomar contacto con Karla. En vista de ello, decidieron intentar el contacto con mentes no mutantes. Y hallaron las mentes de personas disciplinadas y ocupadas en destruirles en el vacío entre los mundos del sistema de Tybor. ¡ Las mentes de la policía del imperio con una gran flota en espera de abatirlas en cuanto surgieran fuera de la dimensión curva, los tres mutantes fugitivos!

Una urgente ola de alarma se esparció a través de los mundos de la transVorágine, hacia todos los mutantes hermanos diseminados por ellos. La policía del Imperio se hallaba a la espera con un frío cálculo de frío de muerte y de destrucción. Entre el sistema de Tybor, la policía de Escario, estaba apostada como perros de presa para emplearse, sin piedad, en la captura y la muerte del trío fugitivo.

En cualquier punto del espacio, entre los sistemas de Deeva y Tybor, la mente altamente sensible de Karla Morton, había perdido contacto con toda la familia mutante y con los jefes de la Liga, tras la cortina de La Vorágine. Los mutantes de transVorágine habían fallado sus cálculos en el: tiempo de aparecer los tres fugitivos fuera de la dimensión curva, a pesar del preciso cálculo hecho para tal propósito. El navío no había aparecido en parte alguna. Si se había extraviado en su vuelo de dimensión curva, no habría esperanza de poder establecer contacto con Karla, ya que la potencia telepática de ninguno de ellos era capaz de poder hacerlo, fuera del continuo espacio-tiempo.

Había, sin embargo, una oportunidad, según pensaron los jefes mutantes y consistía en que el navío estelar de los fugitivos, hubiera irrumpido en algún lugar existente, en medio de alguno de los ocho sistemas estelares que se hallaban entre Deeva y Tybor.

Sumando sus esfuerzos, otros poderosos grupos de mutantes se fueron reuniendo urgentemente, enviando cada uno de ellos sus potentísimas llamadas telepáticas en todas las direcciones de aquellos sistemas solares, lanzando incesantemente su mensaje entre aquellos mundos y la calma del espacio vacío interestelar. Una y otra vez, los mensajes supernormales atravesaban el vacío cósmico en las profundidades de la Galaxia:

—¡Karla Morton! Conteste... ¡Cuidado con el enemigo que acecha en Tybor! ¡ Karla Morton, con teste...! Responda, Karla... Responda... Responda.,

* * * *

El navío que portaba en su interior a Karla, Kain y Lell, saltó fuera de la

espesa capa de nubes del planeta Umbokwe 5, dejando tras sí una delgada traza de humo condensado de sus reactores, a través de la pesada atmósfera de aquel mundo, hasta saltar al vacío cósmico. Kain se felicitaba a sí mismo por el éxito de aquella salida, a la cara del propio enemigo. Pero felizmente, el propósito se había cumplido con el aprovisionamiento de agua y la salida del planeta, sin la menor perturbación. Pero, cuando de pronto, dirigió una mirada al panorama general del planeta que acababan de abandonar, a través de la pantalla visora de la nave, comprendió que se había felicitado demasiado pronto...

Visiblemente, una concentración trazos blancos que surcaban el espacio en su persecución, apareció ante sus ojos, en un punto, tras su nave. Se crispó instantáneamente y en un segundo pudo apreciar que la flota perseguidora se abría en abanico tratando de encerrarlos en un círculo de muerte.

Kain, comprendió amargamente que la policía del Imperio, les había dejado aterrizar y que había usado la cabeza, suponiendo acertadamente que la toma de tierra no podría ser sino por razones urgentes de repostar agua. Y en lugar de intentar cualquier acción contra el solitario navío de los mutantes, en un planeta brumoso y de mala visibilidad, la policía había preferido salirles al encuentro en un terreno más seguro... ¡Y allí estaban, surcando el espacio tras el navío fuera de la ley, con su más claro propósito de venganza!

Kain comprendió fríamente, al comprobar que la flota atacante se componía de una media docena de naves rápidas, que era llegado el momento de volver de nuevo al estado de vuelo en dimensión curva. ¡No había otra escapatoria!

En la nave del jefe de la flota atacante, un oficial examinaba fijamente el trazo de !a nave solitaria, que se mostraba claramente en su pantalla visera.

—¡Todo va bien! —dijo a un oficial compañero, con una clara muestra de satisfacción en sus facciones—. Ahora, si realmente se dirigen hacia Tybor, como se nos ha informado, esperemos que se lancen al vuelo en dimensión curva para caer de pleno dentro de la zona que vigila el comandante Scudderman. Ordene a la flota que rodee la nave fugitiva y que disparen sobre ella unos cuantos cañones para obligarles al efecto deseado!

En el desesperado navío estelar de los fugitivos, Kain se dirigió hacia los controles de la dimensión curva. De no llevar a bordo a las dos mujeres, él habría intentado un último golpe de fuerza utilizando el cañón de la torreta. La dimensión curva proporcionaba un fácil medio de evasión; pero en cambio caerían en la ceguera absoluta, sin la menor posibilidad de planear un vuelo directo hacia la región de destino. En un caso o en otro, cualquier solución parecía desesperada, ya que de volver de nuevo a la dimensión curva, significarla extraviarse, caer dentro de otro infierno como el de Escorpia o emerger en las garras de Scudderman.

Karla se hallaba en el paso, al dirigirse hacia los controles de la dimensión curva, con una extraña iluminación en su bello rostro y la cabeza en posición de escucha.

—¡Kain! ¡Espere! —ordenó Karla—. Hay algo que viene hacia mi mente, algo difuso; pero que intenta tomar contacto conmigo...

El navío dio un terrible bandazo y Lell estuvo a punto de caer al suelo, trastornada por el súbito balanceo de la nave. Kain soltó una maldición contra el Nuevo Imperio de Escario Gundaarson, y se aferró al banco de la carta estelar para sostenerse.

—¡Nos están disparando! —gritó Kain—, Karla, si no deseamos convertimos en átomos, hemos de volver a la posición de vuelo en dimensión curva.

Karla permanecía inmóvil y concentrada, sosteniéndose fuertemente apoyada con las manos en una palanca de la nave. Otro nuevo disparo y un terrible y peligroso nuevo bandazo de la nave.

—¡No, Kain! ¡El mensaje está llegando...! ¡Viene de La Vorágine!

Dificultosamente al principio y más intenso después, el mensaje telepático llegó claramente a la mente superdotada de Karla Morton.

—Karla Morton, contesta! ¡Cuidado, el enemigo está esperando en Tybor! ¡Contesta... contesta... contesta...

Karla repuso rápidamente:

—Estamos en el sistema de Julio Umbokwe, región del planeta número 5. Nos está atacando una flota del Imperio y no tenemos la fórmula para llegar a Tybor desde aquí en vuelo de dimensión curva... Por favor, envíenmela... urgente... envíen fórmula...

Otro cañonazo y otro iban siendo disparados por la flota atacante que tan de cerca les perseguía. Las naves del Imperio enviaban sus disparos en rápida sucesión, calculando sus tiros de forma que sólo afectasen al casco exterior de la nave fugitiva, sin que pudiera abatirla o producirle un daño irreparable. Dentro de la nave de los mutantes, éstos, rodaban de un lado a otro, sacudidos como por un terrible terremoto. Una llamada de coraje y de furia incontenida afloró a las facciones de Kain. Karla luchaba por mantenerse en pie y continuaba envuelta por el distante y telepático mensaje de sus hermanos mutantes de las lejanas estrellas. Como una aguja neural profunda, proveniente de la Galaxia y lanzada hacia las regiones hipersensibles de su cerebro, llegó una respuesta: —La fórmula para el vuelo en dimensión curva hasta Tybor está llegando... ¡Pero mucho cuidado, la flota del Nuevo Imperio está en acecho en el sistema de Tybor, expresamente esperando a que ustedes salgan fuera y se muestren en el continuo espacio-tiempo...!

Otro disparo, más fuerte que los anteriores, alcanzó a la nave fugitiva. Las luces vacilaron por la fuerza del impacto y la nave se conmovió, balanceándose furiosamente como si estuviera en el centro de una tormenta en el mar. Kain y Lell, con los ojos dilatados de espanto, yacían arrojados en mitad del suelo de la cabina, mientras que Karla continuaba fanáticamente asida a la palanca para sostenerse en pie y en trance telepático.

—¡Karla! —gritó Kain desesperadamente—. ¡Voy a lanzar a la nave en dimensión curva! ¡No voy a permitir que esa canalla juegue con nosotros al

ratón y al gato y nos alcancen y reduzcan a la nada!

—¡¡No!! —respondió nuevamente Karla, volviendo la cabeza hacia Kain y rehusando terminantemente acceder a su objeción—. ¡No. Kain! Estoy en contacto con La Vorágine! Están suministrándome la fórmula que nos guiará hasta Tybor. Si nos desvanecemos en la dimensión curva, perderemos el contacto con ellos y no podemos arriesgarnos, ya que quizá no pudiésemos hacerlo jamás de nuevo.

La nave volvió a conmoverse, con otro nuevo disparo. La flota de la policía, irritada por el fracaso de no poder conseguir que la nave fugitiva pusiera su vuelo en dimensión curva, empujándoles hacia Tybor, donde se les esperaba por la gran flota del comandante Scudderman, como un lobo acecha a una oveja, empezó a incrementar su presión atenazante contra ella. Se aproximaron mucho más y comenzó un fuego más graneado.

Las luces vacilaban intermitentemente en sus tubos, la cabina se conmovía en un constante terremoto y los ocupantes se aferraban a cualquier cosa que les ofreciera un punto de apoyo. Con gran dificultad Kain pudo ponerse en pié, después de haber caído rodando con un terrible golpe sobre las planchas metálicas del suelo de la cabina. Furioso se dirigió nuevamente y con toda decisión a manejar los mecanismos de la dimensión curva. Pero dentro de su cerebro surgió como una luz blanquísima que le retuvo paralizado.

—¡No! ¡Deje la dimensión curva, Kain! —le ordenó enérgicamente Karla por telepatía, y su mensaje resonaba como una campana de metal dentro de su cráneo—, ¡Apártese de la dimensión curva! ¡Guando lo hagamos será para ir directamente hacia Tybor!

Kain salió de su momentáneo estado de parálisis y sacudió la cabeza para aclararse sus ideas. La cabina se conmovía nuevamente, las luces estaban a punto de saltar de sus tubos y el casco exterior de la nave estaba constantemente batido por los disparos de la policía. Vio a Karla casi de una forma grotesca, con su pose de escucha telepática con su capa rojo-vino bordada de plata v sus desordenados cabellos dorados, lo que le indicaba que permanecía en contacto telepático lejano con La Vorágine.

Y se fijó en Lell, en cuyos ojos negros se pintaba el más negro terror. Kain sintió una viva compasión por la pobre chica dé! planeta Cresna. Aún los terrores del Límite, aquel maldito lugar de! planeta en estado primitivo, cuna de la joven cresniana, no tenían comparación con aquella insufrible situación de encontrarse convertidos en la diana de toda una flota de enemigos irreconciliables, en las profundidades del espacio, no teniendo otro refugio que el reducido espacio claustrofóbico de la cabina de aquella nave. Aquello era espantoso y nuevo para ella. Allí, Lell no podía correr y buscar salvación en cualquier parte de la tierra firme de su mundo.

Kain hizo otro nuevo intento de alcanzar los controles de la dimensión curva, interponiendo su estatura a través de la cabina que se bamboleaba en una espantosa danza.

—¡Pondré la nave en dimensión curva, aunque sea la última cosa que haga

en mi vida! —rugió enfurecido.

—¡No, Kain! ¡Le insisto en que no lo haga! —le ordenó severamente la mente de Karla. Y de nuevo se sintió medio paralizado, mientras en el interior de su cerebro se encendía una poderosa luz blanca y cegadora, sonando la orden con un metálico tintineo.

—Karla, sea razonable —suplicó Kain telepáticamente.

—¡Lo soy! —le ordenó fríamente—. Por favor, no me moleste más.

Kain permaneció rígido hasta que los efectos de la parálisis, le dejaron en libertad de movimientos. Otro terrible impacto conmovió a la nave, haciéndole estremecerse y saltar, por el tremendo bamboleo de las planchas metálicas bajo sus pies. Comprendió que cada vez que lo intentara, Karla se lo impediría telepáticamente y lo tendría bajo su poderosa fuerza mental, a su merced. Con los puños cerrados y loco de rabia, salió de la cabina.

Se dirigió a pasos rápidos hacia la escalera estrecha de acceso a la torreta del morro de la nave. En la torreta, escupiendo furia contra el Nuevo Imperio, contra sus naves de la policía, contra Karla Morton y su insistencia en mantener aquel navío fuera de la dimensión curva, se lanzó hacia el asiento preparado frente al control del cañón. La tórrela de plástico transparente se arqueaba sobre su cabeza, como un reducto fortificado, al exterior de la superficie del aparato. Diseñada para rápidas y punitivas acciones con que sofocar cualquier acción contra el Nuevo Imperio, se hallaba perfectamente dispuesta para entrar en inmediata acción en cualquier momento dado. El potente cañón ultramoderno, podía hacer fuego desde cualquier ángulo de tiro posible.

Nuevos disparos conmovían nuevamente el casco entero del navío fugitivo y Kain puso en marcha la pantalla de puntería, que se iluminó inmediatamente, mostrándole el área que envolvía la nave en todas direcciones. Con rabia salvaje Kain ajustó el foco" de disparo hacia la flota de la policía que les seguía sin misericordia.

La media docena de naves de asalto de la policía disparaba sin cesar sobre ellos, en una acción permanente de castigo, cuidadosamente planeada y que ellos conocían muy bien porque, en forma de la caza del ratón y el gato. Una furia incontenible afloró a su cerebro.

¡El les daría su merecido y un motivo para acordarse !

Empuñó las barras del disparador y movió la torreta, hasta que dentro de la mirilla teñida en rojo por dos hilos perpendiculares, cayó plenamente como objetivo una de las naves de la policía. Con fría determinación, esperó a que se situara en el centro del punto de mira aquella nave estelar y tiró del disparador. Un chorro de luz, como un rayo azulado, partió del cañón de la torreta hacia el navío estelar, tomado como objetivo. El rayo chocó de plano contra su víctima y salto en pedazos en una explosión, de lo que solo Kain pudo observar el efecto visual, cayendo como un guiñapo descoyuntado en el vacío, rodando sobre si misma.

En la nave de cabeza de la flota del Imperio, el comandante explotó a su

vez en un torrente de juramentos. El esfuerzo de obligar a los mutantes a refugiarse en el vuelo de dimensión curva, para que fuesen a caer en las garras de Scudderman, había sido inútil, y además los mutantes, contestaban luchando y tirando a matar. Ya habían destruido un navío del Imperio: había llegado el momento de cesar en aquella farsa.

El jefe de la patrulla había recibido instrucciones, como todas las patrullas de la policía de los sistemas convergentes en Tybor, de que una flota especial, al mando supremo de Scudderman, esperaba a los mutantes con la orden de capturarlos vivos, debiendo hacer todos los esfuerzos posibles para entregar a los miembros de la Liga Mutante, en manos de aquella fuerza especial. En cumplimiento de tales órdenes, había hecho todo lo posible por conseguirlo; pero los mutantes habían empezado a disparar.

—¡Al diablo con la fuerza especial de Scudderman! —tronó a sus oficiales —. ¡No vamos a dejamos cazar tontamente! ¡Dejad do nacer ti idiota y ni ¿ir a matar, acabemos con ese aparato í

—Pero las órdenes dicen que esos miembros de la Liga, tienen que ser capturados, vivos —protestó uno de los oficiales.

—Ese tipo sabe muy bien cómo manejar un cañón —siguió el comandante —. Es el mutante Kain, y es un experto en armamento. ¡No permitiré que mi nave sea pulverizada, no importa qué ordenes haya, ni lo que digan! ¡Que toda la flotilla se aproxime y le bombardee hasta reducirlo a cenizas!

Darrel Kain no tenía idea de estas órdenes; pero una sensación glacial de terror cayó sobre él, al darse cuenta del efecto de su precipitada acción, contra las naves de la policía. Se había comportado como un estúpido. Sólo era un hombre contra toda una flota, y no tenía la menor posibilidad de batirla. Había abierto el fuego, dejándose arrastrar por la furia y con ello había condenado a Karla, a Lell a él mismo y a toda la causa mutante. No podrían llegar jamás dentro del área de La Vorágine con la preciosa fórmula del vuelo en dimensión curva. Serían reducidos a moléculas allí mismo, dentro del sistema de Julio Umbokwe.

Los aparatos de la policía se mostraban más visibles en la pantalla visora, se dirigían alrededor de su presa despacio; pero con seguridad, fácilmente, apuntando sus armas contra la solitaria nave de los fugitivos...

Repentinamente se oyó un horrísono estremecimiento de toda la estructura de la nave a lo largo y lo ancho de la misma, las luces vacilaron hasta apagarse, parecía como si el navío estelar fuese estremecido por un gigante loco que intentara reducirla a polvo.

Sintió una náusea terrible en su estómago y maldiciendo su loca rabia y su completa estupidez, Darrel Kain, saltó despedido del asiento que ocupaba frente al control del cañón de la nave.

CAPITULO XIV

Kain abrió los ojos y sacudió la cabeza vigorosamente. Todavía se nadaba consciente y pudo percibir primero, un ruido ensordecedor en los oídos, corno el cíe un huracán qué se abate sobre una ciudad abierta. Y en seguida el familiar y fantástico silencio absoluto y total de la nada.

Poco a poco fue comprendiendo que la nave no. había sido reducida a polvo por los disparos de las de la policía. El violento impacto había sido causado por la repentina y no delicada transmisión de vuelo desde el espacio-tiempo, al estado de vuelo en dimensión curva. La nave se hallaba intacta y se desplazaba ahora en la seguridad de la dimensión curva. Karla tuvo que haber realizado tal transmisión de cambio de vuelo a escasos segundos del bombardeo general de la ilota de la policía de Escario.

Sintiéndose empequeñecido y cojeando, Kain hizo el camino de retorno desde la torreta hasta la cabina de control de la nave. Su exaltado temperamento había estado a punto de condenar a muerte a Karla y a Lell y a sí mismo; pero Karla había sabido actuar justo en el último instante.

Entró en la cabina. Karla se hallaba sentada frente a los controles de la dimensión curva con la chica ex esclava de Cresna, junto a ella. La mutante de primer grado, le dirigió una de sus sonrisas encantadoras, que desvaneció instantáneamente avergonzado de haber abandonado la cabina, donde aquella maravillosa mujer había sabido tantas cosas.

—Seguimos nuestro camino hacia Tybor y hacia La Vorágine, Kain —dijo Karla—. La Vorágine consiguió los datos exactos que he puesto en el predictor de la nave. Ahora estamos seguros.

—Con el tiempo exacto —murmuró Kain—. Estaban rodeándonos para acabar con nosotros. Tiraban a matar y abandonaron el juego del ratón y el gato. Hubieran acabado rápidamente con nosotros.

—Ya lo sabía, tenía la mente abierta hacia ellos. Sus pensamientos me llegaron claramente y eran asesinos —concluyó Karla—. Lamento haberle tenido que paralizar duramente, Kain; pero no podía permitirme el riesgo de perder el contacto con La Vorágine, en el preciso momento en que estaba recibiendo la fórmula exacta del vuelo en dimensión . curva hacia ellos. Era una oportunidad entre un millón, y tenía que arriesgar el permanecer en el continuo espacio-tiempo, hasta recibir esas instrucciones.

—No es preciso que se excuse —farfulló Kain—. Mi temperamento estalló estúpidamente y casi he estado a punto de condenar a muerte a todos.

—Diga usted el resto, Karla —urgió Lell—, dígale usted lo que me dijo sobre Tybor.

—Nuestras preocupaciones están lejos de haber terminado, Kain. Nos encontramos en seguridad contra las fuerzas del Imperio, mientras permanezcamos dentro de la dimensión curva; pero los de La Vorágine me han advertido de que hay una enorme fuerza esperándonos a que lleguemos al

sistema de Tybor —informó Karla—. Parece ser que ellos conocen nuestra dirección, por haber encontrado la fórmula de ruta impresa en el predictor de la nave que dejamos abandonada en Cresna. Hay una gran flota espacial aguardándonos, Kain. Está mandada en persona por Scudderman, con la intención de echarnos el guante personalmente a usted y a mí.

—¡Scudderman! —dijo Kain casi escupiendo aquel nombre repugnante y odioso—, ¡el que se regodeó viendo morir torturado a mi hermano Rolf dentro de un traje de fibras nerviosas! Así tendremos que encontrarnos otra vez...

—No será un encuentro muy feliz, Kain —dijo liarla gravemente—. La Vorágine me ha advertido que dispone de una flota de grandes naves, aguardando al otro extremo del vuelo en dimensión curva, y está determinado a capturarnos vivos.

—Lo que ya he hecho una vez con el cañón de la torreta, podré volver a hacerlo —prometió Kain. Aunque en seguida se dio cuenta de que la fanfarronada no convenció ni a Karla ni a Lell.

Interiormente, sintió un miedo mortal de que aquella nave ligera y ya batida por el enemigo, surgiese de nuevo de su estado de vuelo en dimensión curva para abocar al último acto de un catastrófico final.

Transcurrieron muchas horas de tranquilo vuelo, totalmente ausente de ruidos, y ciego, dentro de la calmosa permanencia del desplazamiento cósmico en la dimensión curva, durante las cuales, los tres mutantes, pudieron dormir y descansar. Kain fue finalmente despertado vigorosamente por Karla, sacándole fuera de un pesado sueño poblado de pesadillas, en el cual se veía combatiendo contra todas las fuerzas del Nuevo Imperio, con su cañón solitario. Karla le indicó los controles de la dimensión curva. En el panel de control, un indicador numeral de tres cifras, repiqueteaba rápidamente, con los dígitos cayendo rápidamente en la escala numérica. Cuando la línea de ceros apareciesen la nave surgiría automáticamente de la dimensión curva y seguiría navegando en la dimensión espacio tiempo.

Karla, Lell y Kain acechaban el proceso matemático del dispositivo, viendo pasar los numerales como hipnotizados, al igual que pájaros frente a una serpiente. Cada uno de ellos sabía, que cada chasquido de aquella serie, que se producía sin cesar, les acercaba más y más al sistema de Tybor, donde aguardaba el vengativo comandante Scudderman con toda su horda, dispuesto a devorarlos.

Cero... Cero... Cero...

El susurro de una tufarada de aire silbante rodeó la nave y un estremecimiento general de la estructura, les indicó que se hallaban en el umbral del vuelo normal dentro del continuo espacio-tiempo... y en Tybor. Fascinados, los mutantes dirigieron sus miradas ansiosas hacia la gran pantalla visora apreciando la visión panorámica del sistema en que acababan de entrar, una profunda bóveda negra, salpicada de estrellas, en donde dominaba un sol, comparativamente pequeño, de color rojo. Por encima de la pantalla visora, el localizador de memoria electrónica, dibujó en seguida la

pertinente información: Sistema de Tibor, extremidad de la Galaxia y del Nuevo Imperio Estelar. Atención naves del espacio, cuidado con la oscura zona conocida por La Vorágine... Lell levantó una mano apuntando hacia la pantalla, y en el lugar en que aparecía el espacio ennegrecido contra el vacío bordado de estrellas, una zona que sugería profundidades infinitas.» Estaba inmerso en la oscuridad, y con todo, a pesar de su casi completa negrura, podía apreciarse una especie de movimiento dentro de aquel remolino, como si algo girara en forma de colosal torbellino cósmico.

Entonces, eso es La Vorágine —dijo Lell impresionada-—, da la impresión de ser algo maligno y temible.

—No tan maligno ni tan temible como esos —repuso Karla, apuntando hacia lo que aparecía como Un conjunto de tenues trazos de: lluvia, que se hacían más y más grandes por instantes.

Era la formidable fuerza en misión especial de Scudderman, que se lanzaba contra un trozo de .carnaza.

Karla se dirigió instantáneamente sobre los controles de la nave espacial y en rápidos movimientos, accionando botones y palancas, alteró el curso del aparato para tomar un vuelo directo que les sumergiese en el lejano e inmenso agujero negro de La Vorágine.

Kain permaneció rígido como una estatua con Lell a su lado. La sombría escena, preludio de otra mucho más sombría, que se desarrollaba en la pantalla visora, les tenía agarrotados, como bajo el efecto de una hipnosis profunda. Las naves del Imperio parecían multiplicarse a medida que se iban aproximando. Parecía que había un maligno regodeo en aquella manada furiosa de naves atacantes contra la solitaria nave fugitiva. Se encontraban en la situación de la anterior tragedia, antes de perderse en la dimensión curva; pero multiplicada por diez. Kain no quitaba los ojos de la pantalla visora y conoció la amargura de una desesperación sin límites. No podrían vencer jamás. Les resultaría imposible luchar contra aquel enjambre de naves enemigas.

Se abrieron las compuertas laterales de las grandes naves de asalto y otras auxiliares, mucho más pequeñas comenzaron a desprenderse. Eran rápidas naves de ataque de fácil maniobra, con una pequeña tripulación. Eran usadas para desplazarse de nave a nave, o para abordar a una nave enemiga en caso necesario.

Las patrullas de abordaje se aproximaban rápidamente a la caza de los fugitivos y claramente pe veía el propósito de capturarlos vivos. Kain comprendió que abrir fuego con el cañón de la torreta era empresa totalmente inútil. Serían batidos sin remedio, ahora que habían llegado de tan lejos, con la preciosa fórmula almacenada en sus cerebros, del vuelo de la dimensión curva, hasta el mismo borde de La Vorágine. Y serían vencidos total y definitivamente por el vengativo Scudderman, que a tales horas estaría felicitándose a sí mismo v con su aceitosa sonrisa distendida en su repulsivo rostro semiseco .

—¡No, Kain, no seremos vencidos! —gritó Karla a través de la cabina como un grito de desafío—. Hay un camino para vencerlos.

—¡Cómo! —gritó Kain; incapaz de continuar hablando, como si. la voz no pudiera salirle del cuerpo. Dirigió desesperadamente una mano hacia la pantalla visora de la nave—. ¡Mire esas naves, a cuestión de millas cerca de nosotros! ¡Estamos acabados, Karla y es inútil intentar negarlo...!

Karla le dirigió una mirada que le hizo sentirse agudamente avergonzado de sí mismo, aparentando aquel pánico frente a dos mujeres.

—Sí, hay un camino, Kain —repuso ella calmosamente—, el camino que se usa para confundir a las naves del Imperio que quieren atacar a Oix. Dejen libres sus bloques mentales y usted también, Lell y estarán en contacto con La Vorágine. Ahora estamos lo suficientemente cerca, para que también los mutantes de segundo grado, puedan recibir los mensajes de la transVorágine. Con la ayuda de La Vorágine, daremos a todas esas naves un ataque telepático. ¡Túmbense por el suelo de la cabina y relájense por completo!

Lell y Kain obedecieron inmediatamente, echándose a través del suelo metálico de la cabina. Karla se les aproximó, siguiendo el ejemplo. Kain miró de reojo hacia la pantalla visora y apreció las naves de la policía, cómo aparecían más y más grandes y ostensibles. Sería cuestión de segundos que fuesen abordados, y los perseguidores se hallaban más cerca... más cerca... más cerca.

—¡Ahora, dejen libres todos sus bloques mentales voluntarios! —ordenó Karla telepáticamente, con un agudo impacto en los cerebros de Lell y Kain. Los dos mutantes de segundo grado, dejaron abiertos totalmente sus bloques mentales, que preparaban sus mentes supernormales en perfecta disposición, para la recepción telepática.

Y en el acto, las voces de millares de hermanos, miembros de la Liga Mutante, del profundo reducto cósmico de La Vorágine y de los mundos vecinos, llegaron como un profundo consuelo y con una entonación curiosamente autoritaria:

—¡Estamos con vosotros, Kain y Lell, centenares de nosotros, millares, canalizando nuestro esfuerzo telepático! —cantó un coro argentino de voces, en el interior de sus mentes—: Vamos a dar a esa canalla de las naves del Imperio, todo el terror que vosotros habéis padecido... ¡¡AHORA!!

Acostados sobre las planchas metálicas de la cabina, los mutantes comenzaron a emitir imágenes de terror y pesadilla contra los navíos estelares de la policía. Desde La Vorágine, venía a engrosar su esfuerzo telepático, una colosal fuerza mental telepática, en un fabuloso canal de energía supernormal, irresistible.

En el exterior, las pequeñas naves de abordaje de la policía, se hallaban casi a punto de saltar contra ellos. Y repentinamente, los pilotos vieron, horrorizados, cómo en sus pantallas visoras, la visión del sistema de Tybor, era reemplazada por espantosas imágenes de horror y de pesadilla. Monstruosos bosques de delirio crecían y se entrecruzaban en una danza

infernal. Bestias terribles que rugían, gritos enloquecedores, chillidos, bramidos, imágenes absurdas y fantásticas, ruidos espantosos, chispazos, explosiones horrísonas. Habían desaparecido las estrellas, y toda otra visión de la realidad y un espantoso cuadro de pesadilla estuvo a punto de enloquecer a los pilotos del Imperio. Y entonces, la formidable barrera telepática, comenzó a emitir agujas neurales que alcanzaban de lleno el cerebro de los asaltantes y contra las cuales, eran insuficientes los imperfectos cascos con que se protegían la cabeza. Toda la visión del espacio era entonces una jungla delirante. Las naves se encontraron perdidas en un torbellino de fuerzas invencibles, sumergidas en visiones espantosas de delirio.

Las tripulaciones de las pequeñas naves de abordaje cayeron bajo el efecto de la más espantosa confusión imaginable. Los pilotos empezaron a saltar hacia atrás, en arcos pronunciados, huyendo de aquella jungla horripilante poblada de monstruos, hacia los navíos nodriza. Más allá y entre la flota de las grandes naves del Nuevo Imperio, el comandante Scudderman, observaba la terrible confusión, huyendo de la nave solitaria perseguida, del enjambre de los aparatos de abordaje, como una riada de sardinas batidas por una fuerte corriente.

—¡Rayos y truenos! —rugió Scudderman—, ¿Qué les ocurre a esos imbéciles? ¡Son los únicos que pueden proceder al abordaje de la nave de los mutantes y se vuelven atrás! —dijo a los oficiales superiores que se hallaban a su lado.

Desde el trío mutante recostado sobre las planchas de la cabina, y ayudado por el canal mental supernormal reforzado de millares de mentes poderosas de La Vorágine, aquella colosal fuerza telepática extendía por el vacío sus tentáculos en todas direcciones. Llegó irremisiblemente sobre los grandes navíos estelares del Imperio, agarrotando las mentes de sus ocupantes. Sus víctimas empezaron a sentir los horrores más espantosos, en las regiones de su subconsciente.

Scudderman, oyó el grito terrible de uno de sus oficiales y observó como otro cerraba los ojos, de la visión de la pantalla de la nave. Sus oídos se llenaron de gritos de pánico y el sonido de pisadas que erraban sin rumbo fijo en el interior de la gran nave estelar. Scudderman dirigió sus ojillos de cerdo hacia la pantalla. Se le mostraron rostros sombríos, rostros acusadores, todos aquellos de las víctimas cruelmente torturadas y muertas en el penal de Grazil-Dos, del que él había sido el jefe. Toda la pantalla se hallaba llena de aquellos terribles rostros, apelotonados en la pantalla. Fila tras fila de ojos chispeantes de odio miraban fijamente a Scudderman.

Aquella bestia permaneció impasible e inmóvil, aunque visiblemente atacada por el terror. A su alrededor oficiales y policías se hallaban temblando de un pánico incoercible, cada uno torturado por aquellas imágenes de pesadilla. Y Scudderman reaccionó en un momento violentamente:

—¡No hagáis caso, estúpidos! —gritó—. ¡Recobraos, idiotas, cretinos, sólo es una ilusión! Es sólo una emanación imaginativa de los mutantes. ¡Eso

no existe!

Toda la flota se hallaba en la más espantosa confusión. Algunas naves salieron disparadas sin rumbo fijo, otras volvieron grupas para escapar a aquellos horrores imposibles de soportar y que llenaban por completo todo el espacio del sistema de Tybor. Scudderman barbotaba maldiciones sin cuento y disparaba constantemente órdenes que nadie obedecía, con las tripulaciones sumidas en el pánico más imponente. Su voz falló finalmente, al ser alcanzada su mente por una nueva tanda de agujas neurales que le hirieron de lleno el cerebro. Volvió sus ojos llenos de espanto, a la pantalla visora de la nave insignia. Vio a la nave encerrada por entero en un traje de fibras nerviosas, el instrumento de refinada tortura que él había aplicado tantas veces. La nave estaba sujeta y sometida a tortura. Era como un ente viviente, era como lo que había sido Rolf Kain y tantos otros miembros de. la Liga Mutante, que habían perecido torturados en los trajes de fibras nerviosas de Grazil-Dos. No eran planchas de metal, sino la nave entera transformada en carne viviente, tejidos nerviosos y fibras vivas y él formaba parte de aquel ente viviente, una parte de la cual era incapaz de escapar, como una terminación nerviosa sensitiva de aquel cuerpo:

Scudderman gritó horriblemente una y otra vez y se sintió atenazado por el más lacerante dolor de todas las fibras de su propio cuerpo.

Cuando el dolor cesó y su cabeza se aclaró, se encontró yacente en las planchas aceradas del suelo de la cabina de mando de la nave capitana, surgiendo gotas de frío sudor de cada poro de su cuerpo. Comprobó que el sistema de Tybor aparecía de nuevo en la pantalla visora, cuajado de estrellas rutilantes y en la más profunda paz del vacío cósmico.

Y el pequeño navío fugitivo, que transportaba a los mutantes, sumergido de lleno en el recto camino de La Vorágine, como un pez sumergido en el fondo de un lago sin orillas.

CAPITULO XV

La Vorágine, aquel temible reducto del espacio cósmico, era un hervidero de mundos en torbellino, a través de cuyas infinitas dimensiones, se deslizaba el pequeño navío fugitivo con los tres mutantes a bordo, sujeto a las terribles fuerzas electromagnéticas de su conformación galáctica. La nave espacial de los mutantes era como una molécula de metal perdida en la turbulenta inmensidad de brillantes meteoros y fabulosas corrientes estelares. La nave se hundía más y más en aquella corriente de torbellino, que tan bien explicaba el nombre asignado de vorágine, impulsado por sus débiles reactores y sujeto a las inmensas fuerzas cósmicas del espacio circundante.

Karla, Lell y Kain, fatigados por la enorme concentración mental a que estuvieron sujetos durante la batalla mental contra los navíos estelares del Imperio, estaban diseminados a través de las frías planchas metálicas de la cabina de la nave, rodando de un lado a otro e incapaces de incorporarse. Eran zarandeados por aquellas fuerzas terribles, entre las cuales el pequeño navío se adentraba más y más. Luchando por recobrarse, seguían disparados hacia el corazón de La Vorágine.

Aquello era un viaje sin fin, una eternidad de furiosas fuerzas cósmicas que les batían en todas direcciones. No podían entablar conversación alguna, ni se encontraban en condiciones de-poder acomodarse en sus literas de aceleración. Los tres se hallaban íntimamente atemorizados de que no podrían nunca controlar su propia nave y llegaron a la conclusión de que se hallaban a merced de aquella inimaginable tormenta cósmica de fuerzas en expansión y en movimiento que constituía La Vorágine.

Pero a pesar de todo, la pequeña nave continuaba su viaje adelante, siempre adelante, aquel audaz ingenio que había osado atravesar el margen de la Galaxia y zambullirse en el interior de aquella, gigantesca conformación cósmica. Fatigados y sin aliento, Karla, Lell y Kain, pudieron encontrar de algún modo un punto de apoyo donde asirse en los mandos de la nave, haciendo un esfuerzo desesperado para instalarse en sus literas, donde se recluyeron desesperadamente mientras que la constante tormenta de fuerzas cósmicas, sacudía la nave en un océano sin límites de fuerzas vivas desconocidas y temibles.

Pero aquel viaje no parecía tener fin, en aquel infinito torbellino de fuerzas cósmicas desatadas. Sufrieron el terror, que habían encontrado los anteriores viajeros del espacio cósmico, envueltos entre los torbellinos y las fuerzas colosales de La Vorágine... una tormenta con dimensiones de años luz y eones de tiempo en su duración.

El navío robado a la policía del Imperio fue como un átomo perdido en la traicionera y loca vorágine del corazón mismo de aquel agujero negro del espacio estelar, como una presa insignificante de tecnología humana, no mayor que un trocito de corcho flotando en medio de un océano. Pero la nave

seguía recta, segura quizá debido precisamente a su infinita pequeñez, como el grano de corcho sobre un mar proceloso, con su morro dirigido invariablemente a través del negro vacío de la bóveda celeste, hacia su fin predeterminado, entre aquellos mundos «n formación.

Se dirigía ciegamente hacia su destino, adentro, siempre hacia dentro de los terrores de La Vorágine y era el primer navío de las estrellas que hacía su Inmersión en aquel lugar de tabú y de leyenda, desde que apareció el primer navío estelar de las primitivas generaciones, llevando en su seno los mutantes fugitivos del Imperio maldito de Escario Gundaarson.

Y aquel navío significaba la construcción de muchos otros, por millares, en los que otros mutantes pudieran comenzar a su destino a través de sus azarosos inconvenientes y la multitud de peligros con que estaba asaltado.

Y de repente, súbitamente, el pasaje a través del agujero cósmico del sistema de Tybor llegó a su final, como si la pequeña nave hubiera pasado a través de un turbulento límite de un huracán y emergiera en la tranquilidad del cono de silencio que hay en el interior. La pequeña nave estelar había triunfado de la prueba de su batalla contra la Vorágine, había abordado la zona de entrada peligrosa y ahora navegaba en vuelo recto, en el espacio libre.

Kain fue el primero que se rehizo, se incorporó y dirigió una mirada hacia la pantalla visora. Se hallaban flotando normalmente; pero el localizador electrónico permanecía silencioso. Era un sistema estelar completamente desconocido para aquella maravillosa memoria electrónica, que había creado la-alta tecnología del Imperio. Estaban en el sistema que se extendía, inmediatamente detrás de la terrible cortina de entrada a La Vorágine.

Apareció ante sus ojos, un sol, ligeramente teñido de verde, rodeado de una familia de planetas que giraban a su alrededor, rindiéndole pleitesía. Otras estrellas brillantes aparecían más lejos, vecinas a aquel sistema solar, esparcidas en el espacio sin fin de fondo, y que no estaban registradas en la carta estelar de a bordo. Se hallaban a inmensas distancias, eran regiones soñadas que' no habían sido visitadas o esclavizadas por las criaturas, que siglos antes habían lanzado sus viajes interestelares desde su primitivo hogar en el planeta Tierra.

Lell yacía exhausta sobre su litera de aceleración, respirando fatigosamente. Karla se forzaba por incorporarse y se arreglaba sus anárquicos rizos de cabellos dorados, que horas antes habían parecido grotescos a Kain. La contempló con el más profundo respeto y admiración y se convenció' a sí mismo de que allí había una mujer súper extraordinaria, en todos los aspectos.

La telepatía colectiva de los mutantes de primer grado, llegó hasta ellos clara y potente, desde las regiones de la transVorágine:

—¡Bienvenidos, hermanos! Vuestro destino está en el continente circular que hay en el cuarto planeta !

Karla y Kain corrigieren los mandos especiales de la nave, dirigiendo el morro hacia el planeta indicado. La nave cruzó el sistema a fabulosa velocidad y se dirigió rectamente hacia el cuarto planeta del sistema, llegó

hasta su envoltura gaseosa y fue inmediatamente captado por la gravedad del mismo. Hicieron las necesarias comprobaciones y se dirigieron en vuelo horizontal en busca del continente circular indicado como destino.

En aquel continente existía una gran ciudad, una . ciudad, una brillante zona de altísimas torres y maravillosos edificios, bañados por la hermosa luz de la estrella del sistema, a través de un cielo despejado y sin nubes. Tomaron finalmente tierra al borde de la ciudad y fueron recibidos por la emoción sin límites de una enorme muchedumbre compuesta por hermosos hombres y mujeres de una real belleza, cuyos saludos de bienvenida estaban canalizados en una sola onda de general y emotivo sentimiento telepático.

Rodeados -por la maravilla, los tres mutantes de más allá de la Vorágine, fueron conducidos al interior de la ciudad, dentro de aquella cultura supernormal propia de los mutantes, y que había sido construida hasta sus más altas cimas por los descendientes de los primeros mutantes de primer grado, que hicieron un desesperado intento de zambullida en La Vorágine en los navíos estelares de las antiguas generaciones.

Allí, la telepatía se usaba corrientemente en lugar de la conversación con palabras y todo estaba lleno de invenciones y de cosas que sólo podían ser hechas por aquellas mentes supernormales.

Una vez en el verdadero Cuartel General de la Liga Mutante, Karla, Lell y Kain, fueron recibidos emocionadamente por los altos jefes de la Liga y en seguida establecieron sus planes de conquista. Se les mostraron las flotas de antiguos navíos en que sus padres y abuelos de generaciones pasadas desafiaron La Vorágine. Vieron otras flotas enteras de maravillosos navíos supermodernos, potentes y extraordinarios; pero a falta de la única cosa que les resultaba imprescindible y de vital importancia para su conquista de la Galaxia: la preciosa fórmula del vuelo en dimensión curva, fuera del continuo espacio-tiempo.

Aquella falta vital, les fue inmediatamente suplida por Karla y Kain, al dejar cuidadosamente depositada la secreta fórmula depositada en las profundas regiones de su memoria subconsciente, dentro de portentosos cerebros electrónicos.

Comenzó una época de frenética actividad, en la gran ciudad de los mutantes. Los tres mutantes llegados del otro lado de la cortina de La Vorágine, encontraron cada uno el puesto adecuado para su capacidad y la experiencia de que eran portadores. La mayor parte del tiempo de Kain, se dedicaba al desenvolvimiento de nuevas armas, en las que era un experto. Karla y Lell, fueron dedicadas al servicio telepático, engrosando las filas de las poderosas pilas mentales, que con su tremendo poder energético mental supernormal, lanzaban incesantemente uno y otro mensaje a través de los mundos que caían bajo la jurisdicción del Nuevo Imperio del tirano Escario Gundaarson, con mensajes de esperanza y de nuevas informaciones con los muchos grupos mutantes esparcidos a través de la inmensidad del Imperio transVorágine. A todos se les avisaba el establecimiento de una nueva era de

paz de inteligente gobierno, y de una invasión de las fuerzas mutantes. Gradualmente una red infinita fue ensanchándose por todos aquellos mundos, anunciando el día en que la Liga Mutante se hiciera cargo del poder.

Aquel día llegó, al fin, y la ciudad albergaba numerosas flotas, tripuladas por mutantes de primer grado, que salieron disparados fuera del sol del sistema planetario que les albergaba y se hundieron en la vastedad cósmica de la Galaxia, a través de La Vorágine, gracias a la aplicación de la preciosa fórmula del vuelo en dimensión curva.

Después, fueron llegando los días de apretada actividad en las lejanías del Nuevo Imperio. Los informes comenzaron a llegar a través de La Vorágine :

«Bombas mentales plantadas por miembros de la Liga en el Imperio Central han deshecho las más importantes factorías.»

»Los mutantes de Oix, han deshecho una fuerte flota del Imperio, con su fuerza mental combinada.»

»Los mutantes de segundo grado de Cresna, esclavos de los Señores bárbaros del planeta, revueltos en Valdaruk. Los señores han sido depuestos. El planeta está en poder de La Liga.»

«Numerosas tripulaciones de los navíos del Imperio se han insubordinado. Los reclutas Sé han apoderado de toda una flota en el sistema de Zorbis y tienen el planeta bajo control de la Liga Mutante.»

En la ciudadela mutante, el trabajo se desarrollaba febrilmente y tanto Karla, Lell y Kain, permanecían constantemente ocupados, teniendo apenas para poder verse entre ellos, a veces en semanas enteras. Y día tras día, los informes que llegaban sin cesar, desde el Imperio Galáctico, donde los mutantes con sus flotas potentísimas, volaban de sistema a sistema, consiguiendo una victoria tras otra, ponían de manifiesto la fantástica victoria general conseguida, sin apenas derramamiento de sangre, haciendo especialmente uso de sus poderes mentales supernormales, mucho más eficaces, casi siempre, que cualquier otra arma. Además, estaban ayudados por una vastísima red de amigos y simpatizantes, que odiaban la espantosa tiranía del viejo Escario y deseaban la libertad de aquella insufrible situación. Por los informes, también se sabía, que guarniciones enteras de fuerzas armadas y de la policía del Imperio capitulaban enteras, sin condiciones, planeta tras planeta, en los que existía la preciosa ayuda inestimable de todo un microcosmos de amigos entusiastas.

Allá lejos, en la Galaxia, existían millares de personas jóvenes, como Franz Ortinelli y Rhys Kankowictz, reclutados a la fuerza y descontentos de su suerte, deseosos de volverse contra el Imperio, a la menor oportunidad que se les presentara. Existían también, otros muchos individuos esparcidos, altamente individualizados, al estilo del heroico Targil de Cresna, que estaban deseosos de prestar su ayuda incondicional contra el régimen de Escario, y que de hecho formaban un verdadero ejército secreto a disposición de la Liga Mutante. Y había también en menor número, mutantes de primer grado, tales como Karla Morton, que corrían todos los riesgos necesarios que ella había

corrido, al hacer estallar las bombas mentales, sin contar también, con los innumerables mutantes de segundo grado, como Lell y Kain, que por sí eran una poderosa fuerza de agentes de aquel gigantesco conflicto.

Los días pasaron, trayendo cada uno sus victoriosos mensajes de triunfo. Poco a poco el Nuevo Imperio, fue hundiéndose bajo los poderosos e incesantes golpes de la Liga Mutante, hasta el día inolvidable, que trajo un breve mensaje, que lo era todo:

Escario Gundaarson ha muerto de un ataque cardíaco mientras regañaba contra sus ineficaces generales en el Imperio Central.

Unos pocos días más tarde, todo el tinglado construido por Escario el guerrero glorificado, se fundía por completo, reduciéndose a polvo y cenizas. Algo nuevo renacía, bajo las directrices de aquellos que eran «los herederos del poder y la sabiduría».

Darrel Kain, fatigado por el prolongado esfuerzo de diseñar y construir armamento en las fábricas, se paseaba por las calles de la gran ciudad mutante, que explotaba de alegría y de felicidad. Con expresiones telepáticas de buena voluntad, llegadas de todas partes, se unió de todo corazón al espontáneo espíritu de la victoria final.

Vio en un momento dado, a Karla y a Lell que venían a su encuentro, sonriendo radiantes y ofreciéndole sus más cordiales saludos. Kain sintió un agudo sentimiento de melancolía al conocer la noticia, de que Karla tenía la fortuna de volver a la Galaxia, como uno de los miembros del Nuevo Gobierno Galáctico.

Recordó las miserias que pasaron juntos, lo que habían tenido que combatir para sobrevivir en tan difíciles circunstancias, entre mundos hostiles, cuando sólo eran dos criaturas, contra las hordas del Imperio de Escario. Y ahora, ella se iba a ocupar la pía-za que le correspondía entre los herederos del poder y la sabiduría, para construir una nueva era en la historia de la Galaxia. Y se volverían seres remotos, el uno para el otro.

A su memoria vinieron los días pasados en el vacío estelar, las luchas, miserias y sufrimientos soportados a causa de los esbirros del Nuevo Imperio, los recuerdos de Karla sacándole a él y a Lell del hechizo mortal del Límite allá en el salvaje planeta Cresna, y tantos recuerdos inolvidables. No se había dado cuenta antes, apenas, del afecto casi rayano en la reverencia que sentía por aquella maravillosa mujer, en un tiempo Heroína de un imperio que ahora pasaba a formar parte de otros imperios muertos en la historia.

Recordó también, en la forma con que le había sonreído una vez, casi al principio de conocerse: era una sonrisa cálida, sincera y humana. Así era Karla Morton.

Y ahora la perdería de vista para siempre, quizá.

Karla le dijo telepáticamente:

—No lo lamente, Kain. Cada uno de nosotros, tiene un papel que jugar en el futuro.

Kain se sobresaltó: Karla había penetrado en lo más íntimo de su

pensamiento, sin que él hubiera podido sospecharlo...

—Alguno de nosotros, encontrará un futuro feliz, si abrimos los ojos para contemplar los comienzos, que se hallan, precisamente frente a nosotros mismos.

Aquel fue el mensaje telepático que Karla volvió a enviarle, con un intenso imperativo fluidito.

Kain interpretó correctamente el mensaje y miró a Lell. La que había sido esclava en Cresna, le sonreía amorosamente. Recordó entonces, la sonrisa y la mirada que le dirigió al abandonar la nave en Umbokwe 5, cuando él mismo reconoció que la joven se le había filtrado en lo más profundo de sus sentimientos... Ahora, sus bellos ojos obscuros, le decían mucho más... Se dio cuenta de que aquello de estar completamente enamorado de Lell, no significaba ningún esfuerzo... Ninguno, en absoluto... Era lo más natural del mundo.

Kain devolvió la sonrisa a aquella carita exquisitamente modelada en la que brillaban dos hermosos ojos obscuros, llenos de confianza.

Después de ello, Karla se alejó silenciosamente.

Darrel Kain, no la echaría de menos tanto como él se imaginaba —se dijo para sí.

Karla se volvió después de haber andado unos cuantos pasos y vio como Lell y Kain, cogidos del brazo, se mezclaban entre la vorágine de las gentes de la ciudad mutante, hasta confundirse entre el tumulto.

Y Karla, siguió su camino entre la muchedumbre, para ir a ocupar el sitio que le correspondía, entre los herederos del poder y de la sabiduría...

FIN

DAMON KNIGHT

HOMBRE EN EL TARRO

Versión española de:
MARIANO ORTA MANZANO

No era que Vane embotellase sin discriminación a gente viva: ¡tenía para eso una sólida razón comercial!

La habitación del hotel en el planeta Meng era pequeña y estaba atiborrada. La azulada luz solar que penetraba por la ventana, caía sobre una alfombra gris llena de manchas, una voluminosa caja de arena moteada de colillas, un montón de botellas. Uno de los rincones de la (habitación estaba atestado de equipaje y chismes. El ocupante, un tal señor R. C. Vane de la Tierra, estaba sentado cerca de la puerta: un hombre de unos cincuenta años, bien afeitado, con el cabello bronco color gris acerado. Estaba sobriamente y criminalmente borracho.

Dieron un golpecito en la puerta y entró el botones, un nativo, alto v moreno, de negro cabello verdoso cortado demasiado largo por darás. Parecía tener unos diecinueve años. Tenía un ojo verde y otro azul.

—Ponlo aquí —dijo Vane.

El botones soltó la bandeja.

—Sí, señor.

Cogió de la bandeja la botella sin abrir de diez estrellas, el cubo da hielo y la botella de seltz, colocando todo eso cuidadosamente entre las cosas que había ya encima de la mesa. Luego puso las botellas vacías sobre la bandeja. Tenía manos grandes y de prominentes nudillos parecía demasiado alto y de hombros muy cuadrado para su estrecho uniforme verde.

—Así pues, ésta es la ciudad de Meng ,—dijo Vane, mirando al botones.

Vane estaba sentado muy derecho y tieso en su silla, abrochada su chaqueta de alas de polilla y apretada la cuerda de su corbata. Podría haber estado totalmente fresco, excepto por ¡la intensa deliberación con que hablaba y la rojez de los ojos.

—Sí, señor —dijo el botones, enderezándose con la bandeja en las manos —. ¿Es la primera vez que ha estado usted aquí, señor?

—Vine hace dos semanas —le dijo Vane—. No me gusta esta habitación.

—La gerencia lamenta que no le guste a usted esta habitación.

—Es pequeña y sucia —dijo Vane—, pero eso no importa. Me voy esta tarde. Salgo en el cohete de la tarde. He perdido dos semanas en el país, investigando historias de Marack. Nada nuevo, sólo cuentos nativos. Miserable planetilla. —Sorbió por la nariz, mirando fijamente al botones—. ¿Cómo te mas, muchacho?

—Jimmy Rocksha, señor.

—Bueno, Jimmy Rocksha, mira toda esa pila de cosas.

Objetos de turista, obras talladas y tapices, alfombras, mantas y otras cosáis se amontonaban sobre las maletas apiladas. Parecía como una explosión en una tienda de curiosidades,

—Hay ahí cerca de veinte kilos para los que no tengo sitio, sin contar con esa tinaja que hay en aquel rincón. ¿Se te ocurre algo?

El botones se puso a pensar lentamente.

—Señor, si me permite la sugerencia, creo que podría usted meter las tallas y las demás cosas dentro de la tinaja. Creo que cabrían todas.

Vane dijo con un gruñido:

—Puede que eso diera resultado. ¿Tú sabes cómo ensamblar esas tinajas?

—No lo sé, señor.

—Bueno, pues prueba. Vamos, no te quedes ahí parado.

Vane vació su bebida caliente y dulzona.

El botones soltó la bandeja y cruzó la habitación. Una gran cantidad de grises piezas de alfarería, atadas con cuerdas, estaban colocadas encima del baúl-percha de Vane, sobresaliendo un poco sobre la cabeza del botones. Rocksha se quitó con mucho cuidado los zapatos y se subió a una silla. Sus pies morenos no tenían calcetines y estaban limpios. Levantó la pila de cosas sin esfuerzo, se bajó, colocó el brazado en el suelo y se volvió a poner los zapatos.

Vane sorbió un largo trago de su vaso, dándole fin a la bebida. Cerraba los ojos mientras bebía y dirigió una señal de asentimiento al vaso como si estuviera escuchando algo que se le susurraba desde el interior.

—Muy bien —dijo, al tiempo que se levantaba—, veamos ahora.

El botones aflojó la cuerda. Había allí seis largos, gruesos y curvados trozos de alfarería que tenían un poco la forma de gigantescas punteras de zapatos descomunales. Había además dos trozos redondos; uno era el fondo. El otro, más manejable, era la tapa.

El botones empezó a separar las piezas cuidadosamente, colocándolas sobre la alfombra.

—Fíjate donde las vas colocando—gruñó Vane, poniéndose detrás de él-—. Yo no sabría cómo diferenciarlas.

—Si, señor.

—Eso es algo que encontré en la parte Norte. Vasijas, que utilizaban para guardar el grano y el aceite. Los nativos afirman que los Maracks tenían el secreto de juntarlas en la forma adecuada. ¿No has oído hablar de eso?

—Los muchachos del Norte son muy aficionados a los cuentos, señor —dijo el botones.

Ya había conseguido ensamblar las seis piezas más largas, bien separadas alrededor de la mayor pieza plana, formando una especie de pétalo. Abarcaban así una gran cantidad de espacio; la tinaja terminaría por quedar muy abombada si se llegaba a ensamblar todas las piezas.

En pie, el botones cogió dos de las largas piezas curvadas y,

cuidadosamente, juntó el borde de la una contra el de la otra. Parecieron ajustarse al milímetro, como trozos magnéticos, y convertirse en una pieza lisa. Por más que se esforzaba en mirar, Vane apenas podía distinguir la juntura.

De la misma forma, el botones fue añadiendo una pieza a otra. Ahora ya estaba ensamblada casi la mitad de la tinaja. Cuidadosamente bajó aquella mitad hacia el filo de la gran pieza del fondo. Todas las piezas rechinaron al encajar. El botones hizo un alto, buscando otra pieza lateral.

—Espera un momento —dijo Vane de pronto—. Se me ha ocurrido una idea. En lugar de juntar ahora todas las piezas y tratar de meter luego dentro estas porquerías, será mejor meter las porquerías primero y luego terminar de juntar las piezas.

—Sí, señor.

El botones retiró algunos cacharros y cogió unas mantas que colocó descuidadamente en el fondo de la tinaja.

—No de esa manera, idiota —dijo Vane con impaciencia—. Métete dentro y apriétalas bien.

El botones vaciló.

—Sí, señor.

Avanzó cuidadosamente entre las demás piezas no ensambladas y se arrodilló en el fondo de la tinaja, plegando las mantas y apretándolas cuidadosamente.

Detrás de él, Vane avanzó de puntillas, juntó silenciosamente las dos largas piezas —¡tic!— luego un tercer —¡tic!— y luego, cuando las levantó, ¡tic, clac! los bordes se fundieron con el fondo y con la tapa. La tinaja estaba completa.

El botones estaba dentro.

Vane resopló ruidosamente por su nariz hinchada. Sacó un puro de una petaca de cuero de lagarto, lo despuntó con una cuchilla y lo encendió. Exhalando humo, se inclinó y miró dentro de la tinaja.

Excepto una exclamación de sorpresa al ver cómo se cerraba el inmenso tarro, el botones no había proferido’ un solo sonido. Mirando hacia abajo, comprobando que el muchacho a/penas llegaba a la mitad de la enorme ánfora. Vane vio cómo su rostro moreno miraba hacia arriba.

—Permítame salir de este tarro, por favor, señor -—dijo el botones.

—No sé hacerlo —dijo Vane—. No me dijeron cómo, allá en el Norte.

El botones se humedeció los labios.

—En el Norte utilizan una especie de grasa vegetal que se introduce entre las piezas y hace que se. separen.

—No me han proporcionado nada de eso —dijo Vane con indiferencia.

—Entonces, por favor, señor, rompa esa tinaja y déjeme salir.

Vane se cogió un pedacito de tabaco quo tenía en la lengua. Lo miró con curiosidad y lo tiró luego.

—Te vi en el vestíbulo en el mismo momento en que entré esta mañana.

Alto y delgado, Demasiado fuerte para ser un nativo, Un ojo verde, otro azul. Dos semanas me he llevado buscando por el Norte, y luego resulta que estabas en el vestíbulo.

—v, Cómo dice, señor?

—Eres un Marack —dijo Vane con sencillez.

El botones tardó unos momentos en contestar.

—Pero, señor —dijo incrédulamente—, los Maracks son una leyenda, señor. Nadie cree ya en ellos. No hay tales Maracks.

—Levantaste las piezas de la tinaja como si fueran papeles —dijo Vane—, aunque tuve que emplear a dos muchachos para ponerlas allá arriba. Tienes las sienes hundidas, la mandíbula larga y los hombros subidos. —Con un fruncimiento de cejas, se sacó la cartera del bolsillo y extrajo de ella una postal amarillenta que tendió al botones—. Mira esa foto. Espero —añadió— que no te trastornará. Puede que sea un pariente tuyo.

Era una fotografía descolorida de un esqueleto en una urna de cristal. Había algo perturbador en aquel esqueleto. Era demasiado largo y delgado; los hombros parecían muy alzados y el cráneo era estrecho y de sienes hundidas. Tenía un pie de imprenta: Aborigen de Nueva Cleveland, Meng (Sigma Lyra II) y en letras más pequeñas: Museo Antropológico de Newdold, Queensland.

—Me la encontré entre las páginas de un libro de una antigüedad de doscientos años —dijo Vane, volviéndose a guardar cuidadosamente la fotografía—. Se la mandaron por correo como una tarjeta postal ordinaria a un antepasado mío. Al año de encontrarla, dio la casualidad de que tuve que ir a Terranova. Y, fíjate, ¡el museo sigue todavía allí, pero el esqueleto no está. Niegan que haya estado nunca. El celador se inclina a creer que todo fue un engaño. Dice que ninguna de las razas nativas de Meng tienen esqueletos de esa forma.

—Debe de ser un engaño, señor —convino el botones.

—Voy a contarte lo que hice a continuación —dijo Vane—-. Me leí todos los informe» de la época sobre los días en que este planeta era zona fronteriza. Hace un par de siglos nadie de Meng pensaba que los Maracks fuesen leyendas. Se parecían bastante a los nativos para pasar como tales, pero tenían ciertos poderes especialísimos. Podían convertir una cosa en otra. Podían influir sobre la mente de uno, si no se estaban en guardia contra ellos, a continuación me leí todas las estadísticas de exportaciones referidas a dos siglos atrás. También las cartas geológicas en la Inspección Planetaria. Descubrí algo muy interesante. Resulta que no hay en ninguna parte de Meng ningún filón de diamantes naturales

—¿Es posible, señor? —preguntó el botones nerviosamente.

—Ni uno siquiera. Ni diamantes ni lugar alguno de donde se hubiesen podido extraer. Pero hasta hace doscientos años, Meng exportaba mil millones de estelores en diamantes impecables. Yo pregunto: ¿de dónde procedían? ¿Y por qué se acabaron?

—No lo sé, señor.

—Los hacían los Maracks —dijo Vane con sencillez—. Los hacían para un comerciante llamado Soong y para su familia. Se murieron. Después de eso, ni un diamante más de Meng.

Abrió una maleta, rebuscó dentro unos momentos y sacó dos objetos. Uno era un estrecho brazado oval de algo envuelto en rígidas fibras vegetales amarillentas; el otro era un brillante terrón de un negro grisáceo y del tamaño de la mitad de su puño.

—¿Sabes lo que es esto ?—preguntó Vane, enarbolando el brazado oval.

—No, señor.

—Hierba del aire, según la llaman en el Norte. Uno de los viejos tenía esto enterrado bajo su cabaña, además de la tinaja. Y esto. —Blandió, el terrón negro—. No se le nota nada especial, ¿verdad? Simplemente un pedazo de grafito, probablemente de la vieja mina de Badlong. Pero el grafito es carbono puro. Y lo mismo lo es el diamante.

Colocó ambos objetos cuidadosamente sobre la mesa próxima y se frotó las manos. El grafito le había dejado manchas negras.

—Piénsalo bien —dijo—. Dispones exactamente de una hora, hasta las tres en punto.

Delicadamente dio unos golpecitos a su cigarro sobre la boca de la tinaja. Unos cuantos copos de ceniza pulverulenta cayeron sobre la cara vuelta hacia arriba del botones.

Vane se volvió a su butaca. Se movía deliberadamente y con un poquitín de rigidez, pero no se tambaleaba. Quitó la piel de estaño de la botella de diez estrellas. Se despachó' un trago sustancioso, añadió hielo y pulverizó un poco de seltz. Se tomó un sorbo largo y lento.

—Señor —dijo el botones por fin—, usted sabe que yo no puedo hacer diamantes con roca negra. ¿Qué va a pasar si dan las tres y esa roca sigue siendo un pedazo de roca?

—Creo —contestó Vane— que quitaré la envoltura de esta hierba del aire y la, echaré dentro de la tinaja para que te haga compañía. Me han dicho que la hierba del aire se expande hasta hacer su volumen cien veces mayor. Cuando llene la tinaja hasta el borde, colocaré la tapa. Y cuando crucemos el canal que lleva al cosmodromo, creo que muy bien se te podrá soltar de la rejilla del equipaje y dejarte caer a la bahía. Me han dicho que el fondo es insondable.

Se tomó otro trago largo y sin. prisas.

—Piénsalo bien —dijo mirando a la tinaja con ojos enrojecidos. .

Dentro de la tinaja reinaba el frío y la oscuridad. El botones disponía de sitio suficiente para sentarse con comodidad cruzando las piernas, o bien podía arrodillarse. No le habría servido de nada amontonar las mantas en forma de escalera. La abertura era demasiado pequeña para pasar la cabeza. No podía erguirse si amontonaba demasiado las manta» y por otra parte, tampoco podía extender las piernas a todo lo largo. El botones estaba asustado

y sudaba dentro de su ceñido uniforme. Sólo tenía diecinueve años y nunca le había pasado nada parecido en su vida.

El tintineo del hielo atravesó la habitación. El botones dijo:

—Señor.

Crujieron los muelles de la butaca y, al cabo de un momento, el rostro del terráqueo apareció sobre la boca de la tinaja. Tenía la barbilla hundida con un gracioso hoyuelo. Había pelillos grises en las ventanillas de su nariz y unos cuantos vellos grises e hirsutos en los huecos de piel floja alrededor de su mandíbula, Sus ojos enrojecidos eran saltones y pequeños. Miró el rostro del botones sin pronunciar palabra.

—Señor —dijo el botones con seriedad—¿sabe usted cuánto me pagan en este hotel?

—No.

—Doce estelores a la semana, señor, y la comida. Si yo pudiera hacer diamantes, señor, ¿por qué iba a estar trabajando aquí?

La expresión de Vane no cambió en absoluto.

—Hazme una pregunta más difícil. Soong tenía que sudar de lo lindo para que vosotros, loa Maracks, sacareis mil millones de estertores al año. Sólo en este continente solía haber millares de vosotros, pero ahora sois tan pocos, que podéis disimularos entre los nativos. Los diamantes os exigían 'demasiado trabajo. Ahora estáis próximos a la extinción. Y todos estáis asustados. Vivís debajo de tierra. Conserváis todavía vuestras facultades, pero 110 os atrevéis a hacer, uso de ellas, a menos que no quede otro remedio para conservar vuestro secreto. En tiempos fuisteis señores de este planeta, pero habéis preferido seguir con vida. Naturalmente todo esto no es más que una mera conjetura;

—Sí, señor —dijo el botones con tono desesperanzado.

Sonó el teléfono interior. Vane cruzó la habitación y apretó la tecla, vigilando la tinaja con el rabillo del ojo.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz naturalísima.

—Señor Vane —dijo la voz del oficinista de la gerencia—, ¿me permite que le pregunte si ha recibido los refrescos que pidió?

—La botella ha llegado —contestó Vane— ¿Por qué?

El botones estaba escuchando, apoyando los puños en las rodillas. Le brotaba el sudor de la frente morena.

—¡Oh, en realidad por nada, señor Vane! Únicamente que el muchacho no ha vuelto. Por lo común ha sido Un chico muy razonable, señor Vane. Pero excúsenos por haberle molestado.

—No ha habido tal molestia -—dijo Vane impávidamente, y colgó el teléfono.

Volvió junto a la tinaja. Se tambaleaba un poco, oscilando de delante atrás desde la punta de los pies a los talones. En una mano llevaba el vaso con la bebida; con la otra estaba el medallón que colgaba de su solapa, de una cadena extensible.

Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Por qué no pediste socorro?

El botones no contestó. Vane prosiguió suavemente :

—Estos teléfonos de hotel recogen cualquier grito que se dé en una habitación. Lo sé. Así pues, ¿por qué te estuviste tan callado?

El botones dijo con tono lastimero:

—Si lo hubiera hecho, señor, me habrían encontrado dentro de esta tinaja.

—¿Y qué?

El botones hizo una mueca.

—Todavía hay gente que sigue creyendo en los Maracks, señor. He de tener mucho cuidado con mis ojos. Todo el mundo comprendería que sólo puede haber una razón para que usted me haya tratado de esta forma.

Vane se le quedó mirando unos momentos.

—¿Y prefieres correr el peligro de la hierba del aire y de la bahía sólo para evitar que puedan darse cuenta de semejante cosa?

—Hace ya mucho tiempo que no hay cacerías de Maracks en este planeta, señor.

Vane resopló suavemente. Miró al reloj de pared.

—Cuarenta minutos —dijo, y regresó a su butaca colocada junto a la mesa.

La habitación estaba en silencio excepto el suave chirrido del reloj. Al cabo de un rato, Vane se trasladó junto a la mesa escritorio. Colocó en la máquina un formulario impreso de declaración de Aduana y pulsó las teclas lentamente, rezongando sobre los complicados símbolos interestelares.

—Señor —dijo el botones con calma—, usted sabe muy bien que no puede matar a una persona bípeda y marcharse. Ahora no es como en los viejos malos tiempos.

Vane gruñó, pulsando las teclas.

—¿Crees que no?

Se tomó un sorbo del combinado y lo soltó de nuevo.

—Con que sólo descubran que ha maltratado usted al jefe del país del Norte, serán muy severos.

—No lo descubrirán —dijo Vane—. No será él quien lo diga.

—Señor, aunque yo pudiese hacerle el diamante que quiere, no valdría más que unos cuantos miles de esterlones. Eso no es nada para un hombre como usted.

Vane se detuvo y medio dio la vuelta.

—.Sin defectos y con ese peso, valdrá lo menos cien mil. Pero no voy a venderlo.

Se volvió hacia la máquina, acabó una línea, y empezó a trazar otra.

—¿Que no va a venderlo, señor?

—No. Voy a conservarlo.

Los ojos de Vane medio se cerraron; sus dedos se posaron inmóviles sobre las teclas. Pareció recobrar su conciencia con un estremecimiento, golpeó otra tecla, y sacó el papel de la máquina. Cogió un sobre y ce levantó, mirando alrededor con el papal en la mano.

-—¿Nada más que para conservarlo, señor, y mirarlo de vez en cuando? —preguntó el botones suavemente.

El sudor le caía en los ojos, pero se mantenía inmóvil, con los puños apoyados en las rodillas.

—Así es —dijo Vane, con la misma mirada ausente.

Plegó despacio el papel y lo metió en el sobre mientras se encaminaba hacia la ranura para el correo colocada cerca de la puerta. En el último momento se reprimió, volvió a sacar el papel y lo miró fijamente. Un ligero rubor subió a sus mejillas.

Arrugando el papel lentamente entre sus manos, dijo:

—Casi dio resultado.

Rasgó luego el pape] deliberadamente, y otra vez, y otra vez, hasta que tiró lejos los pedacitos.

—Simplemente un símbolo en la caja que no era—dijo— pero era el símbolo justamente equivocado. Aunque voy a decirte dónde cometiste tu error, muchacho.

Se acercó.

—No comprendo —dijo el botones.

—Tú pensaste que si conseguías que yo siguiera pensando en el diamante, mi mente se extraviaría. Y así fue, pero yo me daba cuenta de lo que estaba pasando. En eso es en lo que cometiste tu error: no me importa un comino ese diamante.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó, desconcertado, el botones.

—Para ti, un estelor es un nuevo par de pantalones. Para mí, un estelor, o un millar de estelores, es simplemente materia prima para tratos comerciales. Eso es lo que cuenta. Yo te habría ofrecido dinero, pero tú mismo me explicaste por qué no se te puede comprar: podrías hacer diamantes y ser rico, pero no te atreves. Por eso he tenido que utilizar este método .

—Señor, no sé qué quiere usted decir.

—Lo sabes muy bien. Ahora te estás volviendo un poquito peligroso, ¿verdad? Te ves acorralado y el tiempo corre. Por eso te permites correr a tu vez ciertos riesgos. —Se detuvo, cogió uno de los pedacitos de papel, lo desplegó y lo alisó—. Justamente aquí, en el buzón donde se supone que ha de introducirse el juramento de lealtad para el Arconte, escribí el símbolo de “Cerdo”. Si hubiese echado el sobre, la policía del pensamiento habría subido antes de un cuarto de hora.

Volvió a enrollar el papel, hizo luego una bolita más pequeña, y lo arrojó sobre la alfombra.

—¿Crees que conseguirás hacerme olvidar que recoja ese papelito y que lo queme antes de marcharme? —preguntó amablemente—, Pruébalo.

El botones tragó saliva con dificultad.

—Señor, es usted mismo el que se lo dice todo. Puede ponerse un nudo en el dedo.

Vane le sonrió por primera vez y se alejó de la tinaja.

El botones apoyó la espalda en la pared de la tinaja y empujó con todas sus fuerzas contra el lado opuesto. Empujó hasta que lo» músculos de la espalda se le quedaron contraídos en cuerdas de nudos. Aquella obra de alfarería era tan sólida como una roca.

Estaba sudando más que nunca. Cesó en sus esfuerzos, respirando cansadamente; dejó caer la cabeza sobre sus rodillas y trató de pensar. El botones había oído hablar de terráqueos implacables, pero nunca había visto a ninguno.

Se enderezó.

—Señor, ¿está usted ahí todavía?

La butaca crujió y Vane se acercó con el vaso en la mano.

—Señor —dijo el botones muy seriamente—, si puedo demostrarle que soy realmente un Marack, ¿me dejará usted salir? Quiero decir que tendrá usted que dejarme salir, ¿no es verdad?

—Desde luego —dijo Vane amablemente—-. Sigue y pruébamelo.

—Pues bien, señor, ¿no ha oído usted contar otras cosas sobre los Maracks, alguna manera de probarlos?

Vane adoptó una expresión pensativa; apoyó la barbilla en el pecho y puso los ojos en blanco.

—¿No hay algo que ellos puedan hacer o no hacer? •—sugirió el botones —. Si soy yo quien se lo digo, señor, podría usted creer que lo he inventado.

—Espera un momento.

Vane estaba oscilando ligeramente de delante atrás, con los ojos medio cerrados. Su corbata de cordón estaba todavía perfectamente centrada, su ajustada chaquetilla de alas de polilla permanecía inmaculada. Dijo:

—Recuerdo algo. Los cazadores de Maracks usaron mucho este procedimiento, según tengo entendido. Los Maracks no pueden resistir el licor. Los envenena.

—¿Está usted seguro de esos señor?—preguntó el botones ávidamente.

—Naturalmente que estoy seguro.

—Entonces, manos a la obra, señor.

Vane asintió y se dirigió a la mesa para coger la botella de diez estrellas. Todavía estaba llena en más de dos terceras partes. Volvió con la botella y dijo:

—¡Abre la boca!

El botones abrió la boca de par en par y cerró los ojos. El licor le golpeó en los dientes y en la parte de atrás de la boca en un chorreón sólido; se le derramó por las dos mejillas y un. poco le cayó por la nariz. Se engollipó y se ahogó. El licor le quemaba la garganta y el estómago; le cegaban las lágrimas; no podía respirar.

Cuado pasó el paroxismo, jadeó:

—Señor, señor, eso no ha sido una prueba en regla. No debería usted habérmelo echado encima de esa manera. Déme un poco en un vaso.

—Ahora voy a portarme bien. Haremos otra prueba. —Vane encontró un

vaso vacío, echó dentro dos dedos de brandy y volvió junto a la tinaja—. Con calma —dijo, y metió un poco en la boca del botones.

El botones tragó, meneando la cabeza entre los humos de la bebida.

—Oirá vez —dijo Vane, y sirvió de nuevo.

El botones tragó. EI licor le estaba metiendo dentro una pelota caliente.

-—Otra vez.

Tragó.

Vane se echó atrás. El botones abrió los ojos y le miró con aire feliz.

—¿Ve usted, señor? Nada de veneno. ¡He bebido y no me he muerto!

—Hum—dijo Vane con expresión interesada—. ¿Quién iba a figurárselo? Resulta que los Maracks pueden beber licor.

La victoriosa sonrisa del botones se extinguió lentamente.

—Por favor, señor, no se burle de mí.

—Si crees que es una burla...

—Señor, usted prometió...

—Yo dije que sí, si podías probarme que no eres un Marack. Sigue, pruébalo. A propósito, he aquí otra prueba que puedes hacer. Un anatomista que yo conozco miró aquel esqueleto y me dijo que se trataba de un tipo tan comprimido por los hombros, que no podría levantar la mano por encima de la cabeza. Muy bien, empieza por explicarme por qué te subiste a una silla para bajar mis cosas, o, mejor todavía, saca el brazo por encima del cuello de esta tinaja.

Se produjo un gran silencio. Vane sacó otro cigarro de su petaca de lagarto verde, lo cortó con el pequeño cuchillo de osmiridium y lo encendió sin apartar sus ojos del botones.

—Otra vez te estás volviendo peligroso —dijo divertido—. No haces más que pensar en lo mismo. Esto empieza a ponerse interesante. Te preguntas cómo podrías matarme desde el interior de esa tinaja sin tener que recurrir a tus facultades de Marack. Anda, sigue pensando.

Inhaló humo, inclinándose hacia la tinaja.

—Te quedan quince minutos.

Trabajando sin prisa, Vane enrolló las mantas y otros souvenirs y los fue atando en fardos. Apartó algunos objetos de tocador para el neceser y los puso en un montón aparte. Lanzó una última mirada circular por la habitación, vio los pedacitos de papel en el suelo y recogió la pelotita que había hecho con uno de ellos. Se la mostró al botones con una mueca, la dejó caer luego en el cenicero y la quemó. Se sentó cómodamente en la butaca cerca de la puerta.

—Cinco minutos -—dijo.

—Cuatro minutos —dijo.

Tres minutos.

—Dos minutos.

—Está bien —dijo el botones.

—¿Sí? . .

Vane se levantó y se inclinó sobre la tinaja.

—Lo haré, haré el diamante.

—¿Ah? —dijo Vane medio interrogativamente.

Enarboló el terrón de grafito sobre la tinaja.

—No necesito tocarlo —dijo el botones con indiferencia—, póngalo sobre la mesa. Será cuestión de un minuto.

—Hummm—-dijo Vane, vigilándole intensamente.

El botones estaba acurrucado en la tinaja, con los ojos cerrados; todo lo que Vane podía ver de él era el casquete reluciente de un negro verdoso de su cabeza.

—Si no tuviese usted esa hierba del aire —dijo el botones lúgubremente, con la voz ahogada.

Vane se echó a reír.

—No me hacía falta la hierba del aire. Podría haberte hecho desaparecer de diez maneras distintas. Este cuchillo —lo blandió en alto— tiene una hoja de vibración molecular. Se la pone en marcha y corta lo que quiera que sea como si fuera queso. Podría haberte hecho pedacitos y tirarte por el retrete.

La cara del botones se volvió hacia arriba, con una palidez mortal y con los ojos agrandados.

—Pero ya no queda tiempo para eso —dijo Vane—Ahora tendría que ser con la hierba del aire.

—¿Así es como usted me va a sacar después? —preguntó el botones—. ¿Cortando la tinaja con ese cuchillo?

—¿Cómo? ¡Ah, desde luego! —dijo Vane, mirando el terrón de grafito para ver si se notaba ya en él alguna apariencia de cambio.

—En cierto modo, me siento decepcionado —dijo con tono abstracto—. Creí que lucharías un poco. Vosotros, los Maracks, erais tenidos en demasiada estima, supongo.

—Ya está —dijo el botones—. Cójalo, por favor, y déjeme salir.

Los ojos de Vane se estrecharon.

—A mí no me parece que esté, ni muchísimo menos.

—Sólo está negro por fuera, señor. Frótelo un poco.

—Ande, señor —decía el botones ansiosamente—. Cójalo y véalo.

Vane no se movió.

Parece que tienes demasiada prisa —dijo Vane-.

Se sacó del bolsillo una pluma estilográfica y la utilizó para empujar al pedazo de grafito suspicazmente. No pasó nada; el terrón se movía con toda tranquilidad por encima de la mesa. Vane lo tocó brevemente con un dedo, luego lo cogió en la mano.

—¿No será esto una trampa? —preguntó, no muy confiado.

Palpó el terrón, lo sopesó y lo volvió a soltar. En la palma de la mano se le habían quedado unos granillos de grafito.

Vane abrió su cuchillo plegable y cortó el terrón de grafito por la mitad. Se dividió en dos pedazos negros.

—Grafito —dijo Vane, y con un gesto de enfado, arrojó el cuchillo encima

de la mesa.

Se volvió hacia el botones mientras se sacudía las manos.

—No te he cazado —dijo, haciendo avanzar, en plan de ensayo, el brazo oval de hierbas del aire.

Lo blandió en alto.

—No has hecho más que trucos. Es una lástima.

La envoltura rígida que sujetaba las hierbas empezó a abrírsele entre las manos. Asomaba ya entre las fibras una sucia maraña blanquecina de hojas como láminas.

Vane terminó de abrir el paquete para arrojarlo dentro de la tinaja y entonces vio qué la asustada cara del botones llenaba toda la abertura. Mientras vacilaba unos segundos, la maraña blancuzca grisácea se le hinchó en las manos y se le derramó por la muñeca. Vane se sintió apretado e instintivamente trató de arrojar el manojo. No podía, La maraña creciente y ondulante era pegajosa; se le pegaba a la mano, luego a la manga. Iba creciendo, lentamente, pero con una firmeza horripilante.

Can el rostro gris, Vane movió el brazo como un látigo, tratando de sacudirse la hierba. Lo mismo que gelatina espesa, la 'hierba' resbalaba hacia abajo, pero sin soltarse. Una gota le cayó en una pernera y empezó a crecer. Otra, hinchándose, empezó a alzarse desde la alfombra. Todo el brazo y el costado derecho los tenía ya cubiertos por un molde de sucia blancura. La hierba parecía ahora haber cesado de crecer y dedicarse a asfixiar.

El botones empezó, balancearse de delante atrás dentro de la tinaja. Esta se tambaleó y al fin cayó. El botones seguía moviéndose. La tinaja se iba abriendo camino sobre las alfombras.

Al cabo de unos momentos el botones hizo una pausa para asomar la cara y ver por dónde iba. Vane, sujeto por la hierba, se inclinaba hacia la mesa, esforzándose en alcanzar, con su mano libre, el cuchillo que había dejado allí. La alfombra quería avanzar, arrastrada por él, pero la sujetaban demasiados muebles.

El botones recogió la cabeza e impulsó de nuevo a la tinaja, esta vez con más fuerza. Cuando alzó la mirada vio que Vane tenía los ojos cerrados y la cara roja por tal esfuerzo. Estaba tirado, tan largo como era, sobre la mesa, pero sus dedos todavía no apresaban más que aire a pocos centímetros del cuchillo. El botones dio un nuevo impulso a la tinaja que avanzó pulgada a pulgada hacia la mesa, descansando contra ella y atrapando el brazo de Vane por la manga.

El botones descansó y alzó la mirada. Sintiéndose atrapado, el terráqueo había cesado de luchar y miraba hacia abajo. Se movió, pero no pudo libertar la manga del brazo que le quedaba libre.

—Jaque ahogado —dijo Vane pesadamente.

Mostró sus dientes al botones.

—Terminado, pero ninguno gana. Yo no puedo cogerte. Tú no puedes hacerme daño.

La cabeza del botona se inclinó como si estuviera asintiendo. Pero luego el largo brazo del muchacho salió de la tinaja y sus dedos ge cerraron sobre el mortífero cuchillito.

—Un Marack puede levantar el brazo por encima de la cabeza —dijo.

FIN